

TITULO : LA CASA ROSCHAUFFEN (NOVELA)

AUTOR : ARTURO ALEJANDRO MUÑOZ

**REGISTRO PROPIEDAD INTELECTUAL: CHILE; N° 152.174
(26/12/2005)**

NUMERO DE PÁGINAS : 181

LA CASA ROSCHAUFFEN

ARTURO ALEJANDRO MUÑOZ

PRÓLOGO

La “Casa Roschäuffen”, verdadero castillo ubicado en una estancia ganadera en la Patagonia chilena, perteneció durante un cuarto de siglo a la familia Torralba-Ponce de León, quien la abandonó sólo cuando la situación fronteriza con Argentina estuvo al borde de una guerra, el año 1978.

Había sido construida por un inmigrante europeo, de origen poco claro, que apareció una tarde del mes de marzo del año 1878 en las polvorientas calles de Curicó, portando como único patrimonio el baúl de dimensiones gigantescas que soportaba con estoicismo el asno que también era de su propiedad.

El hombre, cuya edad cifraría los treinta años, dijo provenir de Mendoza, Argentina, donde había trabajado en los viñedos de don Armando Gaitúa y Mendizábal, en calidad de capataz de obreros.

Hablaba un castellano cerrado, tal como lo hacen los alemanes que aprenden la lengua de Cervantes, pero ello no impedía su comunicación ni la cabal interpretación de las palabras y conceptos que escuchaba.

Dada su condición de extranjero, y europeo por añadidura, los patrones de los fundos curicanos se entusiasmaron prestamente con este rubio exponente de razas lejanas y confiaron en la mentada capacidad administrativa que aseguraba poseer.

La misma tarde del día de su llegada, el joven recibió la oferta de trabajar en el fundo “La Moraleda”, de propiedad de don Alejandro del Fraile y Ortega, casado con la aristocrática Mercedes Sánchez De la O, dueña a su vez, por herencia familiar, de la magnífica extensión de terrenos agrícolas que se alzaba al oeste de la localidad conocida como Isla Marchant.

Los sucesos acaecidos en las verdes praderas curicanas a partir del ingreso del joven a “La Moraleda”, dieron origen a un sinnúmero de habladurías y controvertidas versiones, las que aumentaron su caudal infamante una vez que terminó el sangriento episodio de la “Guerra del Pacífico”, en el cual los ejércitos de Chile, Perú y Bolivia, se enfrentaron fieramente durante cuatro años en las serranías de la pampa nortina y en el altiplano andino. Al finalizar el conflicto bélico, don Alejandro del Fraile y Ortega, que había participado en la conflagración con el grado de coronel, comprometió parte importante de su fortuna en actividades mineras en el Norte Grande, abriendo casa en la recién conquistada ciudad de Antofagasta y llevándose con él a su hija Purísima del Fraile Sánchez, de melancólicos 17 años de edad y poseedora de una belleza salvaje, así como de un carácter arisco e independiente.

Pocos supieron, en esa época, que la joven Purísima era arrastrada por su progenitor hacia el norte misterioso únicamente para esconder una vergüenza ominosa. Estaba embarazada. La joven se había negado, tajantemente, a dar el nombre del padre de su criatura. Ello había provocado además el suicidio de doña Mercedes. Incapaz de soportar tanta vergüenza, la bella aristócrata se quitó la vida cortando sus venas, luego de haber ingerido más de un litro de aguardiente. Todo por causa del mismo hombre.

Se sospechó del eficiente capataz. Este había desaparecido misteriosamente de Curicó pocos días antes que las tropas regresaran triunfantes desde las soledades del desierto.

Don Alejandro se encontró con la ingrata nueva que su magnífico hombre de confianza había marchado hacia algún lugar en el sur de Chile. Nada faltaba en su fundo. Todo estaba en orden. Sin embargo, las autoridades civiles del pueblo le aseguraron que el rubio europeo partió de esa zona con una verdadera fortuna en sus faltriqueras.

Ya en Antofagasta, años después, don Alejandro se enteró que su antiguo capataz era propietario de una estancia ganadera en las cercanías de Punta Arenas, donde había levantado una ostentosa vivienda con maderas de las Guaitecas, alhajada con los mejores mobiliarios traídos desde Marsella, Londres y Hamburgo.

Utilizando sus inmejorables contactos políticos y su propia fortuna, el señor Del Fraile y Ortega contrató asesinos de la pampa y los envió a la zona austral con un solo objetivo: asesinar al rubio europeo.

Ese fue el primer paso conocido de la desgraciada historia que curicanos, antofagastinos y puntarenenses comentaron por años en los corrillos que se formaban alrededor de un asado al palo, cuando la ingesta de vino y aguardiente soltaba las lenguas y desamarraba las aprensiones.

C A P I T U L O I

BONN.

ALEMANIA.

AGOSTO DE 1990.

Grettel Von Roschäuffen había fallecido hacía diez años.

Con su muerte desaparecía el último bastión de la nobleza aristocrática que estuvo junto a las autoridades nacionalsocialistas antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Su deceso marcó el fin de una época que muchos deseaban olvidar, pero que otros soñaban poder repetir.

La prensa germana destacó en el obituario que la significativa participación de la bella Grettel fue determinante para que muchos ex – jerarcas nazis hubiesen logrado huir a la América Latina después de terminado el conflicto bélico, en el momento que los tribunales militares que instalaron los aliados juzgaban a todos los alemanes, checoslovacos, serbios, italianos y franceses, que hubiesen tenido algún grado de incidencia en las matanzas de civiles llevadas a efecto por las tropas de las fatídicas SS y los hombres de la Gestapo, siguiendo las instrucciones de Hitler, Himmler, Göring y Goebbels, en sus insanables intentos por dotar a Alemania de un “espacio vital” que, a la larga, se entendió como la audaz aventura de conquistar el mundo para una sola raza.

Odiada, amada, temida, repudiada, Grettel Von Roschäuffen fue, sin duda alguna, segmento vital en la propagación y crecimiento de la política totalitaria que administró Adolf Hitler en los doce años de poder omnímodo al interior del hermoso país de Goethe, pues puso su inmensa fortuna personal al servicio del Tercer Reich e intermedió sus buenos oficios y contactos internacionales en la ordenada búsqueda y consecución de apoyo para el Führer. Fue la única mujer alemana que, sin pertenecer a las tropas regulares, recibió de manos del almirante Karl Doenitz la “Cruz de Hierro” máxima condecoración otorgada por los nazis a sus mejores representantes.

Fue la heredera de la fortuna gigantesca de los Von Roschäuffen, que se extendía por bancos, líneas de navegación, industrias automotrices, hoteles de turismo, radioemisoras y empresas metalmecánicas.

Nunca contrajo matrimonio, aunque se aseguraba en círculos cercanos a la millonaria que muchos fueron los hombres que conocieron su dormitorio en el Castillo Federico, una propiedad de catorce mil hectáreas enclavada en la zona más bella de la Schwartzwald germana. No tuvo la suerte de prolongar su estirpe pues el destino le negó la posibilidad de ser madre, por lo que hubo de contentarse con amoríos intensos y fugaces que terminaban una vez que sus apetitos se satisfacían, lo que era de fácil consecución ya que por ser dueña de un temperamento frío y calculador, declinó compartir su existencia con alguien que no fuera ella misma.

Por eso, murió sola. Cerró sus ojos para siempre dos días después de su cumpleaños número noventa y seis. Los empleados y guardias del Castillo Federico informaron la noticia a las autoridades, a pocas horas de haberse producido el fallecimiento, siguiendo las indicaciones del doctor Kurt Sachs –médico de cabecera de la Von Roschäuffen- que la había atendido en los últimos momentos de agonía.

El gobierno alemán determinó que legalmente existía un plazo de tres años para hacer reclamaciones respecto de la propiedad de los bienes. Pasado ese tiempo, la herencia de la aristócrata dama engrosaría las arcas del estado germano.

La opinión pública europea conoció entonces el volumen de la fortuna que Grettel había terminado de construir, pues una investigación periodística de la revista “Stern” demostró que en el sur del mundo, ahí donde los glaciares se confundían con los picachos cordilleranos, había también enormes extensiones de tierras que pertenecían a la noble mujer. Pero eso no era todo, ya que a la estancia ganadera que Von Roschäuffen poseía en la Patagonia chilena, se sumaban empresas mineras, forestales y pesqueras, que desarrollaban sus trabajos en las zonas central y norte del país andino. La revista alemana publicó en ese reportaje un set de fotografías a color, destacándose con brillo propio la mansión levantada por el padre de Grettel en el “finis terrae” austral, a fines del siglo diecinueve. Era una disfunción maravillosa, un exponente espléndido de la arquitectura alemana que intentaba replicar la estructura de los castillos del medioevo. Construida con maderas nobles de esas latitudes y argamasa preparada con las técnicas germanas, la mansión resultaba ser una representación ostentosa de la cultura europea en medio de los coirones batidos por el viento magallánico, reinando sin contrapeso en el confín del universo, donde sólo los más audaces y sacrificados aventureros e inmigrantes habían sido capaces de instalar sus huesos para disputarle a la geografía y al clima un lugar donde vivir y criar a sus hijos. Esa mansión, sin moradores, estaba al cuidado de personas que no

trabajaban en las labores habituales de la estancia, pues habían sido contratadas en Berlín para ejercer funciones alejadas de las labores propias de la zona.

Los lugareños la llamaban, simplemente, “la casa Rojáufe”, y aseguraban que en ella se escuchaban himnos marciales durante las noches de tempestad y disparos de fusilería atronando el viento, en una batalla singular que no reconocía enemigo.

Un tribunal de Bonn, por solicitud del gobierno, envió a la Justicia chilena un documento mediante el cual solicitaba información respecto de esas propiedades y, a la vez, que se determinara con exactitud si existían registros que probasen la existencia de algún miembro de la familia Roschäuffen que viviese, o hubiese vivido, en el territorio de aquel país.

La Corte de Apelaciones de Santiago derivó la petición a una sala de la Corte Suprema, habida consideración que los bienes y propiedades en litigio se hallaban dispersos en tres regiones del territorio, específicamente en las cercanías de ciudades como Antofagasta, Talca y Punta Arenas, lo que dificultaba asignar el caso a una de ellas únicamente.

La Corte Suprema encargó el asunto a uno de sus abogados asesores y le recomendó trabajar con celeridad, ya que de no existir herederos en Alemania –por algo el tribunal germano solicitaba información a los chilenos- ni de haberlos tampoco en el país, la fortuna intestada que la Von Roschäuffen tenía en Chile, debería pasar a manos del estado. El elegido fue Mariano Casella, distinguido profesor de Derecho Civil en varias universidades, lector ávido de textos de Historia y enamorado de las investigaciones judiciales de casos ya resueltos en el pasado lejano, con los que estructuraba sus clases y provocaba dolores de cabeza a sus alumnos.

No bien comenzó a recopilar antecedentes para llevar a cabo la tarea encomendada, se percató que los documentos atinentes a la presencia de extranjeros en las ciudades donde bien pudo existir un individuo de origen alemán, situada aquella en los finales del siglo diecinueve, habían desaparecido misteriosamente de los archivos oficiales.

Más que una investigación de rutina, Casella tenía ahora un verdadero caso. El puzzle comenzaba recién a mostrar trazos de sus líneas exteriores. Informó de ello a la Corte Suprema, aclarando que le sería imposible terminar su trabajo en el tiempo indicado por los ministros, pues antes de comenzar a abrir expedientes y solicitar diligencias, nuevos problemas legales habían surgido recientemente.

Basándose en que la legislación alemana otorgaba un plazo de tres años para presentar reclamaciones, la Corte Suprema concedió a Mariano Casella un período de siete meses para llevar a cabo su tarea. En doscientos diez días el informe debería ser presentado a las

máximas autoridades judiciales, con respuestas claras y documentación contundente e irrefutable.

El abogado y profesor universitario tenía la certeza que no sería capaz de cumplir eficiente y eficazmente con la labor encomendada, si no destinaba parte importante de su tiempo a investigar en profundidad archivos, textos de Historia, documentos del Registro Civil y voluminosos expedientes judiciales respecto a ventas de terrenos agrícolas y yacimientos mineros, lo que le obligaría a viajar al norte y al sur del país constantemente. Pero, ello era imposible de efectuar, pues sus responsabilidades académicas, amén de su salud deteriorada por la acumulación de trabajo y tensiones a lo largo de sus sesenta y ocho años de vida, le aconsejaban mantenerse en Santiago y desde allí coordinar las tareas de un equipo a su cargo, un equipo que cumpliera cabalmente con las exigencias que impetraba la situación.

Fumando su pipa, el eficiente asesor de la Corte Suprema escribió en un papel los nombres de posibles candidatos al desarrollo en terreno de la investigación.

Luego de tachar y repasar repetidamente los apellidos de quienes consideraba aptos para la tarea, con mano firme encerró en un círculo el nombre de quien podría hacerse cargo de una parte de la responsabilidad que le habían endosado.

Sonrió divertido por lo que suponía iba a ser una sorpresa para el elegido, pero aseguró para su propio capote que la decisión tomada era correcta; además, estaba proporcionando una excelente segunda oportunidad a ese ex – alumno que había pasmado las ramas del árbol de la jurisprudencia por voluntarismo y tozudez inaceptables en un profesional.

Hacía cuatro años que nada sabía de él, por lo que también desconocía dónde podría estar ejerciendo. Pero había alguien que con seguridad estaría informado al respecto.

Levantó el teléfono y se comunicó con su nieta. Ella “tendría” que saber.

C A P I T U L O I I

Si algo le tenía hastiada hasta las raíces del cabello, era seguir enfrascada en el estudio de las líneas de Nazca. ¿Cuántos arqueólogos habían decantado sus vidas metidos de narices en los extraños dibujos de esa cultura prehispánica? Poco y nada podía aportar ella a lo que ya se sabía, pero la universidad había insistido en que revisara la investigación que el Instituto Smithsonian presentó a la rectoría, en un afán que le simulaba más un burdo

negocio comercial que otra cosa, pese a que ahora existía apoyo satelital y la computación permitía maravillas.

Jorge Peredo, jefe de la investigación, pasó por su lado y le lanzó una mirada de comprensiva solidaridad, a la vez que dejaba el legajo de papeles amarillentos sobre un escritorio atestado de manuscritos y fotografías aéreas.

- Calma, “enana”, una revisión más y entregaremos el informe al rector para quedar liberados de este compromiso.
- ¿Una revisión más? –protestó ella, atravesándolo con el rayo que despedían sus ojos oscuros- No tengo nada que revisar....todo está archi estudiado. Las líneas siguen siendo las mismas y el misterio no lo vamos a develar nosotros.
- Lo sé, lo sé. Pero, ¿qué podemos hacer? Había que aceptar el trabajo.....ah....casi lo olvido, tu abuelo, don Mariano, dejó un mensaje para ti en la contestadora telefónica de la oficina. Pide que le llames. Parece que tiene algo de urgencia.
- Bien, apenas termine con esta porquería me comunicaré con él.
- El informe...no lo soslayes.
- Lo haré en mi casa esta noche. Mañana estará en tu escritorio para la revisión acostumbrada.

Continuó trabajando hasta que la tarde avanzó hacia la noche, sin encontrar novedades en la rutinaria investigación de un tema que no aceptaba sorpresas. Garabateó algunas ideas y líneas sobre el papel de su cuaderno de apuntes que llevaba siempre consigo; lo metió en el bolso junto a los artículos de tocador y su billetera, e inició la salida rumbo a su automóvil. Se sorprendió al encontrarse en la calle con la figura del hombre alto, desgarrado y de barba cana, que le esperaba sonriente, con los brazos extendidos.

- Te iba a llamar, abuelo, te juro que iba a hacerlo apenas llegara a casa. ¿Tan importante es, que viniste hasta acá desde el centro?
- Mucho, y muy serio –respondió el viejo atrapándola en sus brazos y besándole la mejilla.
- Vamos a casa y allí me cuentas de qué se trata –respondió la mujer apurando el paso.
- Oh, no, Mirentxu. Vine en mi automóvil y no tengo tiempo para viajar tras de ti hasta Paine. Te ruego que conversemos ahora mismo. ¿Podemos ocupar tu oficina?

La joven giró sobre sus talones y tomó del brazo al profesor para regresar al interior del edificio, pero se detuvo y volvió a observar la calle.

- ¿Vienes con alguien más? –preguntó.
- Con nadie. ¿Por qué?

- Me pareció que un coche estaba detenido en la esquina y sus ocupantes miraban hacia acá. Pero, ya no está. Bueno, vayamos adentro.

El viejo abogado oteó hacia la calle y la inquietud envolvió su cuerpo, lo que no pasó desapercibido para la joven que también siguió la dirección de la mirada de su abuelo, no encontrando nada anormal en el sector.

- ¿Qué pasa? Te noto nervioso.
- Todo esto es muy extraño, “enana”. Desde que recibí el trabajo ayer tarde, he sentido...mejor dicho, he sentido, que algo no funciona bien.
- Abuelo, no soy una niña. Si crees que vas lograr mi interés con asuntos novelescos, significa que me necesitas de verdad. Sabes muy bien que siempre te ayudaré en lo que pueda, por lo tanto no inventes persecuciones ni tramas intrincadas.
- Entremos, hija. Tengo que explicarte calmadamente la tarea que se me ha asignado y los problemas que encuentro para realizarla.

No quiso ahondar en detalles, pues sabía que su nieta, Mirentxu Casella, era una mujer demasiado pragmática para dejarse impresionar al primer intento. Esa chiquilla constituía su propia prolongación profesional, agnóstica y científica. Sentía una mezcla de orgullo y sana envidia por el tipo de trabajo que realizaba, pues era la clase de vida que a él le hubiese gustado tener. Siempre en terreno, dentro y fuera del país. Auscultando culturas pasadas, metiendo las narices y las manos en argamasas levantadas por pueblos ya inexistentes, reconstruyendo la Historia paso a paso, descubriendo los secretos más insignificantes de las civilizaciones antiguas, levantando los cortinajes de polvo y piedras bajo los cuales las ocultó el paso del tiempo, diciéndoles a los hombres de la actualidad que nada de lo hecho ahora era nuevo, que ya había sido dibujado, fabricado, moldeado o pensado mil años atrás por seres de mejor intelecto y espiritualidad que los contemporáneos.

La observó caminar frente a él por el pasillo estrecho del Departamento de Arqueología y esbozó una sonrisa emocionada. Su nieta era hermosa, pequeña pero físicamente bien formada. Llevaba el cabello cortado a la usanza varonil, pues su profesión le impedía preocuparse por tinturas, masajes y artes de peluquería. ¡La conocía tan bien! Aprendió a quererla y a admirarla en esos siete años que la tuvo como pensionista en su departamento, cuando estudiaba Historia en la Universidad de Chile y se especializaba, después, en Arqueología. En todo ese tiempo llegó a considerarla como hija propia y así actuó en consecuencia. Ella, por su parte, le correspondió con un amor tan grande como el que sentía por su padre, ingeniero agrónomo dedicado a la fruticultura con bastante éxito

económico en la comuna de Paine, donde la muchacha había pasado su infancia y adolescencia, entre plantaciones de duraznos, manzanos, perales y kiwis, actividad que se trastocó abruptamente cuando a los 16 años descubrió, junto a su abuelo que pasaba allí unas cortas vacaciones de verano, los restos de un cementerio indígena que fue datado por los profesionales de la universidad –que concurrieron ante el llamado del abogado- en quinientos años de antigüedad. Esa fue la hebra que había llevado a Mirentxu hacia la madeja de la arqueología y sus misterios ancestrales.

Mariano tenía claro que su nieta no mostraba inclinación a las argumentaciones rebuscadas ni a los relatos enrevesados, por lo que consideró necesario contarle derechamente el asunto que le preocupaba. No demoró más de quince minutos en detallar la solicitud llegada desde Alemania y los perfiles conocidos de la prolongada existencia de la fallecida millonaria. Al terminar su exposición, en la forma ordenada que siempre acostumbraba a usar, no escatimó entregar a la muchacha la información recepcionada desde la Corte de Apelaciones de Punta Arenas en relación a la pérdida de los documentos de archivo que consignaban los nombres, compraventas, casamientos, nacimientos y defunciones de ciudadanos alemanes llegados a Chile a fines del siglo diecinueve.

- Es un tema apasionante, abuelo, no lo niego. ¿Pero, qué tengo que ver yo con ello? Lo que tú requieres es un ayudante que posea conocimientos de asuntos legales, yo en cambio.....

La chica dejó la frase sin terminar y su boca entreabierta, mirándole con sorna, logrando que sus ojos negros chisporrotearan con el brillo malicioso de la duda.

- Espera....dame un segundo. ¿Me has venido a contar este problema para requerir mi opinión, o tus miras están puestas en que yo te contacte con un abogado brillante, pero cobarde e infantil, llamado Nicolás Guerrero, del que desconoces su actual dirección?
- “Enana”, lo necesito y lo sabes.
- No me digas “enana”, abuelo, porque siempre comienzan mis problemas cuando usas ese maldito apelativo –gruñó Mirentxu- ¿No eras tú quien decía que Nicolás había echado por la borda una carrera prometedora?
- Lo cual no le quita méritos como profesional brillante. Tengo demasiada experiencia como para desestimar la capacidad de alguien por asuntos personales.
- Ahora me estás sermoneando, ¿verdad?
- No, hija. Aquello que pasó entre Nicolás y tú forma parte de la experticia personal y no voy a meterme en cuestiones que no son de mi incumbencia –replicó Mariano Casella.

- Pero sí pudiste entrometerte cuando él discrepó con tu argumentación respecto de la reforma judicial y te dejó muy mal parado en ese programa televisivo. Ello cortó nuestra relación, abuelo. Nicolás renunció al trabajo en la universidad y se las emplumó fuera de Santiago, dejándome en medio de la angustia y la desazón.
- Arruinó su carrera, hija. Fue una estupidez. Sabía cuán conveniente era para su futuro profesional participar en la reestructuración judicial propuesta por el Ministerio. En fin, la leche se derramó y ahora, pese a que me duele reconocerlo, le necesito de verdad. Sólo él tiene esa capacidad investigadora que este asunto exige. ¿Vas a ayudarme?

La arqueóloga gastó un minuto entero contemplando la faz preocupada de su abuelo, y los ojos cansados del hombre inclinaron la balanza de su decisión.

- Vete a casa tranquilo –le dijo, usando un tono suave y tierno- Esta noche llamaré a Nicolás y le pediré que se comunique contigo a la brevedad.
- ¿Lo harás, “enana”? Qué bien, hijita, qué bien. ¿Tú sabes dónde ubicarlo?

Mirentxu rió quedamente y sacó un dulce de menta desde el interior del bolsillo de su pantalón, que echó a la boca para quitar el gusto amargo que atacaba su lengua.

- Tienes suerte, viejo barbudo. Se encuentra trabajando como asesor legal en una empresa minera ubicada a setenta kilómetros al este de Iquique, en las alturas de la pampa. Sé que está hospedado en el Hotel Arturo Prat, así que le dejaré el mensaje en Recepción, si es que no puedo conversar directamente con él.

Cumplió lo prometido. A las diez de la noche pudo establecer contacto telefónico con Nicolás y trató de resumirle, en breves minutos, lo que la motivaba a llamarle. La respuesta del joven abogado fue fría, pero ella no se amilanó e intentó una nueva explicación. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que conversaron, y no fue precisamente respecto de temas agradables ya que en esa época Mariano Casella, que era el jefe de Nicolás en el estudio jurídico desde el cual se asesoraba a la Corte Suprema, estaba indignado con las declaraciones hechas por el joven profesional a un canal de televisión y no era para menos, pues con sus argumentos había puesto en jaque la solidez del proyecto de reforma judicial propuesto por el gobierno a través del Ministerio del ramo, dejando en pésimo pie la continuación del proyecto que su propio jefe llevaba adelante. La discusión entre ambos colegas se prolongó más tarde en el domicilio del viejo académico, al ir Nicolás a buscar a Mirentxu para asistir a una función de cine. La discrepancia subió de tono y extendió epítetos que molestaron a Nicolás. Casella lo echó del departamento y en un momento irreflexivo, lleno de apasionadas consideraciones, le enrostró que su actual puesto en el

estudio jurídico obedecía simplemente a que el joven mantenía una relación sentimental seria con Mirentxu.

Nicolás jamás se presentó de nuevo en la oficina del académico. Desapareció de Santiago sin explicaciones. La arqueóloga le buscó durante semanas; indagó entre las amistades comunes y concurrió a casa de la madre del joven, sin resultados, ya que nadie conocía su paradero. El viejo Mariano fue abatido por una depresión que le tuvo más de un mes con licencia médica, y pese a las atenciones de la muchacha él seguía culpándose por lo ocurrido, enfatizando siempre en la responsabilidad que le atormentaba por haber sido el causante de la ruptura del noviazgo.

Un par de años después, Mirentxu hubo de viajar al norte del país para clasificar cacharrería encontrada al este de Toconao e inventariarla en el Museo de San Pedro de Atacama. Por una mera casualidad, se enteró que Nicolás trabajaba para una empresa minera que explotaba un yacimiento de cobre en una zona ubicada cuatrocientos kilómetros más al norte y que acostumbraba hospedarse en Iquique, la ciudad más cercana al lugar de las faenas. Intentó comunicarse con él mediante el teléfono, dejándole un mensaje en el hotel. Nicolás no contestó ni se dio por enterado. El orgullo formaba parte importante de su temperamento.

Al regresar a Santiago, la muchacha se encontró con una carta enviada por su antiguo novio desde Arica, donde supuestamente pasaba sus vacaciones. En ella le solicitaba que le dejara tranquilo, pues había demorado mucho tiempo en absorber el dolor de la separación y ahora, cuando por fin podía estar en paz, ella insistía en revivir un pasado amargo que no tenía visos de mejorar mientras el profesor Casella continuase ejerciendo influencia en el comportamiento y en las decisiones de la chica.

Hoy, veinte meses después de aquel incidente, Mirentxu se volvía a comunicar con el joven, atendiendo a una solicitud de su abuelo y no por motivaciones personales. Para Nicolás, estaba más que prístina la maldita capacidad de manejo que el anciano tenía sobre la arqueóloga.

- No te he llamado para discutir ese punto –explotó ella, molesta- Cumplo con informarte que mi abuelo me ha solicitado ubicarte para dejarte su mensaje. Él te pide que por favor le llames. Te aseguro que se trata de algo importante, algo profesional.
- Está bien, lo haré –contestó Nicolás- Además, tengo aún pendiente algunos insultos...

Tres días pasaron desde esa llamada telefónica sin que él se comunicara con Casella. Al cuarto día, un cansado Nicolás Guerrero encontró al anciano académico esperándole en el *lobby* del hotel. Había viajado desde la capital en el primer vuelo disponible y llevaba

horas aguardándole en aquel lugar, sentado como un *moai*, leyendo manuscritos y bebiendo té con limón.

Cenaron juntos en el comedor del hotel y luego salieron a beber una copa en el centro de la ciudad. Casella había reservado cuarto en el mismo hotel de Nicolás, por lo que regresaron ahora al bar del “Arturo Prat” y conversaron hasta tempranas horas de la madrugada. Hubo disculpas mutuas, tanto como recriminaciones por lo acaecido cuatro años atrás y, finalmente, lograron acercar sus posiciones para olvidar el pasado.

Revisaron los documentos llevados por el académico, y dieron un repaso a los hechos ocurridos en Punta Arenas con la pérdida de antecedentes históricos respecto de la llegada de inmigrantes europeos a fines del siglo diecinueve. Nicolás se sorprendió al escuchar de labios de su antiguo profesor y jefe que un presentimiento le embargaba. El académico sospechaba que le estaban siguiendo. Tenía la fuerte sensación de ser espiado en cada uno de sus movimientos. Incluso había solicitado a la compañía telefónica la revisión de su línea en el domicilio, pues su aparato emitía a veces extraños ruidos que no había escuchado antes.

- ¿Usted tiene aquí el nombre y ubicación de las empresas que poseía la tal Von Roschäuffen en Chile? Me pareció entender que era propietaria de unas empresas mineras en Antofagasta.
- Están en mi maletín –contestó Casella, abriendo el portadocumentos que descansaba al pie de la silla- Ten, velo tú mismo. Esta es la lista de las empresas. La conseguí en el Servicio de Impuestos Internos en Santiago.

Nicolás revisó prolijamente el paquete de documentos. Encendió un cigarrillo y solicitó una taza de café al mozo que les atendía. Tomó apuntes de algunos datos que parecieron interesarle, hizo variadas preguntas y, al cabo de una hora más o menos, con el sol entibiando la Plaza Prat y la playa de Cavancha, se levantó con cierta modorra y extendió su diestra en dirección al profesor.

- Contrato indefinido en su estudio jurídico y sueldo similar al que recibo aquí –dijo con seca expresión.
- ¡Hecho! ¿Cuándo nos vamos? –respondió Casella, también levantándose.
- Mañana, luego de descansar y haber conversado con mister Glebury, el gerente general de la empresa minera. Me agradaría que usted pudiese acompañarme a las oficinas de la compañía hoy en la tarde. Se encuentran a dos cuadras de este hotel y creo conveniente que el “gringo” tenga muy claro por qué abandono el trabajo.
- ¿Dónde vas a comenzar tu investigación, Nicolás? –preguntó el viejo.

- En Santiago, en la Dirección de Archivos y Museos. Seguramente, deberé viajar a Punta Arenas después. ¿Hay fondos disponibles para ello?
- Por supuesto. ¿Qué tal si nos vamos a descansar?

En la tarde, recompuestos por un sueño reparador se presentaron en las oficinas de la empresa minera, y Nicolás se despidió del gerente general, quien quedó gratamente impresionado por la labor investigadora que el abogado debería realizar para la justicia chilena. Regresaron al hotel e hicieron los trámites vía teléfono para adquirir pasajes en el vuelo del día siguiente. Luego, distendidos y relajados, decidieron dar un paseo por la playa cercana que contaba con numerosos bañistas, pese a que la tarde estaba bastante avanzada y las primeras luminarias comenzaban a encenderse en el alumbrado público.

Cenaron en un restaurante céntrico donde disfrutaron de la presentación de un conjunto de música andina y la actuación de una pequeña cofradía de “chunchos” de La Tirana. A medianoche, se retiraron a sus habitaciones no sin antes solicitar en Recepción que les despertasen a las nueve de la mañana, pues deberían abordar el avión LAN que despegaría desde el aeropuerto iquiqueño a las dos de la tarde en vuelo directo hasta la capital.

Nicolás estaba a punto de meterse en la cama cuando secos y nerviosos golpes sacudieron la puerta de su habitación. Era el profesor. Venía a informarle que al recogerse en su cuarto, quiso revisar algunos de los apuntes últimos que habían realizado en conjunto la noche anterior, pero no encontró su maletín. Lo buscó normalmente. Nada. El portadocumentos y los apuntes, así como toda la documentación oficial que portaba, habían desaparecido. Bajó al primer piso y acudió al bar, pues posiblemente los hubiese dejado olvidados en ese sitio, pero tampoco tuvo éxito, como ocurrió luego en Recepción. Los papeles se habían esfumado.

- ¿Notó algún desorden en su cuarto, algo que indicara la presencia de merodeadores?
- Todo estaba perfectamente ordenado, Nicolás. No hay tampoco robo, pues mi dinero y mis otras pertenencias siguen ahí.

La policía llegó a los pocos minutos y realizó un exhaustivo registro de la habitación, de los ascensores, el bar, la Recepción, el lobby, la cocina, el patio de estacionamientos y los coches aparcados en el lugar. Dos detectives revisaron minuciosamente la lista de pasajeros y procedieron a interrogarlos pese a lo avanzado de la hora. Lo mismo hicieron con los empleados del hotel. Por último, uno de los policías conversó con los tres taxistas que se hallaban en sus respectivas máquinas frente al edificio, a la espera de algún pasajero o turista que deseara ser trasladado al Casino u otro centro nocturno, que en Iquique pululan como las hormigas en un pote de miel.

Uno de los taxistas había visto algo, tres horas antes. Regresaba desde Pozo Almonte luego de haber trasladado hasta esa ciudad de la pampa a un matrimonio que trabajaba en una tienda de abarrotes de la calle Thompson, y se estacionaba frente al hotel, feliz de ocupar la punta de salida ya que no había colegas allí, cuando observó que dos individuos surgieron de la puerta del hotel, corriendo velozmente, para subir a un automóvil que les esperaba en el costado norte de la Plaza. El coche era un station Subaru Legacy, de color verde oscuro, que se perdió en calles laterales, seguramente buscando la salida de la ciudad hacia las alturas de la pampa.

- ¿Un Subaru Legacy, color verde oscuro? –interrumpió otro de los taxistas- Yo vi ese coche como a las nueve de la noche en la ruta que va hacia el aeropuerto. Llevaba prisa parece, porque corría como si su conductor fuese un médico que acudía a atender un parto.
- ¿Al aeropuerto “Diego Aracena”? –preguntó el detective.
- Claro pues, ¿o acaso hay otro aeropuerto en esta ciudad?

El automóvil fue encontrado por Carabineros trece kilómetros al sudeste del terminal aéreo, en la soledad de la pampa. Algunas huellas indicaban que los ocupantes del coche habían abordado un helicóptero en el mismo sitio.

Nicolás recibió en el hotel, ya de mañana, la bolsa plástica que contenía todos los artículos encontrados por la policía en el habitáculo del station wagon japonés. Nada especial. Restos de cigarrillos de marca nacional, un paño amarillo que se usaba para limpiar el interior del coche, pañuelos desechables, un llavero utilizado seguramente como adorno, un mapa carretero del país sin marcas ni dibujos, dos cassetes de música clásica – Beethoven y Mozart- y un periódico de Antofagasta, del día anterior. No había huellas digitales en ninguno de esos elementos, así como tampoco en el automóvil. “Profesionales”, pensó Nicolás.

- Seguramente profesionales del robo –el teniente de carabineros interpretó el pensamiento del joven- Me llama la atención el llavero.
- Parece un llavero común –dijo Mariano, observando el artículo desde un costado del salón.
- Pero no es nacional –insistió el carabinero- Ni tampoco de aquellos que acostumbramos a importar del extranjero para vender en la zona franca.
- Es cierto. Posee una figura que simula un pájaro –agregó Mariano.

- Un águila con sus alas extendidas –reconoció Nicolás, mirando la prenda hacia la luz que atravesaba los delgados cortinajes- Si no me equivoco es el símbolo de la República Alemana.

El teniente de policía llamó la atención de los presentes encendiendo su linterna que apuntó a las manos del joven abogado, quien se extrañó con tan inusual acto ya que la luz del sol entraba de lleno a la habitación a través de los vidrios del ventanal.

- Fíjese en la parte ubicada en las patas del águila –recomendó el teniente- ¿Nota algo extraño ahí?
- Sí, una especie de muesca débil, poco profunda –los dedos de Nicolás paseaban por el llavero, tratando de identificar las marcas- ¿Es posible conseguir una lupa? Quizás en este hotel haya una.

La lupa fue traída por uno de los detectives que la consiguió en la oficina del gerente. Con ella investigaron a conciencia la ovalada forma metálica del pequeño adminículo, descubriendo que allí hubo originalmente un dibujo formando parte del todo, pero alguien pareció ocuparse en borrarlo, en desgastarlo, sin éxito pleno, pues los presentes lograron reconocer la figura original. Un murmullo de asombro siguió al término de la labor.

- ¡Una “swástica”! –exclamó Mariano Casella.
- Seguramente hecha por neonazis –acotó Nicolás- ¿Podemos llevarnos este llavero con nosotros?
- Negativo, señor –apuntó el teniente de policía- Lo siento, pero esta es una prueba del robo y debo entregarla al magistrado. Si gusta, puede solicitarla mediante un oficio y el señor juez decidirá respecto de ello.
- Tiene razón, teniente. Pero, supongo que sí podremos fotografiarla, ¿verdad?

El vuelo de regreso a Santiago les encontró en un silencio absoluto, un mutismo que manifestaba el tránsito de pensamientos y divagaciones íntimas que llevaban hacia la delicada situación producida en Punta Arenas, donde los archivos que contenían los nombres de inmigrantes europeos arribados a Chile a finales del siglo diecinueve, misteriosamente habían desaparecido. Los últimos acontecimientos vividos en Iquique hacían sospechar de una operación iniciada en los confines del viejo continente, con propósitos aún indefinidos pero que a todas luces tenían concomitancia con lo acaecido en la ciudad más austral del mundo.

La “swástica” semi borrada de aquel llavero encontrado en el station wagon utilizado por dos individuos aún no identificados, preocupaba seriamente al profesor, ya que ello era la confirmación de presentimientos que en un momento creyó productos de su nerviosa

ansiedad. Le habían estado siguiendo. Eso estaba más que confirmado. Ahora ya no sólo le seguían, sino que le vigilaban con el propósito de impedir la continuidad de la investigación o, mejor dicho, escatimarle a la justicia todo documento que tuviese estrecha relación con el asunto solicitado por el gobierno alemán.

Nicolás le remeció suavemente por el brazo. Hacía rato que estaba intentando obtener su atención.

- Remigio.....-el ex – novio de Mirentxu balbuceaba, mirando al infinito.
- ¿Remigio? ¿Perdón, quién es Remigio?
- Habrá que contratarlo. Este asunto requerirá de un individuo apto para meterse en las patas de los caballos. Me estoy refiriendo a un antiguo conocido de Alvaro, mi hermano mayor. Sé dónde ubicarlo....a menos que, para variar, esté preso o huyendo fuera del país.
- ¿De Alvaro? Pero ese hermano tuyo no es de los trigos muy limpios, que yo recuerde.
- Remigio tampoco, pero lo vamos a necesitar.

C A P I T U L O I I I

Mirentxu se horrorizó al conocer la decisión de contratar a Remigio, ya que jamás había olvidado la noche que con ese individuo, Alvaro, Nicolás y ella quisieron pasar un buen momento en uno de los tantos locales de diversión ubicados en el barrio Bellavista.

Al salir del establecimiento, dieron de narices con un altercado en el que participaban varios jóvenes en mitad de la calle. Estaban siendo atacados por una pandilla de cinco o más individuos que pretendían robarles el escaso dinero que portaban, amén del automóvil. Remigio había emitido un grito estentóreo y de un salto, como si estuviese jugando de portero en un partido de fútbol, se metió al medio del boche, regalando puntapiés y golpes de mano a diestra y siniestra, desarmando el grupo a fuerza de mandobles. Uno de los individuos, levantándose del piso luego de haber sido pateado por el amigo de Alvaro, extrajo una navaja de dimensiones gigantescas y la mostró al extemporáneo interventor. Mirentxu se había preparado para salir huyendo del sitio, pero Nicolás la retuvo con decisión. Lo que vino después, jamás podría enterrarlo en el polvo del subconsciente.

Remigio reía a todo pulmón frente al tipo de la navaja, que no entendía por qué aquel sujeto más bien regordete y de calvicie incipiente no huía despavorido ante la amenaza del filoso acero. Muy pronto comprendió la razón. Un revólver apareció como por encanto en la mano del amigo de Alvaro y su cañón apuntaba directamente a la cabeza del cuchillero. El tipo quedó alelado, con la vista fija en la negra arma de fuego, mientras su mano perdía prestancia y la navaja se inclinaba lentamente hacia el suelo. Los otros tipos, incluidos los jóvenes asaltados, habían puesto pies en polvorosa. Remigio dejó de reír y su rostro sufrió una transfiguración, adquiriendo tonalidades cenizas. Ordenó al sujeto botar la navaja y desnudarse. Se acercó hasta él y colocó el cañón del revólver sobre la frente del hombre que transpiraba a mares. “Desnúdate, conche’tu madre”, reiteró el gordo.

Como el individuo titubeara, le asestó un fuerte golpe en medio de la cara con la culata del arma. Repitió la acción dos veces, ahora sobre la cabeza del sujeto, que cayó al piso manando abundante sangre de su rostro. “Desnúdate o te liquido aquí mismo, gancho”, reiteró Remigio.

Le dejó ir en cueros, sólo cubierto por unos calzoncillos celestes y calcetines blancos. Recogió el dinero que el individuo llevaba –producto quizá de otros atracos realizados esa misma noche, ya que la cantidad de billetes era considerable- y lo echó en sus bolsillos, recomendándole a ella y a Nicolás subir al coche que habían dejado estacionado media cuadra más abajo y retirarse del lugar. “Alvaro y yo iremos a terminar la noche en algún sitio más divertido”, había dicho con desparpajo antes de desaparecer de la escena.

Esa era su experiencia con el peligroso amigo de Alvaro. Había otras historias que circulaban en el entorno familiar de los Guerrero, cual de ellas menos tranquilizadora, todas engastadas en violencia y rayanas en lo ilegal.

Le habría gustado tener poder de decisión para evitar el contrato que su abuelo extendería al matón, pero se trataba de un asunto que no le incumbía pues su antigua relación con Nicolás estaba enterrada bajo el polvo de cuatro años y si se obstinaba en opinar podría recibir una respuesta desagradable.

Por otra parte, había sido su abuelo quien buscó al abogado y no éste al académico, por lo que era dable esperar que las sugerencias del joven leguleyo fuesen escuchadas y atendidas por quien solicitó ayuda.

Sin embargo, esa tarde se presentó en el departamento de su abuelo decidida a quedarse allí algunas semanas en vez de viajar a Paine, como lo hacía habitualmente. Llamó a su padre y le informó que permanecería en Santiago los siguientes treinta días. Llevó sus apuntes y libros a la pieza que siempre estaba dispuesta para ella y se tendió en la cama, buscando un

argumento convincente para explicar a los demás el por qué de su abrupta decisión. Diría que el estudio de las líneas de Nazca le obligaba a quedarse en la oficina hasta muy tarde. Con eso sería suficiente.

Esa misma noche se realizó la primera reunión de trabajo en el comedor. Su abuelo y Nicolás permanecieron hasta la madrugada revisando documentos y especulando sobre posibles pasos a seguir. A ninguno de ellos le interesó conocer las causas que motivaron la presencia suya en el departamento. Tampoco mostraron extrañeza. El caso les había atrapado y nada más parecía ocupar sus tiempos.

Remigio apareció al día siguiente y lo topó en el descanso del tercer piso cuando ella abandonaba el ascensor. Él venía subiendo por las escalas, en una conducta que después reconocería eficaz y necesaria ante momentos difíciles. Notó que estaba más delgado, mejor vestido y con aires juveniles que no le conocía. Tenía movimientos gráciles y sus piernas se arrastraban en pasos lentos. Concluyó que era ahora un hombre más peligroso que antes, pues ya no hablaba groseramente y sus ojos se movían en forma incesante de un lado a otro cual si acechara a alguien.

No pudo evitarlo. Su curiosidad femenina sobrepasó los términos de la mesura y a la sexta noche tomó asiento en el comedor junto a los tres hombres, decidida a participar en la conversación y dar su opinión aunque nadie la hubiese invitado. Luego de servir café y galletas, el abuelo rompió los fuegos.

- Hoy en la tarde, Nicolás completó la primera parte de la investigación. Ya sabemos cuáles son las propiedades de Grettel Von Roschäuffen en Chile y a decir verdad, me he sorprendido con el volumen de la fortuna. De acuerdo a la primera aproximación realizada, creo que se trata de unos doscientos cincuenta millones de dólares.
- ¿Pudiste localizar esas propiedades? –preguntó Remigio, sorbiendo un trago de café.
- En Punta Arenas hay una estancia ganadera de doce mil hectáreas de extensión; posee galpones especialmente habilitados para el ganado, lechería, aserradero, un muy bien equipado laboratorio veterinario, varios vehículos –camiones, tolvas y camionetas- un motor petrolero para generar energía eléctrica, equipos de radio VHF, antenas satelitales, siete casas para los trabajadores y, por cierto, en medio de la estancia, una magnífica mansión con seiscientos metros cuadrados de construcción, seguramente alhajada y amoblada- Nicolás revisó sus papeles y continuó detallando lo que había obtenido esos días como información oficial- En Antofagasta hay registradas dos minas de cobre y una empresa pesquera –esta se encuentra en Tocopilla- a nombre de la

“Sociedad Nueva Germania”, que declaró capitales cercanos a los cien millones de dólares.

- ¿En Impuestos Internos? –preguntó Remigio.
- En Impuestos Internos, sí. Al sumar esa cantidad al valor de la estancia, tenemos un total parcial de ciento setenta millones de billetes americanos.
- ¿Y los otros ochenta millones? –inquirió nuevamente el amigo de Alvaro.
- En Curicó.
- ¿Qué tenía esa maldita gringa por allá?
- No lo sabemos. En el Servicio de Impuestos Internos sólo figura un concepto, no una propiedad, sea esta bien raíz o empresa.

La noche se fue en detalles. Ninguna información valiosa apareció sobre la mesa y Mirentxu reafirmó su opinión respecto de la incapacidad investigativa que caracterizaba a los abogados, pues no bien se les sacaba de un asunto netamente jurídico comenzaban a desvariar por temáticas intrascendentes que sólo ayudaban a obnubilarlos, pero eran felices discutiendo cuestiones de alta política o creando entelequias que servían para maldita la cosa. Con razón la administración de justicia en el país andaba como la mona.

Participó en una nueva reunión la noche siguiente, sin abrir la boca pero tomando apuntes en su cuaderno de terreno. Les notaba nerviosos y erráticos, alejados del tema central, ocupados principalmente en establecer el posible monto de la fortuna intestada de la alemana, evento que de producirse caería después en el ámbito de los Tribunales. Harta de soportar tantas desviaciones, tomó por fin la palabra. Usó el tono más mesurado que su ánimo le permitía en ese momento.

- Se han perdido del camino principal, abuelo. El gobierno alemán solicitó información respecto de si existió, o existe aún, heredero de la familia Von Roschäuffen en Chile. Eso es todo. ¿No te parece que sería conveniente dedicarse a resolver esa cuestión primero? Si ustedes logran establecer que no hay herederos, el estado chileno se hará cargo del resto. Y si descubren que sí los hay, con informar el nombre y paradero del interesado al gobierno alemán, basta y sobra.
- Ahí está el problema, “enana”. Si existen o no esos herederos, jamás lo sabremos. No olvides que la documentación y archivos se perdieron en Punta Arenas, por ello nos ha parecido conveniente iniciar la investigación por el lado de las propiedades, ya que quizás de ese modo logremos dar con los primeros dueños que ellas tuvieron.
- Hum...yo comenzaría a buscar en Curicó –remató la arqueóloga en voz baja.

Su experiencia como profesional de terreno, le señalaba que en esa ciudad debería estar el hilo conductor que llevase a la madeja, ya que no podía pasarse por alto el hecho sintomático que Impuestos Internos no contase con la definición exacta del tipo de negocio o actividad de una persona o empresa que declara un capital de ochenta millones de dólares. Mover esa cantidad de dinero en una ciudad pequeña, debía provocar interés o conocimiento de algunas actividades inherentes al rubro que tal sociedad trabajase. Era imposible pasar desapercibido. A menos, claro, que el propietario de esa suma contara con el encubrimiento y protección de ciertas autoridades, lo que hacía más urgente entonces averiguar e investigar en esa zona.

Contrariamente a lo que había supuesto, Nicolás estuvo de acuerdo con su teoría y su asombro llegó a extremos cuando el joven abogado le solicitó que se integrara al equipo.

La idea era trabajar en tres frentes simultáneos. El jurídico, que llevaba adelante el propio Nicolás con sus indagaciones en Tesorería e Impuestos Internos; el “de la calle”, a cargo de Remigio, quien había estado moviéndose esos días en los lugares donde acudía gente adinerada a jugar fuertes sumas en partidas de póker y en casinos ilegales, los que existían por doquier en Santiago; y ahora ella. Debería viajar a Curicó para tratar de conseguir alguna información de utilidad.

- Si no consigues nada en sesenta días, abandonaremos ese canal para dedicarnos de lleno a lo que suponemos es el camino correcto, el de las transacciones comerciales – Nicolás había sido enfático y punzante- Así, tú podrás seguir desenterrando momias y nosotros dándole seriedad a un asunto que no es chacota.

Mirentxu sintió que el rubor y la indignación ascendían por sus venas y se instalaban en las mejillas. Hubiese gustado de mandar a freír monos a ese machito presuntuoso y tomar sus cosas para trasladarse a Paine, dejándole el problema de la herencia en sus manos para que se hiciese responsable del descalabro posterior, pues estaba segura que el camino trazado por su abuelo no conduciría a la solución. Ella no sabía nada de leyes, pero tenía la certeza que estas podían ser burladas por mecanismos creados en el minuto mismo que eran publicadas. A través de la Historia los ejemplos se repetían y multiplicaban, en todas las épocas y en todas las culturas. Desde Nabucodonosor hasta John Kennedy, pasando por el imperio romano, la Carta Magna, la conquista de América, la Comunidad Británica de Naciones, el Tercer Reich y la maldita dictadura del proletariado. Conocía los recovecos y subterfugios administrativos, religiosos y jurídicos utilizados por incas, mayas, aztecas, egipcios y babilónicos, en sus eras de oro, para sojuzgar y engañar a los pueblos bajo sus mandos. Y si el proceso de la Historia Universal tenía ciclos, los poderosos de todos los

rincones del universo deberían haber continuado amañando las leyes para su mejor provecho. ¿Iba a ser Chile la excepción a la regla?

¡Jodidos abogados! ¡Mentes accionadas por artículos y reglamentaciones jurídicas paridas por congresales tan tinterillos como ellos! Y Nicolás hablándole en tono de mofa, exteriorizando su ira por un pasado romántico fracasado, pretendía derrumbarla frente al abuelo para ganar una complaciente sensación de superioridad.

- ¿Sesenta días? Okey...volveré a esta mesa en dos meses más –gruñó herida- Compararemos nuestros respectivos avances y si tú no tienes más de lo que ya has mostrado, yo dirigiré la investigación a partir de ese momento.
- ¿Qué pasa si eres tú la que vuelve sin nada? –preguntó irónicamente el abogado.
- Te pediré disculpas por mi intromisión y me marcharé a casa, dejándolos tranquilos. ¿Estás de acuerdo?
- Completamente, alteza –replicó él con sorna.

Mariano Casella suspiró profundamente mientras observaba la grácil figura de su nieta desapareciendo por el pasillo y cerró los ojos ya que sabía lo que seguiría a continuación. El fuerte golpe dado a la puerta del cuarto de la joven, levantó las neuronas de los presentes que hicieron mutis ante la reacción de la muchacha.

Mientras, en la avenida que enfrentaba al edificio de departamentos, un coche con sus luces apagadas seguía estacionado frente al ingreso principal del inmueble. Dentro del automóvil, dos hombres acechaban los movimientos producidos en su alrededor y conversaban en voz baja. Llevaban allí más de una hora en esa labor.

* * *

Durante cuarenta días, Mariano y Nicolás nada supieron de Mirentxu, a quien suponían trabajando en el Departamento de Arqueología y compartiendo su tiempo libre entre su afición al cine y la investigación Roschäuffen, aunque esta última quizás ya hubiese sufrido el síndrome del abandono, pues la teoría sustentada por la arqueóloga carecía de base seria.

Un llamado telefónico puso en alerta a los dos abogados, haciéndoles cavilar respecto de una posible desgracia.

Fernando Casella, hijo de Mariano y padre de Mirentxu, quería hablar con su hija, ya que nada sabía de ella desde la tarde que le comunicó que permanecería durante un mes en el

departamento del académico, pero no supieron qué responderle pues suponían que la joven viajaba a Paine diariamente.

Suspendieron la reunión para intentar ubicarla lo más rápidamente posible, ya que una indefinible sensación deambulaba en torno a todo aquello.

Muchos llamados telefónicos que realizaron, tuvieron la misma respuesta. Nadie había visto a Mirentxu Casella en los últimos veinte días; ni en el Departamento de Arqueología, ni en el laboratorio, ni en el Museo. Tampoco en el Cine-Arte, donde acostumbraba asistir a presenciar las películas de su predilección.

Su rastro llegaba sólo hasta la tarde que abandonó su oficina para disfrutar de algunas semanas de vacaciones, las que habían terminado el viernes último, pero la muchacha no se presentó a trabajar el lunes.

Sin embargo, una información abrió por fin la puerta que llevaba hacia la huella de la arqueóloga.

Jorge Peredo, su jefe en el Departamento, le había autorizado a tomar algunas semanas de feriado legal pendientes, ya que la misma Mirentxu presionó por ellas.

- ¿Cuándo ocurrió eso? –preguntó Mariano.
- Hace ya veinte días. Debió haber regresado anteayer, pero ni siquiera se ha comunicado con nosotros telefónicamente. Me parece, si mal no recuerdo, que deseaba ir a la zona centro-sur; creo que a Talca, o a Curicó.
- ¿Le explicó por qué quería ir hasta allá? –insistió el abuelo de la chica.
- Dijo algo respecto a un trabajo adicional; una investigación o una labor para recabar datos sobre una herencia. Es todo lo que sé.

Con el semblante demudado por la preocupación y un sentimiento de culpabilidad cosquilleándole la conciencia, Nicolás pidió a Remigio que le acompañase en el viaje a Curicó, mientras Mariano, presa de las peores premoniciones, solicitaba a un juez amigo la tramitación de una búsqueda policial por presunta desgracia.

* * *

El “Hotel Comercio” se encontraba casi vacío a esa hora de la mañana, cuando Remigio y Nicolás depositaron sus maletas sobre la alfombra celeste del “lobby” y solicitaron atención.

El joven dependiente les regaló una sonrisa mecánica e inició los breves trámites de registro en el libro correspondiente. Les asignó la habitación número doce, cuya ubicación

llenó el gusto del siempre desconfiado Remigio, pues estaba situada en el primer piso, cerca del pasillo principal y de cara al patio interior.

Los dos nuevos pasajeros acomodaron sus ropas en el closet y descansaron unos instantes, tendiéndose sobre las camas.

A mediodía concurrieron al comedor y almorzaron sin prisas.

Regresaron a la habitación para estructurar un itinerario de visitas, las que comenzaron a media tarde presentándose en la Recepción para averiguar si Mirentxu se había registrado en el hotel días antes. La respuesta fue negativa.

Lo mismo ocurrió en las tres Comisarías de Carabineros, donde se les atendió con solícita diligencia no bien mostraban el documento evacuado por la Corte Suprema, que Nicolás enarbolaba cual bandera de tregua.

Camaron cansinamente por las calles céntricas cuando la tarde caía indefectiblemente en las garras de la noche tibia, sin haber logrado un mísero dato respecto no sólo del paradero de la muchacha, sino también del paso de la arqueóloga por aquella ciudad.

Cenaron en el hotel y Nicolás decidió ir temprano a la cama para contar con energías suficientes y enfrentar una nueva jornada de búsqueda con ahínco. Remigio, en cambio, optó por visitar lugares donde reinasen el juego y la diversión.

- Vas a aburrirte de lo lindo –acotó el abogado- Antes de regresar a cenar, me percaté que las calles curicanas son territorios vacíos y tristes. Lo único rescatable en este lugar es la Plaza, y allí tampoco había movimiento.
- Mi mundo no es el tuyo –respondió el adusto guardaespaldas- Tengo algunos fulanos conocidos por estos pagos y todos ellos me deben más de un favor.

Realizó dos llamadas telefónicas desde la misma habitación y, sonriendo misteriosamente, abandonó el hotel.

El día clareaba cuando Remigio sacudió con brusquedad el brazo de Nicolás, invitándole a ponerse de pie pues había encontrado un rastro de la joven.

- Hay un tugurio en las cercanías del cerro Condell –dijo- Fue el último lugar al que me llevaron mis “amigos” anoche, luego de haber recorrido prostíbulos y bares durante horas. Se trata de un “punto de juego” clandestino, o semi clandestino en verdad, ya que la ley sabe de su existencia pero no perturba la marcha de ese negocio.
- ¿Qué podría haber estado haciendo Mirentxu en ese sitio?
- No lo sé, pero averigüé que ella estuvo en el lugar hace tres semanas, acompañada de un tipo bastante conocido en esos andurriales, un tal Alberto Ramos.
- Alberto Ramos...Ramos...no me es familiar –balbuceó Nicolás.

- Es un agricultor joven, perteneciente a una familia adinerada de la zona de Licantén. Se me informó que es también un jugador empedernido. Al parecer, venía junto a Mirentxu desde algún restaurante ubicado en la Ruta Cinco Sur, donde seguramente habían cenado. El tipo este, extrañamente, no jugó póker esa noche, ya que conversó largamente con un individuo apodado “Mandoble” y se marchó con tu ex – novia hacia su fundo.
- ¿A Licantén?
- Al fundo “Quebrada Azul”, el que parece situarse en las cercanías del lago Aquelarre...ese sitio no lo conozco ni me suena...
- Se trata del lago Vichuquén –aclaró Nicolás.
- Ah...sí.....claro. Cuando niño fui un par de veces hasta Licantén, pero la verdad es que no tengo recuerdos de nada que se llame Aquelarre.
- Es una zona donde se levantan verdaderas mansiones de veraneo que pertenecen a familias ricas, provenientes de Santiago. Amigo mío, a Licantén los boletos. Pero antes, llamemos a don Mariano e informémosle lo que hemos averiguado.
- Hum, sí, me parece correcto. Es bueno que él sepa de nuestros pasos...por si nos sucede un imponderable, digo yo.
- Antes de abandonar Curicó, pasaremos por la Comisaría más céntrica y daremos a conocer nuestro recorrido. Toda precaución es poca.
- Una sola pregunta, amigo leguleyo. ¿En qué nos trasladaremos hasta esa zona?
- Alquilaremos un automóvil –contestó Nicolás- No, mejor una camioneta con doble tracción, ya que de seguro tendremos que ingresar al fundo y no creo que allí existan rutas pavimentadas.

Al salir del cuarto, se toparon en Recepción con el mismo empleado que les había atendido la mañana anterior. Solicitaron comprar un mapa de la región y perdieron treinta minutos esperando por el maldito plano. Por fin, con el pedido cumplido, marcharon hacia el centro de la ciudad a objeto de alquilar el vehículo necesario.

* * *

Las llanuras extendían sus verdores impudicamente en medio de los cerros que atosigaban el valle con sus faldas montaraces, las que morían en suaves lomas posadas sobre las pasturas regadas por dos cursos de agua de bajos fondos, interrumpiendo la monótona

paisajística del lugar por el que cruzaba la camioneta que llevaba a los investigadores hacia las orillas del aún distante lago Vichuquén.

Acostumbrado al escaso tráfico vehicular habido en las carreteras del norte chileno, donde la inmensidad del desierto transforma toda expresión viviente en ínfima presencia, Nicolás manifestó su asombro por la cantidad de coches y camiones que utilizaban una vía que creyó solitaria.

Remigio, en tanto, expresaba continua admiración por la calidad y belleza de los automóviles que veía en el trayecto, reconociendo que sólo en Viña del Mar y Pucón podía encontrarse algo similar.

- Es el lago –reconoció el abogado- Ahí tienen sus mansiones de descanso los millonarios de la capital y muchos latifundistas de esta zona.
- Cuando era niño, un tío de mi madre me trajo hasta acá en su desvencijado camión un fin de semana –murmuró Remigio, encendiendo el segundo cigarrillo de la mañana- En ese entonces, los caminos eran polvorientos y llenos de baches. ¡Cómo ha cambiado todo esto!
- Eres un viejo de mierda –ironizó Nicolás tras el volante- Yo siempre he conocido pavimentada esta carretera.

Se detuvieron frente a un puesto de venta de frutas instalado a la vera de la carretera para adquirir manzanas y kiwis e intentar desentumecer las piernas caminando alrededor del vehículo, lo que les permitió admirar el paisaje circundante e inhalar el aire puro de la campiña.

Al regresar al vehículo, el abogado observó que otro coche había estacionado a cien metros de ellos y sus ocupantes continuaban en el interior del habitáculo sin dar indicios de querer descender. Guardó silencio ya que no deseaba provocar una falsa alarma, con mayor razón si conocía perfectamente el carácter agresivo de Remigio. Quizás se trataba de simples turistas, y causar un jaleo en plena carretera no estaba en sus planes. Tampoco quería atraer la atención de otros conductores, o de algún patrullero de Carabineros.

Se confesó a sí mismo que estaba extremadamente nervioso desde que comprobara, en Iquique, la vigilancia a que habían sometido al profesor Casella, la que ahora parecía haber derivado hacia Mirentxu, ya que la desaparición de la arqueóloga no podía considerarse un hecho aislado.

Subió a la camioneta y observó por el espejo retrovisor. El coche seguía estacionado a un costado de la berma. Remigio se había acomodado en el asiento de junto, masticando con fruición una manzana, despreocupado del entorno.

Un segundo automóvil apareció tras el coche aparcado. Nadie descendió tampoco de él. La adrenalina comenzó a fluir por su cuerpo y una rara sensación de peligro se instaló en sus sentidos. En milésimas de segundo su boca se secó y las piernas fueron recorridas por golpes eléctricos producto del miedo. Pese a ello, mantuvo silencio. Salió del estacionamiento del puesto de frutas e inició la marcha a velocidad normal en dirección al oeste. Con el camino despejado frente a su vista, aceleró el vehículo de doble tracción para dispararlo en loca carrera. Remigio le miró enarcando las cejas, sin dejar de consumir la fruta pulposa, pero el abogado no respondió a la observación ya que mantenía sus ojos fijos en sólo dos puntos: la carretera y el retrovisor.

- Disminuye...no requerimos viajar a ritmo de Fórmula Uno –aconsejó el guardaespaldas.
- Prefiero ir a esta velocidad y no a paso de tortuga –mintió un nervioso Nicolás.
- Necesito que esos dos coches se nos aproximen para determinar cuántos tipos viajan en ellos, pero si ahora se te ocurre batir récord de velocidad, jamás lo podré saber.
- ¿Habías visto ya esos automóviles? –el abogado estaba trémulo de expectación.
- Nos vienen siguiendo desde que salimos de Curicó –dijo Remigio sin alterarse- Han ido turnándose en la persecución.
- Dios santo...¿qué vamos a hacer? –balbuceó Nicolás.
- Seguir nuestro viaje a velocidad normal. Sólo eso. Si los tipos hubiesen querido atacarnos ya lo habrían hecho kilómetros atrás, cuando ellos y nosotros éramos los únicos ocupantes de la carretera. Disminuye tu velocidad y déjales adelantarnos.

Un antiguo pero bien mantenido “Mercedes Benz” de color gris acero sobrepasó a la camioneta perdiéndose en la curva cercana. Tres individuos viajaban en él, pero ninguno volteó la cabeza para mirar a quienes iban en la máquina de doble tracción. A través del retrovisor, Nicolás seguía observando al coche que había acercado audazmente su parachoques a la parte posterior del vehículo doble cabina. No estaba seguro, pero le parecía que una mujer era quien conducía el vehículo. Así lo hizo saber a Remigio.

- ¿Ese coche es más bajo que el nuestro? –preguntó el calmo guardaespaldas.
- Sí, es un Toyota Tercel –respondió el abogado.
- Acelera –fue la seca instrucción del amigo de Alvaro.

La camioneta produjo un fuerte ronroneo y se alejó varios metros de su perseguidor, el que a su vez también aumentó la velocidad con el firme propósito de no abandonar la cacería. Remigio intuía que el Mercedes Benz estaría esperándoles algunos kilómetros más adelante para entorpecerles el avance y dejarles en medio de ambos coches, como un trozo de jamón dentro de un emparedado. Pero él era un hombre habituado a las situaciones

peligrosas y, aún más, gustaba vivir entre emociones fuertes y hechos violentos. Su experiencia le indicaba que en las cercanías de alguna curva más o menos cerrada y solitaria, debería producirse la obligada detención que los tipos de ambos automóviles habían preparado.

Un par de minutos después, siempre a alta velocidad y con el Toyota a escasos metros de distancia, en una recta de varios kilómetros, apareció la inconfundible figura del Mercedes que avanzaba lentamente, esperándoles, preparándoles el “sandwich” que les haría detenerse en un camino despejado, quizás en medio de una curva. Allí, con toda seguridad, les apuntarían con armas y les harían subir separadamente a cada uno de los coches. “Truco demasiado conocido”, pensó Remigio sonriendo levemente.

- Acércate al automóvil alemán a toda velocidad –le gritó al abogado- No te detengas...y cuando yo te lo ordene, frenarás bruscamente. Es mejor que lleves bien firme el manubrio.
- ¿Qué frene bruscamente? ¿Y el Toyota que viene detrás de nosotros “como las velas”? Lo llevamos a menos de cinco metros. Se va a clavar en el pick-up –respondió alarmado el conductor.
- Veo que has entendido claramente lo que vamos a hacer. Sigue corriendo...sigue...eso es...sigue...¡¡Ahora!! ¡¡Frena con todas tus fuerzas!! ¡¡Frena!!

Nicolás prácticamente se montó sobre el pedal del freno y la camioneta se clavó en el asfalto, haciendo chirriar neumáticos y fierros. Rápidamente, el Mercedes fue perdiéndose de la vista de ambos amigos, mientras el Toyota impactaba con dramática violencia la parte posterior del vehículo doble cabina que fue lanzado hacia delante, sacándolo del camino y derivándolo hacia la berma. Con ágil habilidad, el abogado logró controlar su máquina e inclinó el volante a la izquierda, para tomar nuevamente la pista pavimentada. Hundió por segunda vez su pie en el pedal de freno y detuvo por fin la loca carrera de la camioneta. Sesenta metros más adelante, el Mercedes había detenido también su marcha.

Remigio descendió con una sorprendente velocidad y corrió hacia el destrozado automóvil japonés, que se encontraba atravesado en la ruta, con su motor destrozado y sus vidrios hechos añicos.

Nicolás vio cómo su amigo metía medio cuerpo dentro del coche por la ventanilla del conductor y luego regresaba hasta la camioneta con una sonrisa ancha de satisfacción.

El Mercedes reinició la marcha y huyó del sitio a todo dar

- ¿Qué pasó? Vamos hombre, dime qué diablos ocurrió –Nicolás vibraba de nerviosismo.

- Tenías razón, leguleyo –contestó Remigio, haciéndole señas para que continuaran el viaje como si nada hubiese sucedido.
- ¿Yo tenía razón? ¿De qué tenía razón?.
- Una mujer conducía el Toyota. No me preguntes si es una “mina” joven o vieja, porque va a costar mucho distinguirla la edad. Se le incrustó el manubrio en el pecho y la cara es un masa de sangre y vidrios.
- ¿M-mu-murió? –tartamudeó el abogado.
- ¡Claro que murió! ¿Qué esperabas a esa velocidad? En cambio, su acompañante parece seguir con vida.
- ¿Acompañante? –se quejó Nicolás.
- Un tipo maduro, con pinta de europeo nórdico. Está “patas arriba” en el asiento trasero, bastante malherido.
- Oh, Dios...oh, Dios...¿qué deseaban esas personas?
- Hacernos lo mismo que nosotros le hicimos a ellas. No te preocupes por los daños causados a la camioneta, tiene seguro amplio. Alejémonos luego de aquí y metámonos en el primer camino lateral que encontremos. Debemos permanecer ocultos durante un par de horas y observar qué movimiento se produce en esta carretera antes de retomar nuestro camino.

Por primera vez en su vida, Nicolás sintió que el miedo era cosa menor ante la inflamable sensación de culpabilidad responsable. Habían asesinado a una mujer, fría y calculadamente. Su mente trabajaba de manera incesante para construir argumentaciones legales que le permitiesen, posteriormente, explicar con éxito las circunstancias del accidente. Porque eso sería lo que él iba a afirmar ante el tribunal. Un desgraciado accidente de carretera.

Remigio, en cambio, construía nuevos planes para adelantar una investigación que., a su juicio, comenzaba a tornarse interesante.

Se guarecieron a menos de cincuenta metros de la autopista, cubiertos por un bosquecillo de eucaliptos que dejaba un paso estrecho hacia las propiedades colindantes y vigilaron con atención el tránsito de vehículos que se desplazaban hacia y desde Curicó. Dos horas después, al no detectar movimientos sospechosos, abandonaron el escondrijo para dirigirse al lugar del accidente.

La carretera estaba limpia y habilitada, como si nunca hubiese existido un percance en ella. Alguien había retirado con prontitud los cuerpos de la dama fallecida y del viejo malherido, junto al destrozado Toyota. Quienes así actuaron, lo hicieron con eficiencia y oportunidad,

demostrando contar con recursos y organización superiores, pero también indicaba que estaba lejos de su ánimo participar en bochornosas sesiones en los tribunales, ya que ello habría permitido descubrir el tramado interno de su grupo.

Al ingresar al pueblo de Licantén, el astuto Remigio eligió un servicentro de gasolina donde se estacionaban varios camiones a la espera que sus conductores terminasen de almorzar. El guardaespaldas, que ahora conducía la camioneta, maniobró velozmente en reversa e impactó con violencia el acoplado de una enorme máquina “Mack”, desatando una seguidilla de carreras y gritos por parte de las personas que abandonaron de inmediato el comedor para socorrer a los posibles heridos.

En cosa de minutos se hizo presente una patrulla de Carabineros y el conductor del “Mack” solicitó la identificación del responsable. Remigio reconoció haber maniobrado con imprudencia dentro del patio de la gasolinera e hizo entrega de los documentos solicitados. Hubo un rápido trámite que concluyó con una citación al juzgado de policía local de Licantén para el próximo día viernes.

Nicolás logró que el administrador del servicentro llamase a un fotógrafo para captar el volumen y dimensión de los daños originados en la camioneta y en el otro vehículo mayor. Las fotos serían enviadas a la Compañía de Seguros y el propietario del camión se manifestó conforme con el procedimiento, pues entendía que su máquina sería reparada completamente sin cargo para él. Además, los daños fueron menores y afectaron únicamente a la parte posterior del acoplado, sin comprometer la ingeniería ni el motor del vehículo de carga.

La camioneta en cambio mostraba deterioros severos en su cola, pero su motor continuaba funcionando normalmente.

Antes de marcharse de la gasolinera, Remigio consultó al mismo conductor del “Mack” sobre la ubicación del fundo “Quebrada Azul”.

Alberto Ramos resultó ser una persona ampliamente conocida en la comuna, lo que facilitó la búsqueda, pues en menos de quince minutos ambos investigadores atravesaban el portalón de ingreso al fundo sobre un camino arcilloso que se adentraba hacia los montes cuyos faldeos llegaban a rodear el lago Vichuquén.

Encontraron el ingreso a la casa patronal escondido entre álamos y magnolios que regalaban a la atmósfera un frescor aromático y vivificante, mecido por la suavidad de la brisa que llegaba desde el lago cuya presencia podía adivinarse detrás de la construcción de madera y ladrillos que les daba la bienvenida.

Dos hombres les salieron al encuentro desde uno de los galpones que se ubicaban al costado de la casona. Parecían campesinos, trabajadores del fundo. Pero portaban escopetas de dos cañones que apuntaban sus ojos negros hacia el suelo; tres perros gigantescos completaban el cuadro.

Nicolás prefirió conversar desde el interior de la camioneta, pues la presencia de los canes le atemorizó más que las armas. Cruzaron palabras de buena crianza y en corto rato la situación era clara. El señor Alberto Ramos les estaba esperando desde hacía días y había intentado comunicarse con el abuelo de la “señorita Mirentxu” telefónicamente, sin éxito, pues el profesor Casella no se encontraba en su casa ni en su oficina donde, además, informaron que nada sabían de él en las últimas cuarenta y ocho horas.

- ¿Don Alberto podrá recibarnos? –preguntó el abogado, sin dejar de mirar a los perros que mostraban una peligrosa displicencia.
- Anda en Iloca, adquiriendo mercaderías –respondió uno de los peones- Pero debe estar por regresar, pues salió muy temprano en la mañana. De todas maneras, los caballeros pueden pasar a la casa y esperarle ahí. Esas han sido sus órdenes desde anteayer.

Remigio y Nicolás ingresaron a la casa donde una joven de ojos oscuros, vestida con un albo delantal, les sirvió café y refrescos en el salón principal.

Los campesinos, sin instrucciones previas, condujeron la deteriorada camioneta hasta uno de los galpones. Cerraron la puerta y colocaron un candado en la aldaba. Remigio pestañeó seguidamente, muestra inequívoca de la extrañeza que esa acción le provocaba, pero nada dijo y siguió observando el interior de la casona.

El salón era más bien pequeño, de forma ovalada, con una escala que conducía al piso superior. En el extremo opuesto una arcada daba paso al comedor. Algunos muebles de estilo, algo viejos pero bien mantenidos, señalaban que aquella familia había tenido años ha una posición económica de fuste. Se notaba buen gusto en la decoración general, pese a que el abogado opinaba para sí mismo que le resultaba inevitable pesquisar un olorcillo a antigüedad en todo el derredor.

Remigio señaló con su dedo los ventanales del salón.

- Tienen defensas metálicas recién instaladas –comentó en voz baja.
- No pertenecen al estilo general –dijo Nicolás.
- Las colocaron hace pocos días. Fíjate en las marcas de las soldaduras, son frescas.
- Habrán tenido malas experiencias con merodeadores o ladrones nocturnos –acotó el abogado, levantándose del sillón y caminando hacia los enormes vidrios para observar a placer la estructura metálica del enrejado.

- ¿Ladrones aquí? –rió Remigio- ¿No viste esos enormes perros y los tipos con escopetas? ¡Quién va a atreverse!
- Los alemanes –contestó una voz cascada desde el comedor, a las espaldas de los forasteros.

Sentada en una silla para discapacitados, una anciana de rostro agradable había surgido silenciosamente desde el interior de la casa y les miraba casi con simpatía, arrugando su ceño para distinguirlos mejor, ya que la luz exterior dibujaba figuras lúdicas en los ventanales que la enfrentaban.

Muy delgada, la mujer representaba una edad que cifraría en los ochenta años, o más. Su pelo cano estaba recogido en un moño detrás de la nuca, intentando vanamente estirar el cutis ajado por el paso del tiempo. Sus pómulos sobresalían con nitidez en la cara huesuda, escondiendo los ojos que se hundían en cuencas amoratadas, otorgándole el color propio del rigor mortis a un semblante que aún deseaba continuar existiendo.

- Tengan la bondad de tomar asiento, jóvenes. Espero no haberlos asustado con mi...con mi...bueno, con esta maldita silla que me hace parecer una inválida. ¿Ustedes son las personas que Mirentxu dijo que vendrían? Me imagino que usted es el abogado...esteeee...Nicolás Guerrero, ¿o me equivoco?
- No señora, yo soy Remigio Huerta. Él es don Nicolás. ¿Y usted es la señora madre de don Alberto?
- Qué tontamente me he comportado. Disculpenme por no haberme presentado a tiempo. Albertito es mi nieto. Yo soy su abuela. Llámenme Griselda, por favor.
- Querida señora, usted recién nos dijo que las protecciones en las ventanas se debían a la presencia de....¿alemanes? –Remigio no perdía tiempo.
- Oh, sí. No hemos podido deshacernos de su vigilancia. Por ello fue que decidimos salir de la estancia que mi hijo arrendaba en Punta Arenas –la anciana hablaba quedamente, rememorando momentos gratos de un pasado ahora ausente- Los mal hablados magallánicos aseguraron que íbamos huyendo de un posible conflicto con Argentina el año 1978, pero la verdad es que llevábamos mucho tiempo soportando la presión y vigilancia de alemanes venidos desde Paraguay y Brasil. Al llegar aquí a Licantén, mi hijo, que en paz descanse, creyó que nunca más viviríamos los momentos de angustia experimentados en la Patagonia, pero la presencia de Mirentxu en este lugar atrajo a esos bastardos hacia acá nuevamente.

Nicolás abrió los ojos y se acercó a la dama; tomándole las manos le miró fijamente regalándole la mejor de sus sonrisas.

- Su hijo, el padre de Alberto, arrendaba una estancia en Tierra del Fuego, ¿verdad?
- Eso dije, joven –la anciana parecía complacida con las dudas del abogado.
- ¿Alguna vez escuchó hablar de la “Casa Roschäuffen” por allá?
- Claro que sí –la vieja manoteaba molesta, como si espantara moscas- Era la estancia vecina a la nuestra. Un nido de alemanes odiosos y prepotentes.

C A P I T U L O I V

Alberto Ramos resultó ser un tipo agradable, de mirada franca y continente simpático, aunque algo alocado e hiperkinético, lo que contradecía su fama de jugador de póker ya que se suponía que un tahúr poseía dominio absoluto sobre sus emociones y gestos para esconder la calidad de sus cartas en un juego de sumas elevadas.

Confesó que había sido Mirentxu quien le localizó en el centro de Curicó, gracias a un emblema que llevaba en el vidrio trasero de su camioneta. La arqueóloga le había abordado en plena calle Yungay de la ciudad de las tortas una mañana a mediodía, cuando él salía de la tienda de telas y géneros luego de haber adquirido algunos metros de cortinaje para las ventanas de la cocina. Reconoció que horas antes había observado la grácil figura de la joven deambulando de aquí para allá, sin destino fijo ni intención clara.

La sorprendió casi acostada sobre la puerta del vehículo investigando el emblema adosado al vidrio trasero. Conversaron amigablemente al costado de la camioneta y la chica se mostró interesada en la historia de la familia Ramos Torralba, especialmente al saber que eran oriundos de Punta Arenas y que llevaban más de quince años instalados en la zona de Licantén. Almorzaron en un restaurante cercano al mercado y prontamente descubrieron que poseían problemas comunes. Ella deseaba reconstruir la historia de un extranjero que quizás había llegado a Curicó a fines del siglo diecinueve, pues su experiencia como arqueóloga y los datos que poseía le señalaban que ese era el hilo conductor al centro de la madeja que ahora le preocupaba profesionalmente, y por el cual había viajado desde la capital.

Le acompañó a un par de sitios –en los alrededores de Sarmiento, localidad ubicada a pocos kilómetros hacia el norte- donde la chica visitó una vieja casa de campo que se

alzaba en lo que alguna vez fue un extenso fundo y, posteriormente, una vetusta iglesia de campo que le gastó más tiempo del esperado, ya que entabló larga conversación con un sacerdote casi anciano que, según dijera ella misma, le había cautivado con su enorme bagaje de información.

Fue precisamente ese cura quien le dio el nombre de un sitio que la muchacha intentó precisar después en una comisaría de carabineros, al caer ya la tarde.

- Soy bastante conocido en Curicó –dijo Alberto- Me fue relativamente fácil averiguar con la policía aquel dato que Mirentxu estaba precisando. Ella se quedó en la camioneta y yo conversé brevemente con un sargento de apellido Salgado.
- ¿Qué era lo que Mirentxu quería saber? –preguntó intrigado Nicolás.
- La ubicación exacta de un sitio llamado “Puerto Roberto”, que desconozco y del que jamás, hasta ese momento, había escuchado.

El joven agricultor continuó su exposición, comentando que en Curicó sólo existía un hombre capaz de conocer todos los recovecos y lugares extraños de la provincia. Vivía en el sector de Aguas Negras, en la salida norte de la ciudad, y su actividad más relevante era la de un mercachifle que recorría prácticamente toda la región, vendiendo ropas y artículos varios en poblados o sectores que no eran visitados ni siquiera por los candidatos a concejales en épocas electorales. Se trataba del “Mandoble”, un tipo cuarentón al que además le gustaba arriesgar sus ingresos en juegos de cartas, específicamente en el “Monte”, donde corría con irregular suerte.

Esa noche le encontraron en el “punto de juego” cerca del cerro Condell y supo informarles que Puerto Roberto era un escuálido y escondido campamento minero abandonado, el que se situaba a dos mil metros de altura en la cordillera, cerca de la localidad llamada Potrero Grande. En ese lugar había sólo un viejo pirquinero morando en los restos de una cabaña, ya que las faenas de extracción de material se hallaban cerradas desde hacía diez años. El hombre aquel era un verdadero ermitaño, pues bajaba a los pueblos vecinos una o dos veces al año para surtirse de alguna mercadería que adquiriría gracias al crédito eterno otorgado por los dueños de almacenes que le conocían desde siempre, pero que nunca hacían efectivos los cobros pues no encontraban otra forma de ayudar al pobre viejo, a quien se suponía ya con sus facultades mentales perturbadas. El anciano minero era conocido con el nombre de Gustavito.

Para llegar hasta Puerto Roberto había que arrendar mulas y ascender a la cordillera por el Paso del Aguila, una garganta empinada que poseía los trazos de una antigua huella de carretas que se adentraba en los farallones y recovecos montañosos.

Según Alberto, Mirentxu le solicitó apoyo para preparar el viaje ya que carecía de contactos en la zona y le sería difícil conseguir los animales y, por cierto, también requeriría un baqueano que la acompañase hasta esas alturas. Además, la chica no estaba hospedada en Curicó, sino en una residencial en el centro de Lontué, pues conocía a la esposa del propietario.

Ni corto ni perezoso, Alberto le ofreció hospedaje en su propio fundo ya que desde allí sería menos problemático organizar una partida hacia Puerto Roberto. Fueron primero hasta la residencial en Lontué, donde la arqueóloga retiró sus pertenencias y dejó a su amiga la nueva dirección en la que se hallaría, dirigiéndose luego a Licantén, al fundo.

Durante tres semanas la joven disfrutó de la amabilidad de doña Griselda y dedicó su tiempo a escribir notas y apuntes en sus cuadernos, mientras Alberto le ayudaba preparando el viaje a la cordillera.

Casi diariamente viajaba a Talca y Curicó para trabajar en la oficina de Bienes Nacionales, en la Universidad y en otros sitios. Cada noche, sentada ante la mesa del comedor, garabateaba durante largas horas en sus cuadernos y revisaba documentos que había conseguido en sus visitas diurnas.

Dos días antes de su partida, conduciendo la camioneta que Alberto le había facilitado, Mirentxu concurrió al Registro Civil en Curicó y obtuvo, según dijera, la comprobación de importantes datos respecto del tema que le interesaba. Pero no hizo otros comentarios.

Al regresar al fundo, la chica apareció corriendo como desalada y dando bocinazos estridentes pues le venían persiguiendo dos coches con claras intenciones de arrollarla. De inmediato, Alberto dispuso que un grupo de sus trabajadores le acompañasen en el mismo vehículo hasta la salida de la propiedad. Comprobaron que efectivamente dos automóviles habían ingresado al predio pero, al encontrarse de frente con la camioneta, giraron prestamente y huyeron del lugar. Eran un Mercedes y un Toyota.

Esa misma noche, la arqueóloga relató a Alberto y a doña Griselda el verdadero motivo de su viaje. La abuela del agricultor le recomendó no ir a Puerto Roberto y disponer sus cosas para regresar a Santiago, pero la joven opuso tenaz resistencia a la idea, obstinándose en apurar la partida a la cordillera. De nada valieron los argumentos entregados por los dueños de casa, quienes tenían claro que el pasado había vuelto a sus vidas y, esta vez, en condiciones menos halagüeñas.

Dos días más tarde, cuando la noche aún no era rasgada por las primeras luces del alba, Mirentxu se despidió de sus anfitriones y acompañada por tres trabajadores de confianza,

abordó la camioneta que la llevaría hasta Potrero Grande, donde un amigo de Alberto, Tito Garcés, le esperaría en su parcela con las mulas y el baqueano dispuestos para el viaje.

- Eso es todo. Diez días más tarde aparecen ustedes y, para variar, vienen motivados por el mismo tema –concluyó Alberto, mesándose los cabellos.
- Debemos partir de inmediato a Potrero Grande –dijo Nicolás nerviosamente.
- ¿Usted podría recomendarnos también con ese amigo suyo, Tito Garcés, para conseguir caballos? –preguntó Remigio- Quizás sería conveniente avisarle telefónicamente.
- No posee línea telefónica en su parcela –respondió el agricultor- Ni siquiera he podido saber si Mirentxu regresó de Puerto Roberto, por eso he intentado comunicarme con el profesor Casella en Santiago desde hace cuarenta y ocho horas, pero allá tampoco saben nada de él.
- Debe haber partido a Punta Arenas –murmuró el abogado cabizbajo- Seguramente está efectuando investigaciones respecto de la pérdida de documentación en el Registro Civil de esa ciudad. Ahora lo importante es encontrar a Mirentxu.

Se volvió hacia Alberto y preguntó cuál era el emblema que portaba su camioneta en el vidrio trasero y que había llamado la atención de la arqueóloga.

- Se trata de una placa de metal, bruñida en bronce, que contiene la figura de la “Casa Roschäuffen” y la leyenda “Punta Arenas, Chile”.
- ¡Chiquilla de mierda! ¡Qué proceso arqueológico ni qué ocho cuartos! Tuvo la suerte del novato, nada más –se quejó Nicolás, sonriendo con ternura.
- Pero la suerte termina pronto –acotó Remigio- Debemos partir en la madrugada hacia Potrero Grande. ¿Podríamos abusar de su gentileza, y solicitarle que uno de sus trabajadores nos lleve en su propia camioneta hasta esa localidad? Nuestro vehículo pareciera ser demasiado conocido por esos alemanes y no me gustaría correr riesgos innecesarios.
- Por supuesto. Cuenten con ello. Aún más; yo mismo puedo llevar su camioneta de regreso a Curicó y devolverla a la empresa de alquiler junto al parte policial y a las fotografías del accidente que sufrieron en la gasolinera hoy en la tarde.
- Es usted muy amable, amigo –apuntó el abogado- El vehículo cuenta con arriendo pagado hasta tres días más, así que no deberá cancelar un solo peso.

Al día siguiente, Remigio y Nicolás disfrutaban de la gentileza de Tito Garcés en Potrero Grande, quien les atendió solícitamente gracias a la carta que Alberto enviara a través de los santiaguinos.

Se enteraron que Mirentxu había subido a la cordillera acompañada de Manolito, uno de los baqueanos más prestigiados del sector. Estuvieron en Puerto Roberto durante dos días y regresaron a Potrero Grande sin novedades. La chica se había encerrado en su pieza todo un día, escribiendo notas y redactando documentos. A la mañana siguiente se despidió de Tito, agradeciéndole sus deferencias; dejó unos billetes para Manolito y el propio parcelero la condujo hasta el centro del pueblo donde abordó un autobús con rumbo a Curicó.

- Lo último que me dijo fue que se hospedaría en el Hotel Comercio de esa ciudad, pues estaba segura que usted llegaría tarde o temprano a ese establecimiento –comentó el dueño de casa mirando a Nicolás.
- Don Tito, voy a dejarle los números telefónicos de nuestra oficina en Santiago – respondió el abogado- Le ruego que nos haga saber, por favor, cualquier novedad que llegue a sus oídos. Esto es muy importante para nosotros, pues estamos realizando una investigación judicial por orden de la Corte Suprema de Justicia.
- Ya lo sé; la señorita Mirentxu me explicó lo mismo. Incluso me entregó los números telefónicos de la oficina de su abuelo, el señor Mariano Casella, y los del Departamento de Arqueología de la Universidad.

Nicolás y Remigio regresaron a Curicó con la cola entre las piernas. Habían malgastado parte importante de su tiempo buscando a una perdida, desaparecida Mirentxu, en la creencia de una posible desgracia, pero la chica parecía una anguila, escabulléndose con prontitud y apareciendo donde menos se le esperaba. El abogado reconoció que su ex – novia tenía más aptitudes investigativas que él mismo, pues fue capaz de hacerles perder tiempo valioso mientras ella avanzaba en su propio trámite. Maldita mocosa. Habíase aprovechado de todo el mundo, manejando con habilidad sus dotes femeninas y explotando sus capacidades profesionales. Usó desmedidamente la indudable atracción ejercida con Alberto, encandiló a doña Griselda y mangoneó a su amaño al viejo Tito Garcés. Sin remordimientos ni dudas, maximizó sus habilidades y le hizo caer en el garlito, sacándole de su trabajo en Santiago mientras ella avanzaba su propio camino. Esa chiquilla conocería su furia apenas la encontrase en la oficina jurídica.

- Pero los alemanes no son invención ni fantasía –apuntó Remigio, sentado junto a Nicolás en el autobús que les transportaba a Curicó- Creo que Mirentxu está jugando con fuego y aún no lo asume.

De regreso en el Hotel Comercio, les esperaban dos sorpresas.

Mirentxu no se hospedó allí, pero sí se presentó en Recepción dejándoles un paquete que contenía media resma de papel para máquina de escribir y un sobre guardando una corta carta dirigida a Nicolás Guerrero.

- ¿Ella se marchó sin decir nada más? –preguntó al empleado.
- Así es, señor. Sólo dejó esto para ustedes anteayer. Parecía estar muy apurada.

Telefonaron de inmediato a la oficina jurídica de Casella para indagar sobre el posible paradero de la joven, sin conseguir información ya que nadie la había visto por esos lados. El profesor, efectivamente, se encontraba en Punta Arenas, ciudad a la que había viajado en forma intempestiva días atrás y desde donde llamó a su secretaria para indicar que estaba alojado en el Hotel Los Navegantes.

Nicolás se comunicó con Jorge Peredo, jefe de la arqueóloga en la Universidad, y con el padre de la muchacha, en Paine. Nadie tenía idea dónde podía encontrarse la inefable chiquilla.

- Señor Guerrero. Ayer en la tarde un señor dejó también esto para usted –el empleado le pasó una pequeña caja de cartón envuelta en papel de regalo –Dijo que era un amigo suyo y que usted entendería de inmediato el significado

El corazón del abogado comenzó a tamborilear en medio de la caja torácica, ya que algo le avisaba que las cosas se habían salido de cauce. Con la caja en su mano izquierda y el paquete de la resma en su diestra, miró bobaliconamente al empleado, sin atinar a nada. Remigio le sacó del apuro preguntando al dependiente del hotel cómo era el hombre que había dejado ese regalo.

- Un señor maduro, elegante, con trazas de extranjero. Cabello cano, ojos azules. Parecía alemán.

De un manotazo le birló a Nicolás la caja y con fuertes tirones procedió a abrirla. Levantó la tapa y mostró el interior al desolado abogado que seguía con su mirada extraviada.

El contenido del adminículo era la cédula de identidad de Mirentxu Casella y el reloj que una vez Nicolás le había regalado para su cumpleaños. Una tarjeta acompañaba a esos artículos; con tinta negra habían escrito un mensaje.

“Arbeit macht frei”...”Sigan trabajando inútilmente, pues nosotros tenemos el control. Pronto nos comunicaremos” “Dieter”.

- ¿Arbeit macht frei? –repitió Remigio una vez que se encontraban en la tranquila privacidad de la habitación- ¿Es alemán?
- Significa: “el trabajo te hace libre” –tartamudeó Nicolás- Esa era la frase que recibía a los prisioneros judíos en los campos de concentración nazis.

- Mierda...tienen a Mirentxu –barbotó el guardaespaldas, golpeando la muralla con su puño.

Se tomó la cabeza con ambas manos y caminó en círculos durante unos segundos. Se detuvo para observar el paquete que la chica les había dejado y que reposaba sobre una de las camas. Sin pedir autorización al abogado, lo abrió con prisas y entregó el sobre de la carta a su acompañante.

- Al menos alcanzó a contar con cierto tiempo para darnos esto –dijo Remigio, ordenando las hojas- ¿Qué te dice en la carta?
- Escucha. *“Nicolás: sé que debes estar tras mis pasos y seguramente fuiste hasta Licantén, ya que Remigio, que debe estar acompañándote, es bastante conocido en los bajos fondos curicanos, por lo que le será fácil seguirme. Si esta carta llega a tus manos se debe a que mis perseguidores están muy cerca. En el paquete grande están mis apuntes. Creo que encontré la hebra de la herencia Von Rauschäuffen. Trata por todos los medios de cuidar a un viejo minero, llamado Gustavito, que vive en un lugar conocido como Puerto Roberto, a sesenta kilómetros al este de Potrero Grande. En plena cordillera hay una garganta utilizada por arrieros, se llama el Paso del Aguila. Ese hombre tiene más de ochenta años y ha sido testigo de cosas increíbles. Temo por su vida, tanto como por la mía y la de mi abuelo. Alberto Ramos y doña Griselda, son buenas personas, pero creo que ocultan un secreto grande, que les hizo salir de Punta Arenas. Cuídate, y si esta carta está en tus manos, por favor....búscame. Mirentxu.”*
- ¿Llamarás a la policía? –preguntó Remigio, colocando amistosamente su mano sobre el hombro del abogado.
- Por supuesto. Ya no podemos seguir solos en esto. Vayamos de inmediato a Carabineros para denunciar el secuestro y luego, desde la misma Comisaría, comuniquémonos con el profesor para darle la desgraciada noticia.

Dos horas más tarde, regresaron al Hotel para recoger sus cosas y marchar a Santiago. La policía había activado un amplio operativo en la zona central procurando dar con el paradero de la arqueóloga y sus posibles secuestradores alemanes.

- Pasaremos por Paine para informar al padre de Mirentxu respecto de estos asuntos –murmuró Nicolás.
- Okey, amigo. Pero antes, te recomiendo que leamos los apuntes de Mirentxu. Son voluminosos. Tal vez unas doscientas páginas. Esto es lo que estuvo escribiendo en Licantén y en Potrero Grande. Toma, léelos en voz alta. Es mejor hacerlo ahora, pues en Santiago no tendremos tiempo.

Esa noche, la peor de las jornadas había recién comenzado. Mirentxu logró confirmar sus intuiciones mediante sus viajes a la cordillera y al lago Vichuquén. Los datos y la historia que transcribió en aquellas hojas de papel, mostraban con claridad que el asunto Roschäuffen dejaba de ser un caso judicial más, y se transformaba en un asunto peligroso, casi mesiánico, cuyas raíces llegaban al siglo diecinueve y atravesaban después por el trágico y nefasto período de la historia alemana durante el Tercer Reich.

Tres horas estuvo leyendo Nicolás los apuntes de Mirentxu, mientras Remigio escuchaba sorprendido algunas cuestiones que en su época escolar había aprendido a la ligera.

Las hojas estaban foliadas con lápiz pasta, escritas en sólo una de las caras con la letra pequeña y redonda de la arqueóloga.

El texto estaba novelado —algo muy propio de la joven— pero el relato resultaba ágil y atrayente. En sus líneas se encontraba más de una explicación al asunto de la herencia; pero había novedades, muchas novedades, cautivantes, peligrosas y mortales.

En poco más de veinte días, la arqueóloga había escrito una novela gracias a tres semanas de investigación.

La historia comenzaba en Curicó, muy cerca de donde Nicolás y Remigio se encontraban en ese momento, pero ella se remontaba al año 1878.

Mirentxu, extrañamente, la tituló sólo como “Libro Uno”.

C A P I T U L O V

L I B R O U N O

El cabello rubio y ensortijado le caía en bucles sobre la frente perlada de sudor, impidiéndole observar a placer el pueblo que comenzaba a extender sus polvorientas calles frente a él. Hacía un calor seco, agobiador, duro. Afortunadamente, la brisa que llegaba desde el sur refrescaba en parte el ambiente, pero a ramalazos, pues bocanadas de asedio estival le envolvían su cuerpo cansado no bien la brisa cedía su paso.

Casas bajas, de adobe y tejas, ordenadas en hileras y cuadrados, dejaban a la vista calles estrechas y polvorientas por las que circulaban algunas carretas con bueyes cansinos tirando de ellas, como si la paciencia animal hiciera carne en el ánimo de los conductores que, ingenuamente, trataban de apurar el paso de las bestias con largas picanas afirmadas en el yugo.

Apuró su asno caminando frente a él, tirando de la soga que servía de rienda y se adentró en el poblado, sabiendo que su pelo rubio y su porte alto llamaban la atención de los habitantes de aquel lugar, que detenían su paso para mirarle boquiabiertos.

Unos niños desarrapados y descalzos le indicaron que el mercado se encontraba a cuatro cuadras de distancia y allí podría hallar una cocinería para comer algo y descansar.

Una calesa le adelantó cerca de la plaza del pueblo y observó la hermosa cara de una muchacha que le propinó una mirada de incredulidad, mientras el cochero fustigaba la yegua para apurar el tranco.

La calesa se detuvo metros adelante para esperarle. Descendió de ella una mujer joven, no mayor de dieciséis años, vestida elegantemente con un traje de amplio talle que la dama tomó por los costados con ambas manos para facilitar su descenso, mientras el cochero, que había bajado con rapidez, le ayudaba a pisar los dos peldaños de la escalerilla.

Los ojos oscuros de la joven se clavaron en el azul de sus pupilas, destellando chispazos de asombro y satisfacción.

- Perdone usted señor mi atrevimiento -la voz era clara, denotando autoridad- ¿Busca trabajo?
- Efectivamente señorita -respondió el rubio, marcando adrede el sonsonete alemán- Voy rumbo al sur, pero si encuentro algo que me agrade, bien podría quedarme.

- Mi padre requiere de trabajadores en su fundo. Lleva varias semanas buscando una persona que se haga cargo de las cuadrillas para la vendimia que ya llega, pero....
- Soy un experto en vides, señorita -se adelantó el joven, inclinando levemente la cabeza en son de humildad, dejando escapar de sus labios un leve acento argentino- Aunque no es mi intención continuar en esa labor.
- Oh, qué lástima. En fin, si se decide a trabajar le ruego tenga la bondad de presentarse en la casa de mi padre; él es el señor Donato Fontecilla, y vive en calle Merced, al llegar al doscientos.

La joven subió a la calesa y con una sonrisa acompañó el saludo de despedida. De pronto, se llevó la mano a su boca y enrojeció levemente.

- Mi nombre es Hilda Fontecilla.....¿Y el suyo, señor?
- Hans....me llamo Hans...para servir a usted, señorita.

El cochero, molesto, chicoteó la yegua para salir prontamente de ese sitio, a la vez que reprochaba a su patrona la actitud mostrada ante un extraño y empobrecido forastero.

- Por Dios, señorita Hilda...por Dios...Mejor que don Donato ni sepa esto.

Dentro de la calesa, la audaz chiquilla trataba de aspirar todo el aire que sus pulmones podían atrapar, dando golpecitos en el brazo de su hermana menor, Matilde, mientras le cuchicheaba secretamente su propia evaluación de lo ocurrido.

- ¿Te fijaste en lo guapo que era? Nunca antes había visto a un hombre más buen mozo que ese, te lo juro hermanita. Imagínate que pudiera trabajar para el papá; sería un sueño.
- ¿Ya no te gusta Rafael Oporto? -preguntó la chica de trenzas trigueñas, marcando territorio con sus pecas montadas sobre la nariz.

- Claro que me gusta. Pero este joven.....uffff...con un buen baño y ropas adecuadas sería la locura en Curicó. Además, es extranjero. ¿No lo notaste? Dijo llamarse Hans. Eso es alemán...me parece.
- Yo le encontré acento de argentino -respondió Agustina, sin dejar de mirar su muñeca de loza con la que venía jugando desde cuerdas atrás.
- Bah, yo en cambio le encontré acento de héroe -agregó Hilda, recostándose en el asiento, entornando los ojos y suspirando profundamente.

Durante las calurosas tardes del verano, luego del almuerzo familiar de rigor, las jovencitas acostumbraban dormir una siesta que en realidad era una excusa para reunirse en uno de los dormitorios y charlar animadamente hasta la hora del té. En aquellas tertulias el cotorreo en sordina dibujaba la única alegría de la siesta.

Ese día martes no fue la excepción, y en casa de don Donato Fontecilla, la pizpireta Hilda había recibido la visita de sus tres mejores amigas, invitadas a almorzar por la esposa del jefe de hogar, doña Pancracia, una mujer entrada en carnes y de rostro amoratado.

Las jóvenes habían escuchado la reiteración del relato que Hilda machacaba una y otra vez, respecto de su encuentro con aquel guapo rubio cerca de la plaza.

Pasada la hora del té, eran muchas las muchachas que sabían de la presencia de un forastero europeo en la ciudad -lo que por sí solo ya era noticia- agregándole más y más atributos a los comentados por la hija del señor Fontecilla durante la jornada de siesta.

Por ello, precisamente, los paseos en calesas derivaron hacia la zona del mercado, en claros intentos femeninos por comprobar con sus propios ojos los comidillos que circulaban en jardines y patios de las casas más elegantes del pueblo.

Tales comentarios llegaron también a oídos de doña Mercedes Sánchez de la O, conocida y hermosa dama de la sociedad curicana, propietaria de extensos terrenos en el sector de Isla Marchant, casada con el poderoso latifundista don Alejandro del Fraile y Ortega, dueño de un imperio agrícola llamado "La Moraleda".

Doña Mercedes estimó divertido ir hasta el mercado para chismorrear un rato, respondiendo a los pedidos de su hija Purísima que deseaba ver por sí misma a ese extranjero rubio que traía enloquecidas a sus amigas. En un comienzo habíase opuesto a tamaña solicitud, la que consideraba no sólo infantil sino poco digna para una niña como su hija, aunque entendía que Purísima estaba ingresando a aquella edad difícil en la que las jovencitas comenzaban a sentirse mujeres. Sobre este punto había conversado crudamente con su esposo, noches atrás, recomendando un viaje a Europa junto a la niña, a objeto de "regalarle una visión de mundo más amplia y civilizada", como paso previo a un futuro matrimonio con alguno de los tantos pretendientes, hijos de familias excelentes y ricas, que visitaban la casa con excusas tan pueriles como preguntar por la salud de don Alejandro, el que poseía una contextura digna de un gladiador y del que nunca se supo siquiera que hubiese pescado un resfrío.

- Europa está muy lejos, mujer, y además es bastante oneroso viajar hasta allá. Para qué decir lo que nos costarían unas vacaciones en España o en Francia. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en una cosa. La niña necesita ampliar su círculo de amistades y sus conocimientos. A lo mejor, un viaje a Buenos Aires sería suficiente.
- ¿Buenos Aires? Alejandro, hijito, allá hay tantos mestizos y vagos como en Chile -había protestado doña Mercedes, arrimando su espléndido cuerpo al de su esposo que difícilmente podía sustraerse de las tentaciones que arrancaban de la agraciada faz de su mujer- Te prometo que al regreso de Europa intentaremos tener un nuevo miembro en esta familia.

Don Alejandro no fue capaz de resistir ambas ofertas. Hacer el amor con su esposa -la que era reacia a los sudores y cansancios del amor febril- y a la posibilidad de tener, por fin, el hijo varón que su heredad reclamaba.

Doña Mercedes estaba más que feliz esa tarde. Mostrando con orgullo el itinerario de su próximo viaje a Europa, había centrado la atención de sus amigas durante la hora del té.

Por ello, no presentó grandes obstáculos a la solicitud de Purísima cuando esta le comentó que deseaba ir hasta el mercado con ella para observar al rubio extranjero.

- Bien, chiquilla, vamos. No le veo el asunto a esto, si en pocas semanas más estarás rodeada de franceses, italianos y españoles. En fin, vamos al mercado. Pero sólo por un rato. Daremos un par de vueltas y regresaremos a casa.
- ¿El papá no nos va a acompañar?
- No, él va a estar en el Centro Español con sus amigos. Creo que tienen una partida de cartas que han estado esperando desde hace días.

Se sorprendieron con el intenso movimiento de calesas y victorias que circulaban por el mercado a esa hora de la tarde, en un inusual paseo de las jóvenes más acomodadas de la sociedad curicana junto a sus madres o a las sirvientas que servían de chaperonas. Para los comerciantes del sector, por cierto, eso era un regalo de Dios ya que nunca habían vendido tanto turrón y manzanas confitadas como aquel martes. Además, aprovechando las detenciones que ordenaban las patronas, algunos cocheros compraban cigarros traídos desde Valparaíso y los pitaban descansadamente en los pescantes de sus coches. A las seis de la tarde, con el sol aún alto, la zona del mercado se asemejaba a la plaza central del pueblo un día domingo después de terminada la misa de mediodía.

El punto de atracción era un asno que se encontraba atado a la vara frente a una cocinería y el enorme baúl que descansaba junto a sus patas. Del pescuezo del animal colgaba un saco que contenía cebada y alfalfa. El noble bruto dedicaba su tiempo a comer pausadamente, ajeno por completo a la observación de decenas de ojos femeninos que miraban furtivamente por sobre su lomo, esperando encontrarse con la figura de su amo que seguía conversando en el interior del mugroso local con la propietaria, una señorona de cabello negro y rizado, con cuerpo de matarife y labios gruesos, escandalosamente pintados de rojo carmesí, que reía a mandíbula abierta ante cualquier comentario hecho por ese nuevo cliente que el cielo le enviara.

Hans había comido, bebido y descansado lo necesario en esas horas sin desprenderse de un céntimo de su escaso dinero, ya que la dueña de la cocinería se negó a recibir pago por el servicio, aduciendo que Curicó se alegraba al recibir personas tan distinguidas. El forastero llevaba consumidos más de diez mates y había estrechado las manos de todos los curiosos que se acercaron hasta el local para cerciorarse de su presencia, por lo que consideró que había llegado el momento de retirarse y continuar su camino hacia el sur. Pero la noche estaba pronta y tal vez era mejor procurar un lugar donde dormir, para salir con las primeras luces del alba.

Recordó que a la entrada del pueblo había visto una arboleda de sauces que perfectamente podría servir de refugio nocturno; además, por un costado de esos árboles circulaba un arroyo de aguas frescas y límpidas, que bien le servirían para tomar un baño antes de alejarse definitivamente de aquel simpático lugar.

Se despidió de la señorona con gestos grandilocuentes y apretones de mano. Al salir al exterior hubo de cerrar los ojos para evitar la fuerte resolana que hirió sus pupilas, deteniéndose frente a su asno a objeto de recuperar la normalidad de su visión. Cuando lo logró, escuchó un murmullo fino que parecía

rodearle. Levantó la cabeza y pesquisó que había muchos coches instalados cerca de su posición; en todos ellos los rostros agraciados de las jovencitas dirigían sus miradas hacia él. Por un segundo pensó que para aquellos provincianos su llegada a esas tierras era tan atrayente como el arribo de un circo extranjero. Después de todo, Chile se encontraba en el último confín del mundo, aislado por completo de las corrientes migratorias y de las rutas comerciales de los navíos europeos. "En este país -pensó- cualquier cosa que rompa la rutina se transforma en una noticia fenomenal". Sonrió intranquilo y nervioso, accionando el saco que pendía del cuello de su asno para liberarlo de la carga y levantar el baúl hasta su lomo. En ese instante sus ojos se encontraron con la mirada de doña Mercedes que mantenía una actitud de estudiada distancia y desinterés.

Los labios de la dama se fueron abriendo en un gesto mecánico hasta transformarse en una sonrisa tímida, hija de la coquetería que aceleró impensadamente el corazón de la mujer. Purísima, a su vez, sentía que un río de lava comenzaba a correr por sus venas y tuvo que toser para sacar de su pecho el ahogo que la embargaba.

En fracciones de segundo, Hans logró recomponer su actitud y continuó prestando atención al baúl que estaba sobre el suelo polvoriento.

Las calesas comenzaron a moverse mientras el silencio reinaba en aquel sector. Pronto la calle volvió a su ajetreo normal y Hans reiteró su despedida, brazo en alto, de los amigos recientes que seguían bebiendo aguardiente y cebando mates en la cocinería.

Al doblar la esquina para escapar a campo abierto, el rubio forastero se topó de narices con la calesa de doña Mercedes que estaba detenida ya que la aristócrata dama, en un gesto autoritario como de costumbre, había ordenado a su cochero revisar las clavijas de las ruedas pues, según comentara con voz perentoria, "estaban chirriando demasiado".

El extranjero pasó cansinamente por el costado de la calesa y reiteró su mirada a la bella Mercedes que sostuvo la observación del hombre con altanería, mientras Purísima adelantaba su cabeza por sobre los hombros de su madre para atrapar en sus ojos la figura de aquel espigado joven.

Hans llegaba ya a la altura de la cabeza de los caballos lustrosos y enjaezados cuando doña Mercedes le solicitó detenerse pues deseaba ofrecerle un trabajo.

El europeo se mostró muy civilizado y culto, agradeciendo la oferta pero insistiendo en que su destino se encontraba mucho más al sur.

- ¿Qué tan al sur, si es que se puede saber? -preguntó la mujer.
- Lo más al sur que esta geografía permita, querida señora.
- Por tierra, hasta el Canal de Chacao -dijo ella- Por mar, hasta el Estrecho de Magallanes. Sea cual sea el lugar que usted escoja, el invierno le sorprenderá caminando por territorios indígenas hostiles. Me permito sugerirle iniciar un viaje como el descrito sólo cuando llegue la época primaveral. En dos o tres semanas más, comenzarán las lluvias y le puedo asegurar que hacia el sur el invierno es espantosamente largo y frío.
- Es posible que tenga usted razón, señora. Sin embargo, carezco de fortuna para adquirir una vivienda y aguardar seis meses hasta mi partida. Un trabajo es sólo un trabajo; una labor remunerada no es más que una ínfima forma de subsistir medianamente. Mis intenciones son distintas. Quiero instalarme en un lugar de este país y construir allí mi vida. Tengo entendido que hacia el sur hay tierras vírgenes en espera de personas que las trabajen y las tornen productivas.
- Es muy loable su intención, señor -insistió doña Mercedes, dispuesta a conseguir su objetivo- Mi esposo podría ayudarle en esa tarea; yo misma podría hacerlo también. Pero requeriría de alguna prueba efectiva sobre su

capacidad de trabajo y su honestidad, la que por supuesto no pongo siquiera en tela de juicio.

- Entonces...¿le parece conveniente que acepte su ofrecimiento de trabajo y me quede en este pueblo hasta el año entrante?
- Prudente...me parece prudente más que conveniente. Ahora bien, el problema de la vivienda se solucionaría con facilidad, ya que al aceptar el trabajo ofrecido tendría que ir a vivir en el fundo de mi esposo, y allí contaría con una casa digna, amoblada convenientemente para usted. Su labor fundamental consistiría en dirigir a los trabajadores, a los inquilinos del fundo en las tareas habituales. Ahora, por ejemplo, se acerca la vendimia, y ella representa mucho trabajo.
- Conozco ese trabajo. Mi familia está compuesta en Alemania por agricultores del Rhin y yo mismo estuve laborando en Mendoza, Argentina, en los viñedos del señor Armando Gaitúa y Mendizábal.
- Me parece perfecto. Veo que todo comienza a calzar adecuadamente. Sólo depende de usted.
- ¿Cuál sería mi salario, señora? -preguntó Hans, dirigiendo miradas de soslayo a Purísima que asistía embobada a la conversación.
- No hay un salario fijo, señor. Lo que hay es un porcentaje de las ventas. Pero sobre ello tendría que conversar con mi esposo. Bien, ¿le interesa?

Esa noche, Hans durmió en la cochera de la casa de los Del Fraile Sánchez luego de haber cenado opíparamente en la cocina de la mansión, atendido con nerviosismo por las tres sirvientas que se disputaban sus sonrisas. Don Alejandro conversó largamente con él en una especie de terraza rodeada de aromáticas rosas y alegres claveles sevillanos. Bebieron unas copas de brandy mientras charlaban de asuntos agrícolas. El latifundista quedó gratamente impresionado con los conocimientos de su nuevo empleado y decidió entregarle la administración de todo el proceso de vendimia a partir del día siguiente.

Al acomodar su cabeza en la almohada, el señor Del Fraile besó a su esposa en la mejilla y la felicitó por haberle recomendado a ese joven, ya que presentía que estaban frente a un trabajador de primera clase, a un auténtico administrador.

- Además, es un europeo, un alemán proveniente del Rhin. Me parece que hemos conquistado un pequeño tesoro, querida.
- Así lo creo yo también -respondió doña Mercedes, cerrando sus ojos para evitar que su marido tuviese la peregrina idea de acariciarle los muslos e intentar un apareamiento que estaba lejos de su ánimo.

En el cuarto subsiguiente, Purísima había atrancado la puerta colocando el sillón presionando la perilla, ya que deseaba mirarse ante el espejo ovalado que bajó de su posición en la pared, colocándolo sobre la cama, para contemplar su cuerpo desnudo y preguntarse si a Hans le agradaría estar junto a ella y disfrutar de sus misiones intocadas.

Siempre había odiado a la insoportable Hilda Fontecilla, muy especialmente porque con ella disputaba el corazón de Rafael Oporto, pero ahora tenía que alabar la maravillosa charlatanería de su compañera de juegos, pues había descubierto al hermoso rubio que estaba durmiendo en su cochera. En SU cochera...era SU empleado....lo tendría para su disfrute durante todo el invierno. ¡Bendita Hilda!

Dio un respingo y se abalanzó sobre la cama, chocando con el espejo que golpeó sus senos desnudos. Maldita sea. ¡Europa! ¡El viaje a España y Francia sería en pocas semanas! ¡Iba a estar todo el invierno chileno en el viejo mundo, y al regresar a Chile, Hans ya habría partido hacia el sur!

Hundida en su almohada, con Alejandro del Fraile roncando junto a ella, Mercedes se hacía el mismo cuestionamiento, ignorante que a su hija la habían atrapado sentimientos parecidos. Un pequeño murmullo en su mente le señalaba que el tan acariciado viaje a Europa iba a sufrir una lamentable

postergación. El problema era encontrar un argumento sólido para permanecer en Curicó...al menos durante el invierno que se aproximaba.

* * *

- Pero esta huevada es una vulgar novela –se quejó Remigio, levantándose de la silla para encender un cigarrillo –No vamos a llegar a ninguna parte leyendo el manuscrito. Lo que deberíamos hacer es salir de aquí y buscar a Mirentxu.
- Siéntate, calla y escucha –protestó Nicolás- Estoy seguro que en esta historia se encuentra la respuesta que buscamos. Ya dimos aviso a carabineros sobre la desaparición de Mirentxu y mañana acudiremos al tribunal para ratificar la denuncia. ¿Qué podemos hacer de aquí a mañana? Sólo leer estas hojas y conocer más del caso. Por otra parte, el tal Dieter tendrá que comunicarse con nosotros. ¿O quieres salir a la calle y matar a cuanto descendiente de alemán pilles en tu camino?
- Bien, bien...tienes razón. No saco nada con alterarme. Sigue leyendo.
- Sería conveniente que tomaras algunos apuntes. A lo mejor, ciertos nombres de personas o lugares requerirán de nuestra visita posteriormente.

* * *

Repentinamente, Purísima comenzó a enfermar manifestando malestares en su estómago y dolores de cabeza, los que eran acompañados por tosidos secos y reiterados, causando honda preocupación en don Alejandro que se desvivía por su única hija.

Doña Mercedes expresó sus temores ante una posible tuberculosis ya que la niña vivía encerrada en su habitación preparando el viaje a Europa.

La joven, en uno de los escasos momentos de franca conversación con su madre, manifestó que deseaba aire fresco, un paisaje abierto y alimentación variada. Confesó que Curicó la ahogaba en otoño, pues los humos de las chimeneas

caseras se posaban sobre los techos de las viviendas, empujados por los fríos nocturnos y enrarecían el ambiente de los dormitorios. Quería salir de la ciudad. Necesitaba un ambiente libre de contaminación y deseaba, de verdad, paz, sosiego, tranquilidad.

El sólo pensar viajar en barco por el océano, le provocaba vómitos y jaquecas. A pesar del frío que se dejaba sentir en las tardes, la muchacha pasaba largas horas en el primer patio de la casa, enfundada en un chal y oteando el infinito. No bien subía a su dormitorio o se acercaba al comedor, la tos y los quejidos volvían a ocupar todo el espacio de la vivienda.

Por recomendaciones del doctor Quijano, don Alejandro decidió que la familia debía mudarse al fundo y permanecer allí hasta que la niña sanara completamente. El viaje a Europa se suspendía hasta el año próximo.

Hans llevaba un mes trabajando en “La Moraleda” y su labor constituía la envidia de todos los latifundistas amigos de don Alejandro, pues los réditos de la vendimia, así como la comercialización de las quinientas hectáreas de vides, habían entregado a la familia Del Fraile Sánchez más ingresos que los obtenidos en la sumatoria de los tres años anteriores.

El joven alemán poseía dones y cualidades especiales, ya que contaba con capacidad de mando y gran ascendencia sobre los inquilinos, que le respetaban por sus conocimientos y su enorme capacidad de trabajo; aunque también le temían, pues al quinto día de su arribo a “La Moraleda”, uno de los trabajadores contratados en Curicó para las faenas de la vendimia se negó a obedecer la instrucción de llevar al río a los animales que tiraban las carretas, argumentando que él no estaba ahí para preocuparse de los bichos, y si ese extranjero quería darles agua a los bueyes, bien pues, que fuera él mismo a hacerlo. Hans despidió al tipo de inmediato, pagándole su salario del día y ordenándole dejar el fundo en ese mismo momento. El trabajador se negó a salir del predio mientras no recibiera su almuerzo primero, reiterando que en

Chile ya no mandaban los extranjeros “hijueputas”, que los habían echado con viento fresco en la época de O’Higgins. Sin mediar más palabras, Hans lo tomó de la camisa y le dio una sacudida fenomenal ante el resto de la peonada, sentándolo en el piso con un par de golpes en plena mandíbula. Luego le levantó como si fuera una pluma y lo tiró sobre la carreta más cercana. “Llévense esta basura de aquí antes que lo mate”, le dijo a otro trabajador que amarró al díscolo campesino y se lo llevó a las puertas del fundo.

Nunca hubo un nuevo problema con los inquilinos o con los trabajadores contratados temporalmente, ya que las faenas se cumplieron con eficiencia y los plazos que el propio Hans se había impuesto para la vendimia, así como los volúmenes cosechados, se cumplieron a cabalidad.

Lo que preocupaba ahora al joven capataz era el gran número de animales que se encontraba en las “veranadas” cordilleranas, donde había sido arreado en el mes de noviembre buscando pastos altos. La pronta llegada de las copiosas lluvias otoñales tornaba imperioso un nuevo arreo general, y la encierra de los ejemplares machos que serían destinados a la reproducción. Mucho trabajo frente a la escasez de tiempo ya que el clima había comenzado a cambiar ostensiblemente. Además, el número de cabezas era alto, lo que exigiría el trabajo de ocho o diez personas durante un par de semanas. No deseaba arriesgar pérdidas significativas de ganado, por lo que se puso al frente de la partida de ocho hombres que prepararon las cabalgaduras y los mulos de carga para enfrentar una de las tareas más difíciles del campo chileno: el arreo de animales desde la cordillera, atravesando quebradas, gargantas, cerros, hondonadas y riachuelos que se convierten en cauces indomables no bien cae la primera lluvia consistente sobre los picachos andinos. Junto a las inclemencias del tiempo y a los accidentes de la geografía, los arrieros tenían clara conciencia que en su labor bien podían dar con un grupo de cuatreritos armados,

los que no se arredrarían ante nada con tal de obtener algunos animales que después venderían a bajo precio en pueblos y predios de la región.

Con todos aquellos antecedentes grabados a fuego en su cerebro, Hans encabezó la partida de ocho trabajadores, diez caballos, siete mulas, cinco perros, diez fusiles y dos revólveres, con la que galopó muy de madrugada desde las casas de "La Moraleda" hacia los faldeos cordilleranos cuando a esa misma hora, en Curicó, doña Mercedes y Purísima subían a uno de los tres coches que llegarían al fundo al atardecer. Don Alejandro había viajado a Santiago, llamado urgentemente por su amigo, el Subsecretario de Guerra, quien solicitaba la presencia del rico agricultor en el Ministerio respectivo, atendiendo a una sugerencia del señor Presidente de la República, don Aníbal Pinto.

La carta del señor Subsecretario entregaba pocas luces sobre el asunto central, pero doña Mercedes alcanzó a escuchar de labios de su esposo que en la boliviana ciudad de Antofagasta se estaba originando una situación preocupante para el desarrollo del comercio internacional chileno, y Perú amenazaba también a Santiago con un pacto de amistad Lima-La Paz.

"Cosas de hombres - pensó la dama- Se reúnen para hablar de un tema hasta que lo agotan, se beben todo el brandy que pueden, llegan a miles de acuerdos sobre cualquier cosa y regresan muy orondos a sus casas, diciendo que han salvado al país, pese a que nadie sabe de qué lo salvaron. Y cuando una pregunta después de qué se trataba tan urgente reunión, responden que es un secreto de estado, que no les está permitido hablar y que, por último, no es un asunto que pueda interesarnos a las mujeres."

Con esa idea en su mente, Mercedes hizo el trayecto ensimismada en hondos presagios que transitaban entre su cerebro y su corazón, sintiendo que a medida que se acercaba a "La Moraleda" una premonición amarga crecía en su interior, luchando contra valores muy arraigados que había heredado de sus

padres y de los padres de sus padres. Con desazón se cuestionaba por haber nacido en un país tan alejado de los centros más productivos y modernos del planeta, donde quizás las mujeres sí tenían la posibilidad de rehacer sus vidas y someter sus errores de juventud al tratamiento más eficaz: la reconstrucción de una existencia malgastada en beneficio de otra persona.

No tenía dudas respecto del cariño que sentía por Alejandro, ni por la admiración que provocaba el donaire y cultura de su esposo en todos quienes le conocían; sin embargo, el resto de las personas no estaba obligado a dormir junto a él ni a soportar los constantes devaneos nocturnos en procura de actividad sexual. Ahí estaba el problema principal. No sentía pasión ni atracción física por su marido. La verdad era que jamás experimentó tales sentimientos, ni siquiera la noche de bodas cuando por vez primera hicieron el amor. Durante dieciocho años había estado manteniendo una farsa total; frente a su familia, ante sus amigas y de cara a ella misma. Tampoco hubo un hombre que despertara en ella pensamientos pecaminosos, pese a que había conocido a cientos de varones, solteros, casados y viudos, que habrían dado la mitad de sus fortunas por tenerla entre sus brazos.

Finalmente, había llegado a la triste conclusión que el destino, el azar o la naturaleza, le había endosado una frialdad insanable, que contrastaba con el ardor permanente que Alejandro deseaba apagar cada noche al tumbarse a su lado en la cama matrimonial. Sabía también que Purísima, tan distinta a ella en ese sentido, había heredado de su padre el deseo erótico que a ella le era esquivo.

Con treinta y siete años a cuesta, se consideraba todavía una mujer hermosa y de físico más que agradable, pues las miradas de algunos amigos de su esposo así lo demostraban. Jamás pudo olvidar la tarde de aquel domingo, un año antes, cuando sin desearlo escuchó en el salón a los dos invitados venidos desde Talca

que se expresaban ardientemente de ella, envidiando al “viejo Alejandro” por la suerte de tener en su dormitorio a una mujer tan bella y cautivadora.

El “viejo” Alejandro tenía cincuenta años de edad, pero su pasión correspondía a la de un joven de veinte. No obstante, ello jamás pudo, o supo, conducirla a aquel paraíso de ensueños que sus amigas reconocían en sus propias experiencias, las que relataban en cuchicheos sordos al encontrarse solas en el salón y después de haber bebido más de la cuenta.

Siempre consideró que tales charlas eran fútiles y pecaminosas, por lo que se distanciaba rápidamente de esos temas y cambiaba el curso de la conversación a asuntos pueriles y domésticos. Definitivamente, no creía en tales patrañas. Paraísos de ensueños, momentos de locura, jardines de pasión...estupideces, mentiras, inventos de mujeres aburridas, temas de novelas románticas francesas...pero alejadas de la realidad absolutamente.

Sin embargo, todo cambió cuando se encontró con Hans frente a la cocinería del mercado y los ojos azules del rubio capataz se le clavaron en el estómago provocando un dolor tibio y delicioso que fue recorriendo su cuerpo con lentitud, descendiendo por sus caderas e instalándose entre sus piernas acalambrándole los tobillos y las puntas de sus dedos.

Algo nuevo y desconocido creció en su pecho e inflamó cada noche sus más sucios pensamientos, agigantándole las dudas respecto del castigo divino que sufría la infidelidad, llegando a pensar que Dios punía solamente a aquellas mujeres que destruían el matrimonio, pero que nada divino había contra la decisión de pasar un momento agradable con un amante ocasional.

Había acudido diariamente a la iglesia para rogar por el perdón de sus pecados y la absolución de sus deseos cada vez más profundos e insoportables. Pero la respuesta de Dios no llegaba. Muy por el contrario, sus sentimientos ardientes eran mayores noche tras noche y la figura de Hans se le presentaba nítidamente al lado de su lecho, incitándole a pecar de una vez por todas,

diciéndole en secreto que él se marcharía en septiembre y nunca más tendría la oportunidad de conocer el verdadero amor apasionado. “Es un europeo moderno -se decía, al borde del paroxismo, encerrada en la sala de baño- Estoy segura que también se siente atraído por la misma locura mía, pero su caballerosidad le impide demostrarlo. Tengo que dar muerte a esta sensación desagradable que me está consumiendo de a poco.”

Ahora las circunstancias eran favorables y tenía la posibilidad de ahogar para siempre las dudas que le corroían el alma. Con Alejandro en Santiago y Purísima convaleciente en la casa patronal del fundo, podría enfrentarse a sus propios fantasmas libremente. Tenía que conversar con Hans y probarse a sí misma. ¡Dios santísimo! Tenía treinta y siete años, mientras que el capataz no alcanzaba los veintidós. Había que poner coto a esa tontera propia de jovencitas quinceañeras.

No obstante, cada kilómetro avanzado por la calesa hacia la cordillera le provocaba un golpeteo cardíaco que le secaba los labios carnosos, sacudiéndole los senos que subían y bajaban al mismo compás de su esperanza, al ritmo de su escondido propósito de poder encandilar al capataz en el juego de las emociones sin tener que arriesgar más que el coqueteo inconducente.

Al menos, eso bastaría para alimentar la emoción durante los años venideros y llegar a vieja sabiendo que una vez, aún joven, encendió la ilusión en un hombre guapo que era pretendido por muchas de las hermosas amigas de su hija.

Las primeras alamedas le señalaron que se encontraba ya dentro de los límites de la extensa propiedad de su esposo, y pequeños montones de sarmientos esparcidos por doquier indicaban el término del proceso de vendimia. Más adelante, las calesas se cruzaron con largas filas de carretas que transportaban la uva hacia las bodegas para depositarlas en amplios entablados y, posteriormente, extraer de ellas el frutoso jugo que sería envasado en pipas, toneles y barriles.

En la hermosa casa patronal de extenso techo de tejas le esperaban las sirvientas que atendían el inmueble, quienes se encontraban acompañadas de algunos peones que mostraban orgullosos los potros limpios y ensillados, para que la “señora” y la “niña” Purísima pudiesen disfrutar de una jornada apacible de paseo a caballo.

Sus empleadas le informaron que la casa estaba dispuesta, limpia y ordenada, con las dos chimeneas ardiendo hacía rato y los braseros calentando los dormitorios, por lo que la niña Purísima podía recogerse de inmediato a su habitación, donde se le serviría una cazuela de ave que habían preparado especialmente para ella.

Doña Mercedes preguntó cómo había estado la vendimia ese año, y sonrió complacida al escuchar los elogiosos comentarios que sus trabajadores hacían del nuevo capataz, el que ahora se encontraba en la cordillera con ocho hombres más, trabajando en el arreo de los animales.

- ¿Prepararon los fardos para alimentarlos? -preguntó la patrona, con aire de indiferencia.
- El señor Hans los tiene dispuestos hace más de tres días -respondió uno de los peones- Hay alimento para más de dos meses, pero tenemos a otros inquilinos recogiendo alfalfa y cebada para el resto del invierno por si el clima y San Isidro no nos dan un buen año.

Pasaron los días, grises y pacíficos, con nubadas que lentamente engrosaban su tamaño y cubrían toda la zona, provocando en ambas mujeres una actitud de ensimismamiento y silencio, tal como si se esperase una infausta nueva que debería llegar de un momento a otro.

Al amanecer del décimo día se levantó viento y las primeras gotas descendieron del cielo ennegrecido. A lo lejos, muy a lo lejos, hacia la cordillera, los primeros relumbrones señalaron el inicio del temporal.

Esa misma tarde arribó don Alejandro a “La Moraleda” impartiendo órdenes a gritos pues, según su opinión, se les vendría encima un temporal de los mil demonios.

Hubo carreras, instrucciones, trabajos apurados para llevar a galpones y corrales a los animales desperdigados alrededor de la casa patronal, acarreo de carbón y leña para braseros y chimeneas, limpieza urgente de la acequia que surcaba la parte posterior de la casa y revisión inmediata de los postigos de madera que cubrían las ventanas.

- Dios quiera que Hans alcance a regresar antes que la tormenta lo sorprenda en campo abierto con esos animales -murmuró doña Mercedes en actitud contrita- Me preocupan los trabajadores que están con él. Sus mujeres andan nerviosas y tensas. Parece que el aguacero será grande esta vez.
- No te preocupes tanto, hijita -contestó el esposo- Nuestro capataz es un tipo hábil y sabio. De seguro que debe estar ya muy cerca de aquí.

El temporal desaguó esa noche una cortina líquida que se asemejaba a una cascada interrumpida sólo por el tronar de las nubes y por las ráfagas de viento norte que sacudían árboles y matorrales.

Tres veces se levantó Purísima de su lecho para observar a través de la ventana el continuo golpeteo del agua y el ulular del viento sobre las construcciones aledañas, esperanzada en distinguir las figuras de los jinetes que venían desde las alturas montañosas, y las mismas veces hubo de regresar a la tibieza de sus sábanas con la decepción pintada en su rostro juvenil.

Despertó sobresaltada por el movimiento de bestias y hombres cuando la lluvia continuaba cayendo con furia sobre “La Moraleda” y la luz diurna luchaba por imponer sus términos en el amanecer. Escuchó la voz de su padre que impartía instrucciones a su gente desde la entrada a la vivienda. Hans había regresado con la peonada y estaba en el comedor del inmueble preparando la información del arreo.

Bajó las escaleras a medio vestir y se instaló tras una especie de paragüero que antecedió al ingreso principal del comedor. Desde allí, acurrucada y recogida como un feto, escuchó la conversación que su padre mantenía con el capataz.

- Logramos traer cuatrocientas veintiséis cabezas, don Alejandro. Para qué le cuento lo difícil que se nos puso la cosa cuando comenzó el viento anteaer. Los hombres se portaron como príncipes; tenemos muy buena gente señor, muy buena.
- Entonces, ¿perdimos dieciocho cabezas en toda la “veranada”? ¿Sólo dieciocho?
- Así es, señor. Dieciocho cabezas en la “veranada” y otras cinco en el arreo. Veintitrés en total. Una minucia si consideramos que en los pastos altos había trescientos ochenta y cuatro bichos en el mes de noviembre. Eso nos da la suma de treinta y seis novillos nacidos en la cordillera, lo que es bastante bueno si se piensa en las dificultades que presenta una época de cinco meses en solitaria presencia.
- ¿Muy bueno? -expresó alegremente don Alejandro- ¡Excelente, amigo, excelente! Por lo general, las pérdidas superaban las cincuenta cabezas en años anteriores; eso sin contar con la acción de los salteadores y bandidos que se esconden en guaridas infernales por allá. ¿Se toparon con cuatreros?
- Sí, al segundo día de haber comenzado el arreo un grupo de veinte jinetes apareció por las crestas de la montaña norte.
- ¿Se enfrentaron a tiros con ellos? -preguntó con preocupación el patrón.
- No fue necesario, señor. Me dirigí solo hacia el grupo, acompañado únicamente por los perros. Conversamos durante un par de horas y me invitaron a tomar mate. Llegué a un acuerdo que me pareció razonable. Les regalé tres cabezas que ellos mismos eligieron. Después, se marcharon sin

contratamientos. El resto del arreo fue tranquilo...hasta que comenzó el temporal.

- Buena medida adoptó, Hans. Lo felicito. Sacrificar tres cabezas significó salvar más de cuatrocientas. En fin, tendremos que preocuparnos de este asunto de los cuatreros porque el próximo verano careceremos de hombres para cuidar nuestro ganado.
- ¿Por qué señor?
- Amigo mío, parece que se nos viene encima un grave conflicto con Bolivia y Perú. Le solicito encarecidamente que no comente esto con nadie, ni siquiera con mi esposa, pero todo indica que el gobierno tendrá que movilizar tropas hacia el norte. Según mi amigo, el Subsecretario de Guerra, la conflagración es más que posible, pese a que el presidente de la república está realizando todos los intentos imaginables para evitar el choque. En fin, es un tema para conversarlo latamente en una mejor ocasión. Ahora, vaya a su casa y descanse, que bien merecido lo tiene. Pasado mañana, si la lluvia ha cesado, me acompañará usted a recorrer el sector de las bajadas, ¿lo ubica?
- Está como a diez kilómetros hacia el sur. ¿Qué le interesa de ese lugar? Es un peladero sin futuro, una vega de piedras y arbustos que termina en las orillas del río.
- Le ofrecí ese sitio al Subsecretario de Guerra para que el ejército movilice a sus nuevos reclutas de esta zona, para que practiquen escaladas a montes y colinas. Además, podría servir como polígono abierto.
- Deberemos llevar madera a objeto que los militares construyan algunas cabañas, pues no creo que las carpas soporten el clima invernal.
- Bien pensado. Por eso, primero tenemos que recorrer la zona. Pasado mañana, muy temprano, pase por mí y nos largamos hacia las bajadas. Hoy mismo me dedicaré a formar las cuadrillas de trabajadores para la encierra

de los animales que dejaremos como reproductores. Usted descanse; déjeme esa labor a mí, porque es la que más me gusta.

Transcurrieron tres nuevas semanas sin que Hans apareciese por la casa patronal, ya que estuvo ocupado con los recorridos a las bajadas y el transporte de madera y leña para que los militares dispusieran después de ese sector libremente.

El día de Domingo Santo, don Alejandro invitó a su capataz a almorzar con la familia en el amplio comedor de la casa, provocando un pequeño revuelo entre la servidumbre que incrementó sus afanes en la cocina.

Doña Mercedes vistió prendas sobrias en esa oportunidad, pero Purísima insistió en llevar su mejor vestido, lo que causó la inmediata reprimenda de su padre quien le barbotó casi en la cara que “no se trata de un fiesta, niña”.

El almuerzo fue contundente y jovial. Hans había llegado vestido con un atuendo de perfecto huaso, espuelas incluidas, originando un murmullo de asombro entre las sirvientas que cuchicheaban en la cocina sobre la gallardía del invitado.

El rubio europeo reconoció que había agotado a su caballo, yendo de casa en casa solicitando prendas para completar el atuendo. Estaba contento y lo manifestaba con su risa franca y con el brillo cristalino de sus ojos azules. Doña Mercedes había estado muy acertada al recomendarle prudencia y no haber continuado su viaje hacia el sur, tal como fue su primera intención, pues ahora se encontraría refugiado en alguna cueva cercana a Concepción, escatimándole el cuerpo al vendaval y con sus tripas orquestando rugidos de hambre.

Durante la tarde pasearon por los jardines exteriores e hicieron fantasiosas historias de las próximas labores en el fundo. A la hora del té, Hans les acompañó hasta el momento que las sirvientas retiraron tazas y platos. Se despidió de las damas y agradeció cumplidamente a don Alejandro por su

invitación. Montó su caballo alazán y se marchó a trote corto hacia la explanada que conducía a la arboleda lejana, tras la cual se encontraba su casa. El invierno transcurrió tranquilo, con lluvias moderadas y fríos no muy intensos. Al capataz se le veía de vez en cuando por la casa patronal; siempre preocupado que nada faltara allí.

El último sábado del mes de agosto, el destino comenzó a trazar líneas de desgracia en aquel sector.

Don Alejandro recibió la visita de dos tenientes que estaban hacía semanas en las bajadas. Venían con un comunicado calificado de “secreto”, enviado por el mismísimo señor Presidente. La nota era francamente alarmante.

El servicio secreto chileno había obtenido pruebas contundentes e indesmentibles de la alianza Perú-boliviana contra Chile, y en Antofagasta, territorio en el que existía una significativa población de compatriotas, las autoridades de Bolivia, en especial el Prefecto Severino Zapata, hostigaban violentamente a los chilenos que trabajaban en las minas, en el puerto y en las salitreras, conculcándoles sus más elementales derechos y amenazando con estatizar la Compañía del Salitre y del Ferrocarril, en un claro intento por borrar los acuerdos firmados entre ambas naciones.

La nota concluía diciendo que: *“lejos de mi ánimo está provocar la muerte de nuestros soldados y de nuestros mejores hombres en las arenas del desierto nortino, pero las afrentas a que se ve sometida nuestra patria no pueden quedar sin respuestas. Hoy es el momento que el país reclama de usted su presencia inmediata en Santiago. Permítame ofrecerle el grado de Coronel en el Regimiento “Tercero de Línea”, que está acantonado en Coquimbo por instrucciones del suscrito, esperando vuestra innegable capacidad de organización y administración. Estoy cierto que usted, mi querido don Alejandro, sabrá responder positiva y oportunamente al clamor que roncamente lanza la nación toda y a mi corazón henchido de patriotismo que*

late alegre al saber que usted, y otros como su señoría, cerrarán filas en torno a nuestra gloriosa bandera”.

El resto del día, don Alejandro y Hans estuvieron reunidos en solitaria charla en una de las habitaciones privadas que el latifundista mantenía celosamente cerrada con llave. Doña Mercedes y Purísima lloraban con amargura en la habitación de la joven, pues para nadie era ya un misterio que el país entraría indefectiblemente en guerra con peruanos y bolivianos, lo que obligaría a una movilización total de tropas hacia el norte desconocido y misterioso.

Al amanecer del domingo, el latifundista se despidió emocionado de su esposa y de su hija. Abrazó con especial cariño a su capataz y al subir a la calesa que le llevaría a Curicó para reunirse con la oficialidad que le esperaba en el regimiento a objeto de partir de inmediato hacia Santiago, dedicó unas frases a Hans que quedaron sonando en el ambiente diáfano de esa mañana triste.

- En tus manos, querido amigo, dejo mis propiedades, mi fortuna y el bienestar de mi muy amada familia. Eres extranjero y la posible guerra no reclamará tu apoyo. En cambio yo sí lo hago. Cuida a los míos y espera mi regreso, para recompensarte como bien lo mereces. Espero y deseo que pospongas tu anhelado viaje al sur, al menos hasta que la situación en el norte esté mediatizada. Que Dios nos proteja a todos.

* * *

Meses más tarde, las noticias eran invariablemente preocupantes, ya que en Santiago se vivían intensos momentos de patriotismo que derivaban en la inscripción de cientos de hombres y jóvenes en los distintos regimientos, dispuestos a embarcarse hacia Coquimbo y Caldera para lavar la honra nacional, mancillada a diario por las autoridades boliviana en Antofagasta.

La guerra estaba a las puertas de los primeros enfrentamientos, aunque ninguno de los tres gobiernos involucrados en ella había declarado oficialmente sus intenciones bélicas.

No obstante, el ambiente estaba lleno de posiciones heroicas y frases rimbombantes declamadas en asambleas populares, llamando a la población a las armas y al gobierno a declarar de una vez por todas la guerra a los países del norte.

Curicó no se eximía de ese ambiente y en todos los hogares las madres sujetaban con vehemencia enloquecida a sus retoños, a objeto de impedirles la fuga hacia las unidades militares donde se levantaban las banderas de reclutamiento.

En “La Moraleda”, muchos trabajadores habían dejado el azadón y la pala, marchando alegremente hacia la ciudad para enrolarse en el primer regimiento que encontraban a su paso, restándole a las faenas agrícolas su insigne aporte. Hans debió redoblar sus tesoneros esfuerzos para paliar la falta de mano de obra y llevar a cabo las tareas propias del campo, en un momento que el país, como nunca antes, requería de artículos alimentarios para satisfacer las necesidades de la ciudadanía y las del propio ejército que comenzaba a marchar hacia las arenas nortinas.

Echando mano de toda su astucia y habilidad, el europeo optó por contratar trabajadores viejos, que no conseguían insertarse en otros fundos pero dueños de una experiencia envidiable. Algo lentos y fácilmente enfermizos, esos hombres cobraban salarios bajos y se manifestaban dispuestos a trabajar en lo que el capataz ordenase.

A fines del año 1878, Hans tenía un plantel de inquilinos que doblaba el número histórico del fundo, pero con salarios que llegaban apenas a la mitad de lo que habitualmente se pagaba. Así, el rubio alemán logró compensar la pérdida de

trabajadores de los últimos meses y, además, supo sacar provecho perfectamente de la habilidad de esos hombres ya abuelos.

Cuando las tareas exigían destreza joven, el capataz recurría a la chiquillada del fundo y acometía con ella labores propias de obreros adultos.

En esos difíciles meses, “La Moraleda” fue el único fundo curicano que continuó trabajando a ritmo normal, con lo que pudo responder a las exigencias de un mercado que estaba restringido en productos, sacando buen precio a los artículos que producían las tierras del imperio agrícola de don Alejandro.

Doña Mercedes gustaba de observar el movimiento diario de trabajadores que iban y venían, realizando tareas variadas, siempre con buen término y exitosas, encabezadas por el propio capataz que no daba tregua ni parecía tener descanso.

Días antes de la Navidad, madre e hija regresaron a Curicó para pasar las fiestas con sus amistades, tal como lo había solicitado don Alejandro en su última carta enviada desde Coquimbo, en la que también informaba que partiría hacia Copiapó, a escasos kilómetros del escenario de la próxima guerra, ya que por órdenes superiores había abandonado el “Tercero de Línea” y se había integrado a un grupo de selectos jinetes llamados “Cazadores del Desierto”, cuya misión única y principal sería ir en las avanzadas de las tropas reconociendo terreno enemigo y evaluando sus defensas y fortificaciones.

Hans aprovechó la ausencia de las mujeres y marchó a la cordillera acompañado por tres viejos campesinos que conocían los recovecos y secretos de la cadena andina. Su propósito era simplemente vigilar estrechamente las quinientas cabezas de ganado y los setenta caballares que pastaban en esa nueva “veranada”. Bajaría al fundo sólo para la época de la vendimia. Así lo informó en una carta enviada a doña Mercedes, agregando dos líneas que la dama consideró muy decidoras.

"Entre el 15 y el 17 de febrero, bajaré hasta la cabaña que está en el sector del sauzal para preparar la llegada del arreo en marzo a ese lugar de descanso, antes de seguir hacia el fundo".

Sucedió que, coetáneamente a la carta, la familia del señor Donato Fontecilla se apersonó en casa de doña Mercedes para invitar a Purísima y a la distinguida esposa de don Alejandro a pasar tres semanas en la parcela que el padre de Hilda tenía en las costas de Iloca.

Para Purísima e Hilda, ir a Iloca en verano significaba contar con maravillosas veladas de bailes y fiestas junto a los mejores jóvenes de Curicó, especialmente con Rafael Oporto, ya que era tradicional que la juventud aristocrática se reuniera en esa zona durante el período estival.

Por ello, fue fácil para doña Mercedes convencer a su hija sobre las bondades de un viaje a la costa, lamentando no poder acompañarla ya que don Alejandro bien podía aparecer en cualquier momento por Curicó o por el fundo, en uno de los pocos períodos de licencia militar que beneficiaban a los oficiales.

Un viaje a la playa, durante tres semanas, sin la severa observación de su madre, constituía un regalo divino que no podía ser desaprovechado, y Purísima lo aceptó encandilada ante la posibilidad de coquetear a gusto con Rafael o con otro de los jóvenes que se encontrarían allá junto a sus respectivas familias.

El día 13 de febrero, doña Mercedes quedó sola en su enorme mansión, acompañada únicamente por las tres sirvientas y el cochero, dueña absoluta de sus decisiones.

Un insoportable sopor comenzó a estrechar sus valores y paseó nerviosa por la sala de música durante toda la tarde, buscando respuestas divinas a un asunto que era competencia únicamente de su propia madurez y voluntad. El resto de la tarde se mostró huraña y enfadada., sin lograr explicarse la causa de esa actitud.

Se recogió temprano a su habitación deseosa de dormir y abandonar, por la gracia de Dios, aquellos deliciosos pecados que su mente venía fraguando desde el instante que el señor Fontecilla extendiera la invitación para pasar unos días en la playa.

En la madrugada, aún despierta, tomó la decisión más importante de su vida. Iría a “La Moraleda” y no pasaría por la casa patronal, sino que se dirigiría directamente a la cabaña del sauzal para enfrentar los ojos azules del joven rubio y liberarlo del compromiso adquirido con Alejandro, para que pudiese marcharse del fundo y retomar su ansiado viaje al sur del país.

De esa forma, el pecado se iría junto al capataz en la grupa de su nuevo alazán y ella lograría absolverse de ideas y entelequias monstruosas, las que prohijaban deseos prohibidos e indignos.

Despertó a José, su cochero, y le ordenó preparar la calesa para un rápido viaje al fundo, instruyéndole ensillar la yegua que acostumbraba montar y atarla al coche.

Al mediodía ingresaban a los terrenos de la propiedad familiar y por deseos de la patrona la calesa volvía a Curicó, mientras la yegua galopaba acompasadamente hacia el sauzal, llevando a doña Mercedes en su grupa.

La cabaña estaba vacía y mostraba señas de no haber recibido la visita de persona alguna en meses, pues el polvo acumulado en la única ventana indicaba que el olor a encierro existente en su interior obedecía a un período largo de solitaria existencia.

Mercedes desensilló la yegua y llevó el animal hacia la sombra que regalaban los álamos que alzaban sus puntas en la parte trasera del rústico inmueble, atándola en el tronco de un árbol caído. Dejó la montura cerca del animal y regresó a la cabaña, dispuesta a esperar durante un par de horas la posible llegada de Hans, habiendo decidido retirarse del lugar y galopar hasta la casa

patronal no bien el sol comenzara a caer en el occidente, trayecto en el que no ocuparía más de dos horas.

Cansada por efectos del largo viaje desde Curicó y por la cabalgata agitada, tomó asiento en una especie de jergón de madera y optó por dormitar un instante, como forma válida para atemperar sus nervios y eludir el intenso calor de la tarde temprana. Un par de minutos después, Mercedes dormía profundamente.

Despertó lenta y amodorradamente, intuyendo que el interior de la cabaña estaba demasiado oscuro si su mente le aseguraba haber dormido sólo algunos minutos, pero la flacidez de su cuerpo y el frío que sentía en su espalda señalaban lo contrario.

De un salto ágil, recobró la posición vertical y se acercó a la ventana para comprobar la verdad de sus temores. Estaba oscureciendo y las primeras estrellas habían aparecido en el límpido firmamento. Alzó la vista y observó en el oriente la posición estival de “las tres Marías”, sus astros predilectos, acercándose al cenit en su viaje eterno de cada noche.

Su cabello, generalmente tomado en un moño tras la nuca, se encontraba desordenado y algo suelto, por lo cual prefirió deshacer el bendito moño y dejar que su pelo cayera libremente sobre sus hombros y su frente amplia. Alisó el vestido de amazona con sus manos e imaginó que volvía a ser aquella quinceañera alocada que correteaba entre los tres patios de la casa de sus padres en Talca. Esbozando una sonrisa, salió en busca de su cabalgadura, dispuesta a ensillarla para dirigirse con presteza a la casa patronal.

Los inconfundibles sonidos de cascos acercándose a la cabaña desde el recodo que formaban los álamos, la detuvo en su acción y le agitó violentamente el corazón.

La figura de un jinete recortada contra las primeras sombras de las montañas hizo que sus manos comenzaran a sudar y su boca volviera a secarse. Era Hans. No tenía dudas.

El capataz venía cabalgando a trote suave y con un fuerte golpe de riendas detuvo su alazán al observar a la mujer, que le miraba cual estatua junto a la yegua que continuaba paciéndose indiferente a los sucesos que ocurrían en su alrededor.

- Señora Mercedes, ¿qué está haciendo aquí? ¿Pasó algo grave? -el joven se apeó de su jamelgo acercándose veloz hacia la dama- ¿Le ocurrió algo a la niña Purísima?
- No, nada grave ha ocurrido -balbuceó Mercedes, quien ahora venía a descubrir cuan inútiles resultaban ser los diálogos que había creado una y mil veces en su mente para esa ocasión.

Hans le invitó a entrar en la cabaña, encendiendo una vieja lámpara de aceite que milagrosamente funcionó como nueva, pese a tener varios años de desuso. De las alforjas extrajo un trozo de charqui y cortó una lonja que ofreció a la dama, a la vez que escanciaba algo de aguardiente en un deslavado jarro.

- Vine hasta acá sólo porque necesitaba hablar con usted -dijo ella, sin lograr contener los estremecimientos que sacudían sus hombros.
- Bien pudo haberlo hecho en la casa, señora. Este no es un buen sitio para...en fin, podría ser peligroso para una dama. Algunos cuatreros han estado merodeando estos sectores en las últimas semanas. Pero, ya está aquí y soy todo oídos.
- Hans, usted ha sido uno de los mejores capataces que he conocido, y mi esposo -también yo por supuesto- le tiene una especial consideración y reconocimiento.
- Lo sé, doña Mercedes -apuró el capataz.

- Qué bien...qué bien -la mujer se atropellaba en su propia verborrea sin encontrar la forma más adecuada para que sus labios expresaran lo que su corazón no sentía- Es que usted...¿cómo decirlo?...usted siempre tuvo la idea de mantenerse en Curicó durante el invierno y partir al sur con la llegada de la primavera. Tengo muy claro que su afecto por nuestra familia le ha impedido cumplir con su sueño de instalarse en los territorios que están más allá de Chiloé, y yo no quisiera que por culpa de...
- ¿Por culpa de quién, señora? -preguntó mordazmente con baja voz el rubio.
- Bueno, por causa de su compromiso con Alejandro...
- ¿Sólo con él? -insistió el capataz.
- Sí, claro, con mi esposo. ¿Con quién más? Con él, pues.
- Y no con usted. ¿Eso es lo que trata de decirme?
- Sí...oh, no. ¡Por favor, no hagas más difícil este momento para mí, te lo ruego! -Mercedes explotó abruptamente, tuteando al hombre con absoluta confianza y mostrando en su voz la ansiedad que la embargaba- No quiero llegar a estimarte más de lo que ya te estimo. Si continuas con nosotros otro año, tu partida llegaría a ser algo insoportable y doloroso para todos. Por eso prefiero que te sientas liberado del compromiso que tomaste cuando Alejandro se marchó a Coquimbo.

El capataz dejó el jarro de aguardiente sobre la silla y acercó su rostro a la lámpara, manteniendo su mirada fijamente enfocada en los ojos oscuros de la mujer. Chasqueó la lengua y llevando la cabeza hacia atrás, exhaló un suspiro.

- ¿Puedo hablar francamente? -preguntó, y lo hizo sin esperar autorización de su patrona; cambiando el tono de su voz, tornándolo meloso y confidente, decidió expresar sus reales pensamientos- No vino usted hasta aquí sola, para pedirme que me fuera, ¿verdad? Seamos sinceros y directos, por lo menos hoy día. Desde la primera vez que nos vimos, hace más de un año en el mercado, supimos que el destino nos había jugado una mala pasada, ya

que de habernos conocido en otras circunstancias, bien podríamos estar haciendo una vida juntos.

- ¿Qué te crees, insolente? -barbotó impulsivamente Mercedes, avanzando hacia la puerta con intenciones de dar por terminada allí esa conversación.

Hans se paró ante su camino y la tomó por los brazos con delicada fuerza. La sacudió levemente haciendo que el cabello suelto de la mujer se meciera sobre el rostro agraciado por el que comenzaban a resbalar unas furtivas lágrimas.

- No creo nada, no intento nada y no haría nunca algo que le molestara o le dañara. Pero me parece que si vino hasta esta cabaña, fue para hablar con sinceridad y escuchar mis respuestas más honestas e íntimas. Eso es lo que estoy tratando de lograr y le aseguro que no es fácil. Por primera y única vez desnudaré ante usted mis sentimientos; jamás volverá a escuchar de mis labios lo que diré ahora.

Mercedes se encogió en sí misma y levantó su cabeza para encontrarse con los ojos de su empleado. Sabía lo que iba a escuchar y en su fuero más interno deseaba no equivocarse.

- Ahora soy yo quien tiene los oídos abiertos -susurró ella -Espero que no te arrepientas de lo que vas a decir, porque si se trata de un asunto pecaminoso, yo...
- La amo, Mercedes -interrumpió Hans con vehemencia- Al comienzo fue como una picazón juvenil solamente, pero con el paso de los días y los meses aquello se transformó sólidamente en este sentimiento verdadero. La amo. No deseo dañar su apacible vida, ni poner en peligro su felicidad actual o futura, pero es algo superior a mis fuerzas, algo que no he podido dominar ni aplacar.

La hermosa mujer se llevó las manos a la boca y prorrumpió en sollozos y estertores que alarmaron al joven, quien trató de calmarla con una mirada contrita.

Dando un fuerte tirón, Mercedes se soltó de las manos de Hans y corrió hacia donde se encontraba su yegua, la que ensilló con pronta habilidad y montó de un salto, mientras el joven permanecía bajo el dintel de la puerta sin atinar a nada.

- ¿Quiere que la acompañe hasta la casa? -fue lo único que se le ocurrió decir, sin convicción alguna.
- No, gracias. Conozco el camino a la perfección, al igual que mi yegua - balbuceó ella, sin dejar de sollozar.

Galopó como llevada por el viento durante más de una hora, presintiendo que a sus espaldas Hans la seguía en el alazán a toda velocidad. Cruzó el resto del sauzal cual flecha lanzada al aire; surcó sin medida las hondonadas de los bajos y al llegar a suelo plano, espoleó sin misericordia a su animal, sacándole una velocidad que desconocía, sintiendo que álamos y eucaliptos pasaban cerca de su cabalgadura como fantasmas estáticos que presenciaban un drama imposible. Llegó por fin ante el pórtico de su casa que mantenía en su interior algunas velas encendidas pese a que la medianoche estaba más que próxima, y con un tirón de riendas logró que la yegua se sentara en los cuartos traseros, deteniendo su loca carrera. El ruido de su galope y los ladridos de los perros, atrajeron la inmediata atención de la servidumbre que salió a encontrarla con lámparas de aceite.

Subió los escalones a toda prisa y ordenó que preparasen su dormitorio, ya que tomaría un baño de tina antes de recogerse a dormir, sin necesidad de mayores explicaciones por su intempestiva y extemporánea aparición en el fundo a tan desusada hora, pues la peonada y las sirvientas estaban ya acostumbradas a los extraños cambios de humor de sus patrones, amén que cualquier pregunta inconveniente o comentario fuera de lugar derivaba en la expulsión definitiva del fundo.

Desde su dormitorio, Mercedes observó el paso del alazán más allá de los corrales. El capataz detuvo el potro durante un par de minutos, mirando fijamente hacia la ventana tras la cual su patrona fijaba sus ojos oscuros en la figura recortada bajo las estrellas.

Al día siguiente, Hans no apareció por la casa patronal y nadie supo que el europeo había estado en la cabaña del sauzal conversando con la señora. Esta se enteró por boca de la servidumbre, sin haberlo preguntado, que el rubio europeo había regresado esa mañana a su casa y preparaba una partida de viejos campesinos para subir nuevamente a la cordillera, ya que deseaba realizar anticipadamente el arreo de animales y contar con tiempo suficiente para preparar la vendimia.

Mercedes regresó a Curicó en una de las calesas que había en “La Moraleda”, conducida por un chiquillo de apenas quince años, llamado Tomasito, a quien consideraban favorito del capataz por su ingenio y fuerza.

Durante el incómodo trayecto, la dama reconoció estar arrepentida de haber huido esa noche de la cabaña y no concluir la conversación sostenida con el joven, exteriorizando también sus sentimientos y aprensiones.

¿Se habría percatado Hans que el súbito llanto que la invadió esa noche no fue producto del disgusto, sino del desasosiego por enterarse que él también la amaba?

Al llegar de regreso a su mansión curicana, una noticia funesta le estaba esperando.

Chile había declarado la guerra a Perú y a Bolivia. Antofagasta estaba ya en poder de la escuadra nacional que dirigía el almirante Williams Rebolledo.

* * *

Nicolás detuvo la lectura del manuscrito y se quedó en silencio largo rato, mirando las volutas de humo que se desprendían del tercer cigarrillo que fumaba Remigio, el que le observó con extrañeza e indagó el por qué de esa actitud vaga.

- Corrígeme si me equivoco –dijo el abogado- Pero hasta estas últimas líneas, Mirentxu no ha mencionado cuál es el apellido del tal Hans, ¿verdad?
- No, no lo ha mencionado. ¿Qué es lo que te preocupa?
- Saber si ese tipo tan guapo y trabajador se apellidaba Roschäuffen.
- Vaya uno a saber –se quejó el guardaespaldas- Sigue leyendo, quizás más adelante nos enteremos de la verdadera identidad de ese fulano que estoy cierto “se va a comer” a la millonaria.
- Valerosa mujer. Plantearse problemas que en esa época eran castigados con las penas del infierno.
- Oh, vamos hombre –rió Remigio- Estos asuntos han acompañado a la humanidad desde que el primer hombre descubrió que su mujer tenía una amiga. A lo mejor eran más recatados en esos años, pero que existía la infidelidad nadie puede ponerlo en duda.
- Sí, sí. En fin, busquemos lo fundamental en esta lectura: saber si Hans era o no un Roschäuffen.

* * *

Las noticias de la guerra se sucedían vertiginosamente causando fugas de jóvenes desde sus hogares para enrolarse en los regimientos y partir al desierto en busca de heroica participación, provocando dramas familiares que ahogaban a las mujeres de todo el país.

Don Alejandro escribía regularmente, contando sus aventuras de “Cazador del Desierto” en lugares y poblados que nadie jamás había escuchado antes. Con preocupación, informaba que el avituallamiento del ejército era menos que suficiente.

Pogresivamente, la ciudad se iba despoblando de jóvenes a medida que la guerra mostraba las primeras contiendas y batallas que insuflaban en el espíritu nacional un acendrado amor a la patria. Los tambores de conscripción

sonaban incesantes por pueblos y campos, atrayendo a todos quienes sentían en sus corazones el urgente llamado de la Historia.

A fines del mes de mayo, el país fue estremecido con el relato de algunos observadores que habían presenciado el feroz combate naval en las aguas del puerto de Iquique, y la inmolación heroica del capitán de la vieja corbeta "Esmeralda", Arturo Prat Chacón, fue la chispa que terminó encendiendo el patriotismo nacional.

Las polvorientas calles curicanas, al igual que las de todas las ciudades chilenas, menguaron su tránsito de hombres y muchachos ya que no hubo varón dispuesto a perdonar la afrenta extranjera y, por lo mismo, corrieron en masa a los regimientos exigiendo ser llevados al norte para combatir a los enemigos del país.

Corría el mes de junio en su segunda semana cuando doña Mercedes y Purísima regresaron a "La Moraleda", con la intención de establecerse allí por el resto de la contienda bélica cuya duración era absolutamente desconocida, pero sí feroz y contumaz.

El reencuentro de la patrona con su empleado fue sobrio y distante, mas en los ojos de la mujer era posible descubrir un tenue brillo de alegría por hallarse nuevamente cerca del causante de sus desvelos que, dicho sea, eran más largos y habituales cada noche.

Con la lógica perspectiva de una larga contienda en el norte y por lo tanto una también prolongada permanencia de las mujeres en el fundo, la situación entre Mercedes y Hans fue normalizándose rápidamente. Las visitas del capataz a la casa eran frecuentes, casi diarias, y siempre contaba con alguna excusa para apersonarse en ese lugar y requerir de su patrona alguna impresión respecto de los trabajos que era necesario realizar.

Dos veces fue invitado el joven a almorzar en la casa patronal, ocasiones que sirvieron para que ambos cruzaran fugaces miradas de fuego que escondían una pasión cuyas llamas crecían atadas por los convencionalismos de la época.

Pero no existe piedra que el agua no pueda horadar si el líquido mantiene una constante caída sobre la superficie rocosa.

Las continuas visitas, las conversaciones intrascendentes alargadas a propósito, las miradas y sonrisas, los gestos nerviosos así como las melancólicas tinieblas del invierno, fueron derribando las diferencias sociales haciendo más próxima la oportunidad para establecer una relación diferente.

Una tarde de julio, Hans no encontró a Mercedes en la casa pues la señora se hallaba dando una cabalgata junto a Purísima, por lo que decidió dejarle un mensaje escrito, relativo a la limpieza de un paño de tierra donde esperaba sembrar maíz en la primavera. Al final de la misiva, el joven agregó un sentido comentario: “tenga usted la bondad de no hacer caso omiso a mis recomendaciones; el potro que monta la niña Purísima lleva menos de dos semanas de amanse.”

Al día siguiente, un viejo campesino entregó a Hans un sobre sellado con laque enviado por la patrona. El mensaje era corto: “Te agradezco la preocupación por mi hija. Pero, si yo hubiese sido quien montaba el potro, ¿habrías manifestado la misma preocupación?”.

A partir de esa mañana se inició una corriente de mensajes y misivas entre ambos, cada vez más personal y audaz, pero las visitas del empleado a la casa continuaron normalmente, siempre con las excusas de trabajos o tareas que había que realizar.

Cada noche, a solas con sus sentimientos, Mercedes releía las cortas cartas enviadas por Hans y su corazón palpitaba con más fuerzas al descubrir entre líneas que el hombre aquel la amaba de verdad.

Una tarde de domingo bajo el temporal de lluvia que se había desatado la noche del viernes, Mercedes recibió un nuevo mensaje escondido entre los aperos de su montura, tal como había venido ocurriendo en las últimas semanas. El joven le comentaba que la lluvia le entristecía y se obligaba a mantenerse aislado en su propia casa, pues con ese aguacero resultaba ímprobo intentar labores agrícolas. “Además -concluía- usted no me ha querido privilegiar ni honrar con invitaciones a su mesa, por lo que deberé consumir solo este amargo trozo de carne salada que había preparado para compartirlo en su magnífica compañía”.

Una garra rasgó el alma de la dama y ahogó en un quejido su llanto a punto de explotar. Miró hacia la casa patronal y no distinguió movimientos de empleados. Ensiló la yegua y se lanzó en carrera hacia el hogar de Hans, más allá de las arboledas, empapando sus vestidos y sus cabellos en la lluvia torrencial.

El joven estaba parado bajo el dintel de la puerta, alertado por el sonido del galope que se acercaba.

Mercedes bajó de su cabalgadura con rapidez e ingresó a la vivienda, parándose frente al capataz que había cerrado la puerta y la contemplaba absorto. Pasó casi un minuto que destinaron a no hablar y sólo mantener sus miradas encendiendo el corazón del otro. No hubo palabras, ni gestos, solamente ausencia de mundo y de vida exterior.

- Está empapada -murmuró Hans.
- Vine a acompañarte en esta larga tarde de lluvia y oscuridad -respondió ella quedamente.

Él se acercó y la tomó por los hombros, atrayéndola con suavidad hacia su pecho. Mercedes cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, emitiendo sollozos entrecortados pero sin oponer resistencia al abrazo masculino. La mujer se estremeció al recibir el beso de su empleado en el cuello húmedo. La boca de Hans fue deslizándose por los contornos de cuello y hombros de la

dama, llegando a los lóbulos de las orejas que él mordió con ternura. Mercedes le abrazó y clavó sus uñas en las espaldas del hombre. Entonces, por fin, decidieron echar por tierra los convencionalismos y las trabas económicas imperantes, besándose con pasión durante largos minutos y respirando con dificultad.

Mercedes se sintió levantada en vilo por los fuertes brazos y llevada hasta la cama cercana. Intentó resistir a la tentación manoteando burdamente para zafarse del abrazo masculino, pues sus valores habían regresado con algo de molesto odio por ser católica y observante de las reglas impuestas por la Iglesia. No obstante, sus entrañas reclamaban la pasión que jamás había encontrado en su vida de casada, y en esa contradictoria realidad luchaba con mediana convicción por evitar consumir lo que sabía iba a ocurrir mientras, por otro lado, la asceta realidad indicaba con prístina certeza que la hora del momento tan deseado había llegado al fin.

Pidió perdón a Dios y juró que todo lo que estaba sucediendo en ese instante era porque la mano del demonio se introducía hasta el fondo en su alma plagada de lascivia.

Se dejó arrastrar por las caricias de Hans y permitió que los dedos tibios y suaves del joven fueran desabotonando el vestido, introduciéndose bajo el corpiño y estrujando sus senos en una acción paradisíaca que la enloqueció.

Con los ojos entrecerrados y los labios húmedos por la pasión que la consumía, tendida y dispuesta sobre la cama, ajena absolutamente a las consecuencias de aquel proceder, contempló el cuerpo desnudo del capataz que se aproximaba a sus misiones con frenesí y voluptuosa vehemencia.

Esa jornada lluviosa, en medio del ulular del viento norte, Mercedes conoció las alturas del enloquecedor erotismo y goce sensual que sus amigas aseguraban haber alcanzado muchas veces, muchas, muchas.... tal como ella

logró acceder en aquella inolvidable tarde a los frutos magníficos que la vida, hasta ese momento, le había negado.

El resto del invierno se sucedió en un continuo tráfago de fugas y escapes protagonizados por Mercedes en los atardeceres grises, que ella tornaba luminosos y tibios en la soledad del exiguo dormitorio en casa de Hans, atrapada en el vértigo de la pendiente erótica ilimitada que le hacía perder las consideraciones y cuidados más obvios, ya que no reparaba siquiera en entregar excusas sólidas para explicar sus repetidos y solitarios paseos a caballo, regresando cuando la noche era una orquesta de vientos y fríos que obligaba a todo el personal de la casa a retirarse tempranamente al calor de los braseros de sus habitaciones.

Perdiendo toda medida, la bella patrona envió a su hija a Curicó no bien comenzó la primavera, aduciendo que era necesario para Purísima reinsertarse en los estudios regulares del Colegio Femenino que las monjas mantenían en aquella ciudad. De ese modo, Hans quedaba a su libre disposición y podía encontrarse con él tantas veces como sus ansias lo exigieran.

La joven muchacha marchó fastidiada hacia el pueblo, con la decepción pintando muecas de disgusto en su bella faz ya que hacía muchos meses que no había podido siquiera conversar con el capataz, pues su madre le reiteraba que el trabajo del fundo no cesaba un solo instante. Más aún si no se disponía de cuadrillas de trabajadores jóvenes porque estos, en su mayoría, vestían los uniformes rojos y azules que luchaban metro a metro en las candentes calicheras de la pampa.

Pasaron así los años, rápidos y sensuales. Mercedes no objetaba las visitas de Hans a la casa patrimonial, y en dos oportunidades, mientras la servidumbre descansaba en sus habitaciones a la hora de la siesta, la dama condujo al

capataz hasta el mismo dormitorio personal, desnudándose para él y haciéndole el amor con mayores bríos, pues el evidente peligro de ser descubiertos en su relación, aumentaba a grados inconmensurables el deseo de poseerlo físicamente.

Al verano siguiente, Purísima acompañó a Hilda Fontecilla y a su familia a la las costas de Iloca, sin haber visitado “La Moraleda” en meses, mientras Mercedes, por el contrario, permanecía en el fundo, olvidándose completamente de su casa en la ciudad.

Fue en el mes de febrero de 1880 que ambos amantes urdieron el plan que sus corazones fraguaban desde hacía tiempo para liberarse de los convencionalismos y ataduras, aprovechando en profundidad la largueza de la guerra y la ausencia de Alejandro.

Hans reconoció que en la última “veranada” había apartado más de cincuenta cabezas de ganado que mantenía ocultas en una garganta cordillerana, vigiladas por los mismos cuatreros con que se había topado el primer año que subió a las montañas. Deseaba llegar a poseer un número importante de animales para venderlos a buen precio en las ferias de Talca o de Chillán, y con ese dinero, más las monedas que había logrado ahorrar en dos años, marchar al sur e instalarse en territorios vírgenes como un verdadero colono.

- Quiero que me lleves contigo -suplicóle Mercedes, con los ojos humedecidos por el enamoramiento- No resistiría quedarme aquí si te marchas sin mí.

Una noche estival, luego de haberse amado frenéticamente bajo el techo deteriorado de la vieja cabaña del sauzal, la mujer le entregó un cofre en el que guardaba sus mejores joyas y, con la voz trémula, insistió en huir junto a él.

- Con lo que has ahorrado, más estas pertenencias que podemos convertir en dinero fácilmente, haríamos un futuro maravilloso lejos de aquí -le dijo, a la vez que besaba con ardor el pecho desnudo del hombre.
- Tu país va a ganar la guerra -había respondido el capataz- Los ojos de todos los chilenos se posarán en los nuevos territorios que el ejército conquistará en el norte. Nuestro destino, por lo tanto, sigue siendo el lejano sur. ¿Estás dispuesta a acompañarme y olvidar tus comodidades de dama de sociedad?
- Contigo voy al fin del mundo -habíale respondido la mujer.
- Precisamente hacia allá iríamos.

En la nueva “veranada” Hans pudo apartar otras cuarenta reses del hato general y negoció la venta de su nueva propiedad a través de los mismos cuatreros que decía combatir, pagándoles un porcentaje irrisorio ya que les permitía merodear libremente por los contrafuertes cordilleranos, donde los bandidos poseían una guarida perfecta en medio de dos cordones de baja altura enclavados en los límites últimos de “La Moraleda”.

Impensadamente, Mercedes decidió arrendar sus propiedades de Isla Marchant mediante un contrato quinquenal que firmó con tres latifundistas de ese sector. Sin dudar respecto de tal acción, entregó al joven europeo un voluminoso paquete conteniendo el dinero obtenido.

- La ley me prohíbe vender mis tierras sin la autorización de Alejandro, pero creo que realicé un buen trato de todas maneras.

Fijaron la fecha para su escape, acordando que se marcharían en la medianoche del día dos de abril del año entrante, ya que Hans deseaba aprovechar la última “veranada” y la próxima vendimia como fuentes de ingresos frescos. Con todo el capital obtenido, más las joyas y el dinero del arriendo, tenían asegurado un futuro halagüeño en la zona sur del país.

Sin embargo, el azar había dispuesto cursos distintos para las aguas de amor que bajaban de esos dos seres unidos por la pasión.

En agosto Mercedes confesaba a su amante, con la alegría embadurnándole el rostro, que estaba embarazada y el hijo que ambos deseaban tener para consolidar su amor nacería a fines de febrero.

Continuaron viéndose prácticamente todos los días, desinteresados en cubrir sus encuentros con excusas laborales. Las primeras murmuraciones de los empleados se esparcieron por el fundo como una gota de aceite en el papel secante, y llegaron finalmente a oídos de las sirvientas que trabajaban en la casa de Curicó.

Mercedes desapareció de "La Moraleda" una mañana del temprano septiembre, marchándose a Santiago a casa de su prima Edelmira, mujer viuda carente de hijos y dueña de la más elegante tienda de géneros habida en la capital, herencia de su fallecido esposo, un comerciante valdiviano que había logrado prosperar con la importación de telas traídas desde Europa. En ese hogar, la aristócrata latifundista esperaba dar a luz un hijo de Hans, para luego huir definitivamente hacia el lejano sur no bien la criatura estuviese en condiciones de aceptar un viaje como el programado, el que por cierto debería posponerse más allá del mes que habían acordado los amantes.

Enterada de los rumores por boca de algunas amigas, Purísima abandonó el colegio y se dirigió a "La Moraleda" dispuesta a conversar el asunto con su madre, pues le parecía imposible seguir aceptando las calumnias que circulaban por la ciudad, ya que el honor de la familia era arrastrado por el lodo de la iniquidad y la infamia, producto tal vez de la envidia que despertaba en muchos sitios el cada vez mayor poderío económico que surgía de una magnífica administración de la propiedad de don Alejandro.

Luego de casi cuatro meses, la muchacha se reencontró con el apuesto capataz, en una tarde funesta para el devenir de los Del Fraile Ortega, ya que el

europeo quedó encandilado con la belleza de una chiquilla cuyo rostro no veía desde el otoño.

Conversaron animadamente en el pórtico de la casa patronal y dieron un largo paseo por los alrededores, tocando temas intrascendentes que la joven manejaba a la perfección. Preguntó por su madre y la respuesta del rubio empleado le incrementó las dudas, pero adoptó la posición de nueva patrona apenas confirmó que su progenitora se encontraba en Santiago, en casa de su tía Edelmira, recuperándose de una fuerte dolencia a los pulmones pues había contraído un severo resfriado durante el invierno. Según Hans, en la capital contaría doña Mercedes con mejores médicos, amén de un clima más seco y benigno.

- Entonces, a partir de este momento tomo las riendas de “La Moraleda” - dijo la precoz muchacha con tono autoritario, adoptando una postura de amazona que hizo palpar el corazón del ardiente europeo al distinguir las caderas magníficas de la espigada joven.

Las cosas comenzaron a cambiar velozmente en el fundo, ya que Purísima recogió su nuevo compromiso con responsabilidad y mano dura, demostrando poseer un carácter fuerte y una personalidad arrolladora que hasta ese momento nadie le había conocido.

Al mes siguiente, la chica había cambiado la servidumbre por nuevas empleadas que fue a buscar personalmente a Curicó. Habilitó uno de los galpones como hogar para sus sirvientas y ella se mantuvo como solitario huésped en la enorme casa, a la que nadie podía ingresar sin su autorización, ni siquiera Hans. Recorrió los dominios de su padre una y otra vez, montando la yegua favorita de doña Mercedes que ahora consideraba propia y ordenando al capataz los diversos trabajos que deseaba ejecutar, dando plazos perentorios para el cumplimiento de los mismos.

Semana tras semana, Purísima parecía crecer en voluntad y sapiencia, quitándole al rubio las riendas de la administración general, ganándose el respeto y la obediencia de los inquilinos a fuerza de tesón, capacidad y presencia autoritaria. Su sola figura montada sobre la yegua, con la fusta golpeando la bota, era la chispa que encendía un ritmo más veloz a las tareas diarias.

Nunca hizo nuevas preguntas sobre el estado de salud de su madre ni tampoco informó respecto de esa enfermedad a don Alejandro, quien se comunicaba con su familia a través de cartas que llegaban cada vez más distanciadamente ya que el ejército chileno se hallaba ahora luchando en las cercanías de Lima.

Moría el mes de noviembre y el capataz comenzó a disponer de la cuadrilla que le acompañaría en el arreo de reses a los pastos altos cordilleranos, en la que debería ser la última "veranada" a su cargo, previo a la fuga hacia el sur. Deseaba alejarse pronto del fundo, no porque estuviese a disgusto allí sino, simplemente, porque sentía que Purísima le provocaba un acendrado dolor emotivo en su alma cada vez que la veía caminar por el fundo con el largo cabello trigueño suelto al viento y la fusta colgando del cinturón de su traje de amazona.

Nunca antes había reparado en la belleza de la muchacha ni en el porte distinguido que ahora observaba. Era más alta que la madre, más fuerte y agresiva, dueña de sí misma, voluntariosa y salvajemente atractiva. En pocos meses más, sería la "patrona" indiscutida de las propiedades de don Alejandro y el más apetitoso manjar que se disputarían los hijos de los enriquecidos latifundistas de la región.

"Cuando Mercedes sea ya vieja, Purísima se habrá convertido en una hembra exquisita", pensaba el europeo con una desazón que aumentaba su grado al reconocer que había sido esa chiquilla quien primero manifestara admiración

por él, pero las cosas sufrieron el cambio que producía el paso del tiempo y la situación resultaba ya muy diferente a la de antaño.

Sus pensamientos se tornaron violentos cuando en la cabaña del sauzal se enteró que Purísima había dado una contraorden definitiva. No habría “veranada” ese año. Las ochocientas reses permanecerían en las tierras bajas de “La Moraleda” y ella supervisaría la alimentación del ganado directamente.

Fustigó con rabia la grupa del alazán y galopó dos horas hacia la casa patronal para encarar a la joven, a quien pensaba gritarle que nada sabía de las reales necesidades de pastaje de los animales y que, por lo tanto, debería asumir en exclusiva la responsabilidad de un desastre económico si el ganado no era arreado a los pastos altos a la brevedad posible.

Era de noche cuando detuvo su potro frente al pórtico de la enorme vivienda. Voceó el nombre de la joven a la vez que golpeaba con energía la puerta principal, pero nadie acusó presencia y el silencio siguió siendo compañero de la rabia.

- No te hagas la sorda, chiquilla de moledera -barbotó furioso- Sé que estás ahí dentro.

Harto de soportar la ignominia del menosprecio por parte de la muchacha, ingresó a la casa que se encontraba a oscuras. Recorrió el amplio comedor y la cocina, la sala de música y el salón para visitas, sin hallar la presencia que buscaba con ahínco. Subió las escaleras con grandes zancadas y escudriñó los cinco dormitorios, también con resultados negativos.

Entonces decidió buscar en la sala de baño.

Abrió la puerta correspondiente y se encontró con Purísima metida en una tina bruñida de dorado, desnuda y tranquila, cubierta por agua y espuma hasta la altura de las clavículas.

- ¿A qué se deben esos gritos destemplados? -preguntó la joven sin inmutarse por la súbita aparición del capataz.

- ¿Tú diste la orden de no ir a una "veranada" este año? -rugió él.
- Por supuesto que yo la di. Soy la patrona, ¿no?
- Tu voluntariedad va a provocar un descalabro económico -dijo el hombre fuera de sí -No tenemos suficiente talaje para alimentar a ochocientos bichos durante los cuatro meses del verano. Perderemos muchos animales...
- "¿Perderemos"? -se mofó ella- No tenía idea que ahora eras socio de mi padre. ¿O es que en mi ausencia firmaste algún tipo de contrato con mi enferma madre, aprovechándote de la evidente admiración que ella sentía por ti?
- ¿Qué estás tratando de insinuar? -Hans había bajado el tono de su voz, manifestando un nerviosismo que no pasó desapercibido para la muchacha.
- Conversemos sobre este asunto como gente civilizada -apuntó ella incómoda -Retírate de esta sala y espérame en el comedor.
- No -dijo él con súbita decisión.
- ¿No? ¿Escuché "no"? -se mofó Purísima, mirándole fijamente con sus ojos almendrados.
- Escuchaste bien. No deseo hablar sobre el tema del arreo ni nada que diga relación con este fundo.
- ¡¡Sal de aquí inmediatamente, imbécil!! -barbotó la chica, roja de furia.
- No -reiteró el capataz cerrando la puerta -Desde que regresaste a "La Moraleda" has tenido una actitud diferente, has querido demostrarme que eres una mujer y no una niña. También te has agarrado de los malditos rumores que circulan por estos lados, prestando oídos a cuanta patraña infame corretea por Curicó. ¡Todo eso es una mentira, de punta a cabo, y te lo voy a demostrar!

Purísima le miraba presa del asombro y la incredulidad, pues nunca le había conocido tales arrebatos. Su sorpresa aumentó al verle desprenderse de la

camisa y sacarse las botas embarradas. La joven comenzó a gritar cuando Hans se despojó de los pantalones y caminó hacia la tina.

- He venido porque te amo -gruñó con ira- Te amo y no quiero amarte, pero no he podido sacarme tu rostro de mi alma. ¿Cómo puedes ser tan infantil y no darte cuenta que es a ti a quien he amado desde hace años? ¿Por qué crees que decidí quedarme en Curicó y no seguir mi marcha hacia Chiloé? ¡¡Por ti, Purísima, sólo por ti!!
- Por favor...Hans...no...te lo ruego....por favor.... -Purísima gemía quedamente con los ojos cerrados, atrapada por la sorpresa y por su propia bravuconería juvenil que derivaba en la presencia del hombre que provocaba en su estómago el ardor del deseo, en aquella casa que ella misma había vaciado de personal.

El capataz apagó las tres enormes velas que iluminaban la sala de baño y se metió dentro de la tina, abrazando a la chica que seguía sollozando.

Con la fuerza de sus brazos acostumbrados a las labores pesadas, el hombre la atrapó contra su pecho, inmovilizándola completamente. Le besó en los hombros y sus manos recorrieron los muslos de la chica bajo el agua. Purísima se debatía débilmente. Los sollozos cesaron y fueron reemplazados por un quejido regular que incrementó el deseo varonil por poseer la virginidad de la arisca muchacha.

Ella se dejó estar, abriendo tímidamente los labios buscando la boca de Hans para recibir el beso anhelado, pero el hombre cesó el abrazo y salió de la tina. Recogió su ropa y abandonó la sala de baño murmurando en voz alta una frase que llegó nítida a los oídos de la joven.

“Dios mío, ¿qué estoy haciendo?”.

Purísima quedó alelada, sola y decepcionada, en el interior de la bañera. Descubrió que su cuerpo temblaba inconscientemente, mezcla quizás del temor y el deseo insatisfecho en una composición química que no sabía explicar.

Escuchó el portazo en el piso inferior, y el sonido de los cascos del alazán alejándose de la propiedad le hicieron prorrumper en llanto.

Se retiró luego al dormitorio para dedicar algunos minutos a acicalar su cabello frente al espejo, recordando las noches que destinó a posar frente a un adminículo similar en la habitación de su casa en la ciudad, deseando íntimamente tener en ese lugar al apuesto rubio. ¿Por qué se había comportado tan dura con él? Después de todo, la súbita aparición del capataz en su baño era algo que no había imaginado, pero mal que mal desde hacía tiempo venía deseando que el capataz se encontrase con ella a solas en la casa.

Cerró los ojos para revivir el momento que observó el cuerpo desnudo de Hans acercándose a la tina de baño. Una especie de calambre suave le recorrió el cuerpo al retrotraer la sensual caricia que alcanzó a experimentar cuando el capataz la abrazó en la bañera. ¡Había sido más que delicioso! Por primera vez en su vida experimentó la calidez del cuerpo desnudo de un varón rozando las cercanías de su virginidad.

¡Estúpido hombre! ¡Ella ya estaba dispuesta a entregarse completamente, pero la cobardía típica de los varones impidió consumir la maravilla del amor prohibido y oculto!

Un relincho atravesó los vidrios de su ventana. Apagó la lámpara de aceite y se deslizó hasta los cortinajes para otear el exterior.

Era el alazán de Hans, detenido frente a la puerta de ingreso a la vivienda. Su corazón comenzó a latir enloquecidamente. Los pasos del joven sonaban suaves sobre los peldaños de madera de la escala, y cada una de las zancadas aumentaba el compás de su deseo.

La puerta del dormitorio se abrió y bajo el dintel se dibujó la figura inconfundible del espigado europeo. Purísima retrocedió un par de pasos yendo a chocar con el borde de la cama, pero logró mantener la vertical y trató

infructuosamente de recobrar la compostura perdida, pues sentía que sus piernas flaqueaban y el estómago le dolía extrañamente.

- Purísima....perdóname, te lo ruego -susurró el hombre.
- Está bien, no tengo nada que perdonarte -musitó ella con un hilo de voz.
- Purísima....yo...yo...
- Hans, ¿de verdad me amas? -la barbilla le temblaba en un prolegómeno propio del llanto que antecede al amor sin freno.
- Purísima...te amo....te amo -contestó él, acercándose más cada vez.
- Dime que es falso todo lo que se comenta de...
- ¡Falso, amor mío, falso! -aseguró Hans con fuerza.
- Mi niño...mi muñeco...yo también te amo -gimió la muchacha avanzando hacia el hombre.

Se abrazaron y besaron con locura, buscando con sus lenguas el paladar del otro, mordiendo los labios del amante, restregando los cuerpos en un incesante movimiento que encendió la pasión escondida en la soledad de los secretos por tanto tiempo guardados.

La madrugada les sorprendió amándose y arrullándose, como si fueran dos esposos noveles en su primera noche de conocimiento erótico, prometiendo mimarse y quererse hasta el fin de los días. En esas horas, Purísima perdió los atributos de patrona ganados en las semanas anteriores, transformándose nuevamente en una chiquilla alocada y feliz, exigiendo a su amado trasladar sus pertenencias a la casa patrimonial pues deseaba iniciar de inmediato una vida en común, ya que no bien regresasen sus padres al fundo les informaría el amor que ambos sentían y la decisión de contraer matrimonio a la brevedad.

Una vez más, Hans volvía a poseer las riendas absolutas de “La Moraleda”.

A finales del año 1882, los ejércitos chilenos administraban victoriosos la “ciudad de los virreyes” luego de años de cruenta lucha. La aristocrática Lima

lucía banderas tricolores que provocaban la más terrible desazón en los descorazonados peruanos.

Algunos regimientos eran embarcados de regreso a la patria y las autoridades políticas discutían en Santiago los lineamientos económicos que deberían utilizarse para anexar al país los nuevos territorios conquistados a fuerza de sangre y orgullo.

Uno de los oficiales que recibió la autorización para embarcar en el vapor de pasajeros de bandera inglesa que estaba surto en el puerto del Callao, era el coronel Alejandro Del Fraile.

El viejo militar y latifundista se encontraba apoyado en la barandilla cercana a la popa y desde allí escudriñaba el horizonte azul que lo separaba de sus campos verdes y del amor de los suyos, a quienes no abrazaba desde hacía cincuenta y dos meses.

Había cumplido con la patria y esta le debía una vida entera de pacífica existencia, la que deseaba dedicar al trabajo de sus dominios y a mimar a sus dos mujeres que extrañaba sobre manera.

Pese a que su figura estuvo presente en cinco batallas y decenas de encuentros fugaces con la caballería boliviana y peruana, Alejandro estaba físicamente indemne después de miles de kilómetros recorridos sobre el noble animal que el ejército le había entregado para llevar a cabo sus misiones en los lugares más recónditos y secos del planeta.

Por ello rezó una larga oración a bordo del vapor, agradeciendo a Dios por los cuidados extendidos hacia su persona.

Juró que regresaría al nuevo territorio, específicamente a Antofagasta, donde esperaba asociarse con dos ingleses que había conocido en Pozo Almonte el año 1880 y con quienes conformaría una poderosa sociedad minera para la explotación del salitre en la zona cercana al trópico de Capricornio, en las alturas desoladas del desierto.

La última conversación sostenida con el almirante Patricio Lynch en Lima le dejó abiertas las puertas para incorporarse en poco tiempo más a la administración de la nueva provincia.

Descansaría en “La Moraleda” por algunos meses y regresaría al norte acompañado de Mercedes y Purísima, para establecerse definitivamente en esa ciudad, cuyo puerto llegaría a convertirse en el punto comercial más importante del Pacífico sur americano.

Su mente viajaba también llena de proyectos y alegrías, ignorante de lo que estaba sucediendo en sus posesiones y del drama que comenzaba a tocar las líneas finales de una saga de pasiones encontradas, que marcarían la desgracia de su familia y llenarían de ignominia su apellido.

Mercedes había dado a luz una hermosa niña que alegraba su infortunio con la luminiscencia de su cabello rubio y el azul de sus ojos. Escribió una apasionada carta que envió al capataz a través de una familia santiaguina que viajaba a Curicó; en ella le informaba sobre los progresos de la niña, asegurándole que procedería a bautizarla sólo cuando él estuviese a su lado. Avisaba también que estaba pronta a regresar a “La Moraleda”, dejando a la criatura bajo los cuidados de su prima Edelmira, ya que había decidido realizar el viaje a la zona sur sin la compañía de la infante, a quien llevaría un año más tarde cuando estuviesen ya radicados sólidamente en aquellos vírgenes terrenos Australes.

Por un olvido inexcusable, Hans dejó la carta en uno de los bolsillos del pantalón que había ocupado el día anterior, sin destruirla bajo el fuego como había sido la costumbre en todos esos años. Purísima la leyó entre llantos y gritos, comprobando tristemente que los comentarios y rumores escuchados meses antes, tenían bases concretas e indesmentibles.

Fuera de sí, cogió uno de los cuchillos de la cocina y galopó en busca de su amante, dispuesta a asesinarle de un solo tajo en frente de los trabajadores.

El maldito alemán se había burlado de ella sin tapujos, la había utilizado con la frialdad de una bestia aprovechando el inmenso cariño que le profesaba, gracias a lo cual aquel inmundo ser disfrutaba de las comodidades de la casa patronal y del poder omnímodo que ella misma le había entregado.

En pleno campo se trenzaron a golpes y gritos. Hans logró desarmar a la bella mujer, abofeteándola repetidamente ante el asombro y mutismo de los inquilinos que no atinaban a intervenir. Purísima, con sus narices sangrando por los golpes recibidos, se dejó caer sobre el follaje y recogió su cuerpo en una actitud de desesperada desolación, maldiciendo a voz en cuello la suerte que le había tocado correr al lado de aquel diabólico sujeto.

- Eres un infame, un desgraciado. Juro que te mataré, tarde o temprano, huyas donde huyas, te escondas donde te escondas. Te mataré, lo prometo. Mi padre llegará a Valparaíso el próximo miércoles. Él te buscará para colgarte de la rama más alta que encontremos.

Esa misma noche Hans huyó del fundo, llevándose las joyas y el dinero que Mercedes le había entregado el año anterior, amén de una recua de mulas y dos caballos de gran alzada, junto a su alazán favorito y a sus propios ahorros. Se dirigió prestamente a la cordillera para viajar hacia el sur por los faldeos montañosos en compañía de algunos de los cuatreros con que había trabado amistad y hecho negocios turbios, aprovechando las “veranadas” tanto como la ausencia de Alejandro Del Fraile.

Tenía claro que Mercedes y Purísima creían que su objetivo era instalarse en la isla de Chiloé y allí, seguramente, llegarían los hombres de Alejandro en su busca; pero él estaría mucho más lejos, en un territorio inalcanzable para cualquier perseguidor. Iría al fin mismo del mundo, a la Patagonia.

A la mañana siguiente, Purísima inició el largo viaje a Valparaíso haciendo una parada de dos horas en casa de su tía Edelmira en Santiago, a quien relató

entre llantos y dolorosos estremecimientos la historia vivida junto al maldito europeo, reconociendo finalmente que tenía un embarazo de dos meses.

- Debes decirle esto a tu padre, no bien desembarque en el puerto -le dijo su tía, quien sobaba sus manos nerviosamente pues imaginaba la reacción que iba a provocar en el coronel una noticia tan infausta como esa.

Purísima se retiró de aquella casa de inmediato, sin haber conversado con su madre pues esta se encontraba en San Bernardo atendiendo a la pequeña en la parcela que Edelmira mantenía sólo por el placer de contar con una propiedad agrícola.

Pero Mercedes no se hallaba precisamente en aquel lugar, ya que enterada del regreso de Alejandro había optado por trasladarse de inmediato a “La Moraleda” y huir prestamente con Hans hacia Chiloé. Para ello, tal como lo anunció en su última carta, dejó a la niña en manos de las sirvientas de la parcela con instrucciones de llevarla a Santiago y entregarla a Edelmira.

En el fundo se enteró de los últimos acontecimientos suscitados entre su hija y el capataz, y fue testigo del escándalo que circulaba por esos lugares. Purísima estaba en Valparaíso y Hans había huido intempestivamente, llevándose las joyas y el dinero que se suponía tendrían que haber sido utilizados por ambos. Estaba sola, abandonada y derrotada. Ese era el castigo que Dios regalaba a las mujeres infieles como ella.

El mundo se le vino encima, vestido de negro y con hielo en los álamos.

Soportó las miradas duras de los campesinos que no se doblaban ante la ingesta de llanto de la patrona, mientras que las sirvientas -que no conocía pues su hija había cambiado la planta de empleadas en la casa- decidían alejarse del fundo para no verse envueltas en una tragedia que se adivinaba.

Esa misma tarde, Mercedes se encerró en la vivienda y tomó la única decisión posible.

Llenó la tina con agua caliente, se metió en ella y luego de beber por el gollete una botella de brandy, cortó las venas de su mano izquierda con el cuchillo de mango plateado que Alejandro le obsequiara junto a la yegua que acostumbraba montar.

El coronel ardió en ira e indignación al escuchar de labios de su hija el drama que se había desarrollado durante sus años de ausencia, negándose a aceptar que su propia esposa habíale engañado con el hombre al que dejara confiadamente el bienestar de los suyos y la prosperidad de “La Moraleda” el que, además, enamoró también a su hija única y la dejó en estado de embarazo, riéndose de la dignidad de los Del Fraile e incentivando a otros patanes a seguir su ejemplo.

Visitó a Edelmira en Santiago, pero esta omitió -por miedo- informarle que Mercedes mantenía a la hija del capataz en la parcela de San Bernardo, prefiriendo decirle que madre e hija se habían retirado a Curicó.

Alejandro y Purísima llegaron al fundo una tarde de viernes, encontrándose con la noticia del infausto suicidio de Mercedes. Respecto de la criatura, nadie tenía la más mínima información.

Cumplidos los trámites de sepultación de su esposa, el coronel regresó a Valparaíso con Purísima y se trasladó al puerto de Antofagasta, donde abrió casa aprovechando la venta de una mansión de estilo español que miraba hacia la playa tranquila, desechando cualquier intento por ubicar el paradero de la hija bastarda de su mujer, a quien le deseaba una pronta muerte o, en su defecto, una vida ignota lejos de su propia existencia.

Meses después, en la ciudad nortina Purísima dio a luz un robusto varón de pelo claro rizado que contrastaba con los ojos color miel y la nariz respingada, de facciones nórdicas y llanto fácil, que fue bautizado con el nombre de José Antonio.

Por una autoritaria decisión de don Alejandro, el niño llevaría los mismos apellidos de Purísima, Del Fraile Sánchez, cual si fuera el hijo póstumo del coronel y su fallecida mujer. Así, la joven y arisca madre quedaba liberada para encontrar un futuro cónyuge sin tener que someterse a las críticas sociales que acostumbraban administrar las charlatanas mujeres de la alta sociedad antofagastina.

Mientras, en Santiago, Edelmira tomaba una decisión parecida.

En una ceremonia privada inscribía a la niña en la iglesia de los Dominicos, y en el libro de nacimientos que los sacerdotes mantenían al día le regaló el apellido de su difunto esposo valdiviano, acompañado obviamente por el que como tutora de la criatura tenía derecho a colocar. En un arrebató que nunca pudo explicarse, decidió rendir un homenaje a su suegra alemana -que jamás conoció y la sabía fallecida- dándole a la pequeña hija de Mercedes un nombre inusual para las familias chilenas.

Así, el día 22 de diciembre del año 1884, el hijo de Hans y Mercedes entraba a la sociedad cristiana con el nombre de Grettel Roschäuffen de la O, absolutamente ignorante que tenía un hermanastro en el norte del país, llamado José Antonio Del Fraile Sánchez.

C A P I T U L O VI

El manuscrito de Mirentxu, que ella había llamado “Libro Uno”, terminaba en ese punto, dejando en el aire una serie de interrogantes que Nicolás reconocía no poder contestar, como tampoco arrojaba mayores luces sobre la cuestión fundamental que interesaba al profesor Casella y a él mismo.

Por otra parte, la desaparición de la arqueóloga y su actual paradero seguían constituyendo una incógnita preocupante, pues la policía no mostraba avances significativos en la investigación del secuestro.

Para colmo de males, Remigio apuntó una nueva sombra a la oscuridad del panorama explicitando una pregunta que le mantenía inquieto.

- Si el apellido Rocshäuffen pertenecía al mentado valdiviano fallecido, ¿cómo diablos se llamaba entonces el tal Hans, y por qué la maldita casa patagónica tiene precisamente ese apelativo?
- Eso es lo que deseamos conocer y es el motivo por el que se nos contrató –respondió el abogado -Tenemos claro que toda la madeja realmente se inicia en esta ciudad. Mirentxu había estado en lo cierto. Está claro que el apellido Rofschäuffen se asentó primero en Valdivia, lo que escapa completamente de nuestros pronósticos originales.

Se puso de pie y recogió la chaqueta que colgaba del respaldo de la silla, indicando a Remigio que había llegado la hora de empacar, abriendo su propia valija para guardar en ella las escasas prendas que portaba en ese apurado viaje.

Regresarían a Santiago con múltiples actividades por realizar, pues el manuscrito de la chica planteaba tareas que no aceptaban dilaciones ni demoras, siendo el punto más sensible en la investigación aquel que apuntaba a una fecha ahora conocida gracias a la labor de la arqueóloga.

- Hemos dado vueltas en círculos estúpidamente, ya que nuestra mira siempre se dirigió a los extranjeros llegados a Chile a fines del siglo diecinueve al considerar que algún Roschäuffen venía en uno de esos grupos. Sin embargo, la respuesta se nos presenta más simple. El único verdadero dueño de tal apellido debe haber sido el hijo de un inmigrante alemán avecindado en Valdivia desde la época de la Independencia, y nada tiene que ver directamente con la casa de la Patagonia.
- Pero el misterio continúa –argumentó Remigio.
- Ya tenemos una hebra. Hay que buscar en los archivos de la Biblioteca Nacional a pasajeros con apellidos no hispánicos, que se hayan registrado en navíos de cabotaje nacional que llegaron a Punta Arenas entre el mes de diciembre de 1881 y septiembre de 1882. Le solicitaremos al profesor que se encargue de ello, mientras tú continuarás indagando entre tus contactos el posible paradero de Mirentxu.
- Bien, el profesor viajará a Punta Arenas, ¿y qué harás tú, en tanto? –preguntó Remigio con la sonrisa irónica bailoteando en su cara.

- Viajaré a Mendoza. Buscaré en los archivos locales cualquier información sobre el señor Armando Gaitúa y Mendizábal, ya que de acuerdo a lo relatado por Mirentxu nuestro inefable y escurridizo capataz de “La Moraleda” aseguraba haber trabajado en los viñedos de ese aristócrata argentino. Si cuento con suerte, y así lo espero, podría dar con el apellido de un joven europeo, a la sazón no mayor de veinticinco, experto viticultor y, lo más importante, saber desde cuándo y hasta qué fecha trabajó en esos viñedos.
- En lo que a mí respecta, creo que primero es vital encontrar a Mirentxu y después preocuparse del asunto de la herencia. Iré a Santiago para contactarme con algunos “compadres” que tengo en el barrio El Llano, ellos manejan una estupenda base de datos sobre “asuntos no negociables” con la policía y no me cabe duda que algo deberán aportarme respecto de alemanes en tránsito desde Paraguay o Brasil.

Remigio, en Santiago, horas más tarde, se perdió en medio de la bruma capitalina buscando señales del rastro que hubiesen podido dejar los secuestradores de la muchacha, pues en su particular oficio se sabía que era imposible aceptar la existencia de mutismos prodigiosos en una desaparición forzada. La policía se encontraba afanada en lo que le era propio, interrogando a los amigos y colegas de Mirentxu, pesquisando las huellas que el automóvil desconocido pudiese haber dejado en algunos de los lugares por donde se le vio transitar. El problema radicaba, según Remigio, en la utilización de distintos coches y, además, en el posible recambio de neumáticos que los plagiadores debieron haber realizado para despistar a los hombres de la Brigada de Investigaciones. “Los policías buscarán ese dato sólo cuando sus actuales pesquisas agoten las posibilidades de éxito”, había pensado certeramente, por lo cual decidió visitar a sus antiguos conocidos de la calle Diez de Julio para agenciarse información fresca respecto de los sitios donde se podría proceder a la adquisición de neumáticos sin facturas, guías ni boletas.

Sus contactos le enviaron hasta un alejado callejón en el barrio Independencia donde debió armarse de paciencia para esperar el regreso de un taxista, conocido como “Abel el Malo”, que dirigía una pequeña y eficaz banda de ladrones de repuestos automotrices, confiando en poder toparse con él a solas. Había escuchado algo respecto de ese grupo de delincuentes de poca monta, cuyos integrantes contaban ya con un nutrido “currículum” en el hampa santiaguina pues premunían de elementos de refacción a muchos pequeños empresarios de camiones y microbuses, a bajo costo y sin preguntas.

El taxista apareció por el lugar a media tarde, cuando la demanda por servicios de transporte sufría una baja considerable de pasajeros luego del cierre de bancos y oficinas públicas.

“Abel el Malo” era un tipo relativamente joven, algo grueso físicamente y de aspecto desaliñado. Reconoció a Remigio de inmediato y su rostro experimentó un brusco cambio al enterarse cuál era la causa de la visita. El conductor del coche de alquiler intentó respuestas evasivas, ya que no era habitual en él entregar datos sobre la clientela pues en su “negocio” el silencio constituía la mejor arma y el más eficaz documento de respaldo.

- Voy a ser claro, “compadre”. Usted sabe quién soy y también conoce de lo que soy capaz si alguien trata de hacerme comulgar con ruedas de carreta. No tenemos ningún asunto pendiente ni deuda por cobrar –Remigio hablaba en tono susurrante, mirando con expresión dura al taxista- Lo que menos deseo es tener que buscarle para liquidar cuestiones que podemos evitar. Por eso, si algo sabe respecto de lo que ya pregunté, mi recomendación más sincera –y gratuita- es que “desembuche” con toda tranquilidad.

- Yo no les vendí neumáticos a esos tipos –balbuceó el taxista- El “Picoroco” me pidió que llamara por teléfono a un amigo común, que vive en Pudahuel, para que esos “gallos” pudieran cambiarle los “zapatos” a sus tres autos.
- ¿Cómo se llama ese amigo suyo?
- Lindorfo....no sé su apellido. Creo que le dicen el “Locomático”...
- Lo conozco. Es un tipo “malandra” que vendería a su propia hija. ¿Cuándo ocurrió el pedido del “Picoroco”?
- El jueves pasado. No he vuelto a saber nada más de este asunto. Espero amigo Remigio que mis informaciones le sean útiles; de todos modos, cuente siempre conmigo y...por favor...
- Sí, no te conozco y nunca hemos hablado.
- Eso...
- Si los tipos que hicieron negocio con el tal Lindorfo acertaran a volver, estoy seguro que te preocuparías en ubicarme y pasarme el dato. ¿No es así?
- Por supuesto “jefe”, cuente con ello –respondió el taxista más animado- Y cuando usted requiera algún repuesto para su automóvil, ya sabe dónde acudir.

Esa misma noche, el “Locomático” fue informado por terceras personas que el conocido mafioso de la Plaza Brasil andaba tras sus pasos en procura de datos concretos respecto a una venta de neumáticos. También fue aconsejado por las mismas personas que era saludable para su estado físico permanecer en la comuna de Pudahuel y no eludirle el bulto

al tal Remigio, pues de lo contrario se ganaría un adversario difícil de enfrentar. Por ello, optó por quedarse en su vivienda a la espera de ser visitado por aquel conocido hampón que ahora trabajaba para un equipo de abogados.

Al descender de su vehículo en la avenida San Pablo, el guardaespaldas intuyó con celeridad que jamás podría conversar con Lindorfo pues la presencia de carros policiales y cámaras de televisión en aquel lugar, amén de las decenas de curiosos que atiborraban ambas aceras, le anunciaban que el delincuente habitual, conocido como “Locomático”, había pasado a mejor vida llevado de la mano fuerte y decidida de un desconocido. Gracias al corrillo de mujeres del barrio que parloteaban entretenidamente, pudo enterarse que el cuerpo de Lindorfo había sido encontrado en medio de su dormitorio, con las manos atadas a la espalda, la boca amordazada y dos balazos en la nuca.

No fue necesario para Remigio inquirir mayores informaciones entre el mujerío del sector para entender que al tal Lindorfo lo habían “ajusticiado” minutos antes de su arribo a aquel barrio, precisamente para evitar una comprometedor declaración respecto de la nacionalidad de los compradores y las marcas de los vehículos que utilizaban, en uno de los cuales habían trasladado a Mirentxu desde Curicó.

Sacó rápidas cuentas y concluyó que los alemanes se encontraban en Santiago, pues de otra forma no habrían logrado movilizarse tan velozmente hasta la vivienda del “Locomático” para eliminar una fisura en el andamiaje. Por lo tanto, Mirentxu también tenía que encontrarse en algún lugar de la capital ya que los germanos difícilmente se arriesgarían a un transporte humano por las carreteras que llevaban al norte, al sur o a la costa, si estaban enterados –como efectivamente ocurrió– que la policía se hallaba tras sus pasos, lo que además resultaba lógico suponer.

Ensimismado en sus reflexiones, Remigio condujo su automóvil hacia el lado sur de la ciudad procurando llegar pronto a la avenida Departamental, donde en el tercer piso de un sencillo edificio se ubicaba su departamento. Deseaba descansar unas horas y cambiar de ropa para proseguir en la búsqueda de Mirentxu, ya que tenía claro cuán dura y agitada iba a ser esa noche.

Al acercarse a la Estación Mapocho su mirada se fijó brevemente en el espejo retrovisor y sus manos apretaron con fuerza el volante. Un leve aleteo del suspiro de la duda le hizo poner en alerta todos sus sentidos.

Le venían siguiendo.

Si los tipos a cargo de la persecución eran hábiles –y suponía que lo eran- ya le tendrían copado desde dos puntos para obligarle a quedar en medio de ellos y conducirlo como buey al matadero.

Esbozó un gesto de ira que trocó en sonrisa no bien observó la vieja mole de la Estación a su derecha e incluyó en sus pupilas el paisaje atiborrado de coches que torcía desde el centro de la ciudad hacia el barrio poniente. Frente a él, el semáforo pintaba de verde el último foco y coloreaba de esperanza la ocasión.

Presionó el pedal del acelerador y se adelantó a los automóviles que le acompañaban, dejando tras de sí el vehículo que le perseguía. Zigzagueó veloz hasta el costado de la Estación y con una brusca maniobra giró a la izquierda enfrentando a los coches que esperaban luz verde en la vía contraria para tomar la ruta que conducía al poniente. Frenó con brusquedad y su coche bamboleó como cuna mecida por un tiovivo, quedando atravesado frente a la decena de conductores que le miraban con asombro.

Un concierto de bocinazos e improperios aderezaron su acción, a la vez que los carabineros a cargo de administrar fluidez al tráfico de esa hora se acercaron con presteza para desatar tamaña brutalidad que podría originar un atasco de proporciones.

Sonriendo satisfecho con el codo izquierdo apoyado en la ventanilla, Remigio regaló una mirada sobrada a los tipos que pasaron a velocidad moderada frente a él rumbo al oeste, empujados por la corriente vehicular que avanzaba desde la avenida Independencia.

Cuando la línea de coches y microbuses se perdió en medio de la vorágine del momento, descendió de su automóvil explicando a los policías que algo había fallado en el sistema de dirección de la máquina, solicitándoles ayuda para empujarla hasta el costado de la avenida y dejarla estacionada allí mientras procuraba una grúa para arrastrarla a un taller.

Había logrado zafarse de uno de los perseguidores, pero estaba seguro que cerca del lugar había otro automóvil acechándole, mas no lograba distinguirlo en esa selva de motores y ruidos.

A media tarde, la grúa arrastró el coche de Remigio de regreso a la avenida Independencia a la vez que este se perdía en el tráfico humano del centro citadino. Finteando gente por pasajes y galerías, cruzando calles desaprensivamente y eludiendo con habilidad los parachoques de vehículos a mitad de cuadra, logró por fin despistar a sus perseguidores al arribar con velocidad a Plaza Bulnes y dirigir sus pasos por calle Nataniel Cox al sur, donde desapareció mágicamente.

Segundos después, un Volvo color crema detuvo su marcha frente al ex - cine “Continental” originando de inmediato múltiples bocinazos de protesta en los microbuses

que le precedían. En el interior del coche sueco tres hombres apretaban los dientes en manifestación de ira y enojo por haber perdido el rastro del matón. Uno de ellos, sentado en la parte posterior del vehículo, fumaba nerviosamente un cigarrillo de procedencia paraguaya.

- La puta que lo parió –masculló el individuo del cigarro- Esto se comienza a complicar más de la cuenta.
- Podemos volver a encontrarlo –apuntó el hombre que conducía el Volvo.
- ¿Vos creés? Parece una anguila el tipo este. No avanzamos mucho teniendo sólo a la chica. Hay demasiado en juego para contentarse con eso únicamente.
- Bien....¿qué hacemos entonces? –preguntó el tercer hombre, con un fuerte acento alemán.
- Esperar. Nada más que eso. Esperar. Dejemos que ellos den los próximos pasos. Mientras, abandonemos Santiago de inmediato y llevemos la chica y nuestra gente a la parcela. Tengo la impresión que deberemos solicitar nuevo apoyo a Montevideo. Vamos, apurá este trasto y sacanos de aquí.
- A la orden, mi coronel –respondió el conductor acelerando el coche rumbo a Avenida Matta.

Desde el débil techo de un cobertizo ubicado en la esquina lateral, donde un sitio de estacionamiento de automóviles alquilaba lugar por horas y días, Remigio vio pasar el Volvo por calle Nataniel al sur.

No dudó al asegurar que el chófer era de ascendencia alemana, pudiendo tratarse del mismo individuo que en la ruta a Vichuquén semanas atrás les había adelantado a él y a Nicolás, a bordo de un Mercedes.

Pero quien le provocó un chispazo eléctrico en el estómago fue el pasajero que fumaba displicentemente en el asiento posterior del coche sueco. Ese rostro le parecía conocido, aunque no podía precisar con exactitud a quién pertenecía y dónde le había encontrado anteriormente.

No obstante, estaba cierto que no se trataba de alguien a quien viese por vez primera.

* * *

Luego de su encuentro con los alemanes, Remigio decidió refugiarse en el departamento del profesor Casella debido a que el lugar contaba con múltiples salidas que le servirían de rutas de escape en caso necesario. La vivienda se hallaba desocupada ya que el propietario

aún estaba en Punta Arenas y, además, disponía de todo lo esencial para el trabajo que él realizaba, desde computadora personal hasta televisión por cable.

Allí le encontró Nicolás a su regreso de Mendoza.

Conversaron apresuradamente de los avatares últimos, ya que el abogado venía imbuido en una actitud silenciosa y reconcentrada que no tuvo a bien detallar. Parecía molesto por la presencia del asesor de seguridad en el departamento del profesor y simuló una civilizada conversación que fue rota a los pocos minutos, dejando a Remigio con su relato a medio terminar.

- ¿Se ha sabido algo del actual paradero de Mirentxu? –preguntó hoscamente Nicolás.
- No has escuchado nada de lo que te he dicho –protestó el hampón- Los alemanes andan muy inquietos y se atrevieron a abandonar su clandestinidad para perseguirme. Eso significa que en algún momento nos acercamos demasiado al verdadero fondo de este asunto. ¿Es que estás en la luna? Debemos salir a rondar por calles y barrios esta noche. En algún lugar tendrá que saltar la liebre.
- No voy a interferir con el trabajo policíaco. Si gustas, puedes seguir dándotelas de agente secreto y deambular por Santiago un día entero. Personalmente, dedicaré mis esfuerzos y capacidades a revisar el material que conseguí en Argentina, pues me parece que por ahí va la solución a este caso. Si logro descifrar el rompecabezas, los alemanes quedarán sin base para su plan y tendrán que abortar el secuestro.

Amoscado, el gordo ayudante dejó su asiento para dirigirse a la puerta. Acomodó el revólver que llevaba al cinto y cubrió su cuerpo con la chaqueta de cuero que utilizaba habitualmente.

- No tienes la más mínima idea de cómo se cocinan las cosas en los bajos fondos –rezongó Remigio, alterado por la inexpresividad del abogado- La vida de Mirentxu corre real peligro. Esos tipos no trepidarán en asesinarla si ven en riesgo sus objetivos. La matarían por un sí o un no. Dedícate a leer esos papeles, si así te place, porque yo saldré a la calle para hacer lo único que considero lógico y oportuno. Buscar a tu ex novia.
- No te alteres, alguien debe mantener la calma y utilizar la mente. Estoy seguro que estos documentos nos hablarán la verdad y podremos descubrir la hebra que nos lleve a la madeja. El profesor regresará el viernes a Santiago y nos exigirá avances concretos en el trabajo encomendado, ya que no me extrañaría que él trajese también desde Punta Arenas noticias importantes.

Un portazo fue la respuesta del asesor que salió desalentado del departamento en procura de la aventura que sólo las calles y la noche brindaban a su espíritu inquieto y anárquico.

Nicolás preparó una taza de café y se enfrascó en la lectura analítica de los documentos diseminados sobre la mesa de trabajo.

Había tomado contacto, en Mendoza, con algunos abogados argentinos que había conocido gracias a su antiguo trabajo profesional en la empresa iquiqueña, los que fueron su contraparte en los tratos comerciales para meter productos minerales allende los Andes. Con ellos conversó repetidamente en sus respectivos bufetes mendocinos, obteniendo orientaciones y datos que utilizó para su investigación y que le llevaron a la Cámara de Comercio de Mendoza, a la Biblioteca Provincial y a la misma Gobernación.

Ordenó la papelería para estructurar una historia cronológica que, una hora más tarde, tenía ya dispuesta para su entendimiento. Releyó por enésima vez el “Libro Uno” escrito por Mirentxu y regresó a los documentos mendocinos.

La fortuna de don Armando Gaitúa y Mendizábal había sido cuantiosa económicamente e importante en lo social. A mediados del siglo diecinueve, el agricultor mendocino destacó entre sus pares por la habilidad para transformar cualquier asunto en una cuestión de negocios pingües y levantar su propia imagen a las alturas de un señor feudal respetado y poderoso.

La papelería hablaba por sí misma.

Gaitúa había sido un sujeto en extremo ordenado y cuidadoso en sus actividades comerciales, ya que se preocupó de enviar a la Gobernación el listado de trabajadores, capataces y técnicos que contrataba para explotar y administrar sus extensas posesiones. Nicolás fue revisando una a una tales nóminas, buscando el nombre de algún Hans entre ellas. Finalmente lo encontró en un listado cuya fecha rezaba “agosto quince del año mil ochocientos setenta y cuatro”, y se agregaba en la línea inmediatamente subsiguiente: “arribado en el “Aurora Augusta” en mayo de mil ochocientos setenta y cuatro”.

Recordó haber leído algo respecto de la inmigración europea de la época, cuya carga humana procedente de países no latinos desembarcó en el puerto de Buenos Aires en esos años. Revolvió los documentos hasta toparse con la fotocopia de un diario bonaerense que relataba tal acontecimiento. La paciencia del abogado encontró recompensa al ubicar un nombre que despertó su alerta. “Entre los recién llegados, huyendo del hambre europea y en procura de mejor futuro en nuestro rico suelo, desembarcó el joven agrónomo y experto viñatero alemán, herr Hans Blumenstein”.

Regresó con prisa a los documentos mendocinos del señor Gaitúa y la Gobernación. El año 1874 aparecía como viñatero recién contratado por el millonario agricultor, Hans Blumenstein. En otros papeles, Blumenstein figuraba en la prelación firmada por el mismo hacendado con la calidad de “excelente trabajador, sagaz, despierto, leal, honrado y fiel empleado”.

Gaitúa y Mendizábal había fallecido a fines del año 1877, sin dejar herederos pues su esposa, que no pudo darle hijos, le había precedido doce años en la muerte. Un voluminoso escrito a guisa de testamento, indicaba qué parte de su cuantiosa fortuna debía ser repartida entre sus más fieles y capaces colaboradores. Hans Blumenstein no figuraba en el apreciado listado.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué su mejor hombre, su más leal asistente y consejero- el joven Blumenstein- era olvidado por el amo mendocino?

La respuesta a tal incógnita se hallaba en las actas eclesiales. Gaitúa y Mendizábal, amén de haber sido un acaudalado agricultor, participó y dirigió una oscura organización paralela a la misma Iglesia (aunque aceptada e impulsada por esta desde las sombras) llamada: “Sacrosanta Hermandad de los Defensores y Celadores de la Divina Sangre”, cuyo principal fundamento se encontraba en proteger la institución religiosa de los posibles ataque de aquellos que habían sido responsables del sacrificio de Jesús. Vale decir, de los judíos. Y Blumenstein lo era, independientemente de haber nacido en Alemania y profesar la religión católica.

Abandonado, rechazado, pobre y decepcionado, una vez que falleció el poderoso agricultor, el joven Hans cruzó la cordillera de los Andes en el verano de 1878, yendo a detener su tránsito en las polvorientas y rurales calles de la provinciana mezcla de adobes y barro llamada Curicó. No tuvo problemas para abandonar Argentina ni para ingresar a Chile, ya que en esos lejanos años no existían los controles aduaneros y tampoco se llevaba registro de las personas que arribaban al territorio por vía terrestre. Solamente en los puertos había una incipiente organización administrativa para dejar constancia de las migraciones.

Nicolás había develado el primer secreto de ese caso.

Hans Blumenstein había sido un judío extraviado en América y obnubilado por la historia de su pueblo que indicaba una sucesión de ataques, expulsiones y rechazos a lo largo y ancho del planeta. Quizás por ello, nunca mencionó su verdadero apellido durante la estancia en Curicó, señalando únicamente su lugar de origen, Alemania.

Mirentxu había estado en lo cierto al asegurar en su “Libro Uno” que la hija de Hans y Mercedes se adjudicó azarosamente el apellido del fallecido esposo de Edelmira,

Roschäuffen, y con él, la fortuna que Blumenstein forjara en la Patagonia a partir del año 1884.

Entonces, por obvia conclusión, la millonaria Grettel von Roschäuffen, principesca consejera y amiga personal del Führer, adarga del sentimiento ario, había sido también judía.

Una sola duda surcaba la mente del abogado. ¿Cómo logró Mirentxu, en tan corto tiempo, llegar al corazón mismo de la historia?

* * *

La joven arqueóloga se dejó caer sobre la cama en actitud laxa, colocando los brazos sobre su cara como si pretendiera llamar al sueño. Una tenue luminosidad se filtraba por el entramado de la cortina artesanal que ocultaba la ventana enrejada del cuarto, señalando que era la hora del crepúsculo.

En el velador, esperando mejor suerte, un plato de arroz y pollo se entumía inexorablemente.

Había perdido la cuenta de los días que llevaba encerrada en esa casa cuya locación desconocía, ya que arribó a ella anestesiada en el interior de un station wagon, maniatada y con la cabeza cubierta por un saco harinero. Sus secuestradores la habían detenido en la Ruta Cinco Sur, pocos kilómetros antes de la bifurcación a la ciudad de San Fernando, y con suma presteza fue lanzada dentro de otro coche donde un par de tipos la inmovilizaron para colocar sobre sus narices un pañuelo empapado en cloroformo.

Más allá de ese exclusivo incidente de fuerza, no sufrió maltratos

Estaba recluida en una amplia habitación que disponía solamente de una cama, un velador, un ropero antiguo, dos sillas y una mesa redonda en la que se le obligaba a trabajar diez horas al día. Se le permitía usar el servicio higiénico en las mañanas y al atardecer. En tales ocasiones era acompañada por dos individuos de complexión musculosa que llevaban sus caras ocultas tras máscaras de carnaval. A través de una especie de ventana falsa instalada en medio de la puerta de la habitación le entregaban alimentos y bebidas. Cada mañana, al ir al baño, alguien aseaba la pieza, ordenaba la cama y, por cierto, registraba el cuarto entero.

Las primeras cuarenta y ocho horas de cautiverio las pasó sola, encerrada en la habitación, recibiendo sólo agua y alimentos a través del ventanuco, y aunque nadie le habló estaba segura que la vigilaban constantemente.

Al tercer día, dos hombres encapuchados la visitaron en su habitación. Fue el momento de mayor temor. Sin embargo, la trataron con civilizada actitud y conversaron con ella hasta entrada la tarde. Querían saber qué contenía el manuscrito que había dejado a Nicolás Guerrero en el Hotel Comercio de Curicó. Le exigieron redactar un resumen de ese asunto y dieron un plazo de dos días para entregarlo. Los tipos parecían no preocuparse por una posible investigación policial que en esos momentos podría estar desarrollándose para dar con el paradero de la nieta de Casella. Ambos mostraban voces autoritarias, drásticas y elocuentes, pero quien parecía ser el líder dejaba adivinar un extraño sonsonete que Mirentxu creyó identificar como el acento rioplatense de argentinos y uruguayos.

Trabajó con estudiada lentitud, preparando cuidadosamente cada párrafo, cada dato.

Temía poner en jaque las identidades de algunas personas que le habían ayudado a estructurar su hipótesis, ya que los plagiarios mostraban voluntad férrea en el asunto de la herencia y no trepidarían en ejecutar nuevos actos de violencia si las circunstancias lo ameritaban.

Al cumplirse el plazo estipulado por sus cancerberos, golpeó la puerta de la habitación y a través de la ventana falsa hizo entrega de un legajo manuscrito al guardia de turno, solicitándole que informara a quien correspondiera que esas hojas eran solamente un adelanto del trabajo, pues requeriría de mayor tiempo para llevarlo a buen término.

Sucedió lo que ella esperaba. El líder de la banda teutona apareció por la habitación a los pocos minutos de haber recibido el mensaje de la muchacha. Venía con mal talante, dispuesto a provocar un apriete de tuerca para que se cumplieran sus órdenes. Encaró a la arqueóloga con los ojos chispeando a través de los agujeros del pasamontaña.

- Dos días eran suficientes para cumplir lo establecido –rugió- No juegue con su suerte, señorita, porque mi ánimo suele cambiar bruscamente.

Mirentxu no se amedrentó por la hosca actitud del jefe alemán. Tomó asiento frente a la mesa y le invitó a hacer lo mismo en la silla restante, pues requería confrontar algunas opiniones.

- Un trabajo profesional serio sólo termina cuando el autor se manifiesta plenamente satisfecho –contestó con calmada expresión- He colocado especial interés y esfuerzo en lo que me solicitó hace cuarenta y ocho horas, pero debe estar consciente que se trata de una labor que requiere afinamiento pues no se trata de un asunto cualquiera.
- No le hemos pedido que redacte un texto de estudio, sino simplemente un vulgar resumen del documento que entregó a sus amigos. ¿Es tan difícil eso? Si lo que busca es ganar tiempo, puede estar cierta que nada obtendrá con esa torpe acción, pues lo

único que provocará será mi furia. Además, tarde o temprano el documento de marras estará en nuestras manos y entonces su presencia aquí será innecesaria. ¿Entiende lo que estoy pronosticándole? La policía no llegará jamás hasta este sitio, ni ahora ni....cuando determinemos qué hacer con usted. Su verdadero seguro de vida se encuentra en el cumplimiento de lo ordenado.

- No puedo avanzar más de lo ya caminado si carezco de informaciones –se quejó la muchacha- ¿Podría facilitarme la documentación que ustedes poseen? Hay lagunas en mi trabajo, baches que no puedo llenar al carecer de datos fidedignos y confiables. Me parece que su gente, señor, desde hace muchos años, está en posesión de lo que necesito.
- ¿Documentos? ¿Qué diablos está sugiriendo?
- ¡Oh, vamos! Se trata de una herencia cuantiosa, una riqueza de volumen insospechado que ustedes procuran desde siempre y que no están dispuestos a dejar escapar por detalles jurídicos. Es obvio que han estado trabajando en este tema, lo que reafirma mi solicitud.
- Le rogaría que se explicitara con mayor precisión –le interpeló el encapuchado.
- ¡Por Dios! Ambos sabemos que no hay un heredero de la Roschäuffen en Chile, por lo tanto los bienes que la dama tenía en este país deberán pasar a engrosar las arcas fiscales –Mirentxu observó que el sujeto realizaba un par de movimientos nerviosos, por lo que decidió hundir la daga de la duda en carne trémula- ¿No lo sabía? La legislación chilena estipula eso con absoluta e incuestionable claridad. Mi país no aceptará entregar a Alemania un patrimonio como este.
- Nunca he pensado dejar la herencia de fraulein Grettel en manos de ningún estado –siseó el hombre.
- ¿Entonces tienen ya un heredero? Si es así, no veo para qué requieren de mis servicios. Han embadurnado todo el asunto con actos ilícitos como el secuestro y otras lindezas por el estilo.
- Usted no entiende el fondo de este tema, ni posee idea alguna respecto de nuestros objetivos. Haga lo que se le ha indicado y podrá irse en paz. Ah...algo más. Alcancé a revisar parte de lo que me envió, y en verdad su letra es casi ilegible.
- ¿Qué puedo hacer? Carezco de una computadora para efectuar una labor más precisa y limpia. Una computadora y más plazo, amén de las informaciones que su gente maneja.
- Olvídense de la computadora –sentenció el tipo, poniéndose de pie para hacer abandono de la habitación- En cuanto a documentación extra, prometo regalarle la fotocopia de

un libro escrito de puño y letra por la señorita von Roschäuffen cuando usted haya terminado su labor y se encuentre en la seguridad de su casa. Se lo enviaré por correo, siempre y cuando los tribunales chilenos hayan determinado el futuro de la herencia en beneficio de nuestra causa.

Al alcanzar la puerta, sin voltear su rostro encapuchado, se despidió con una buena noticia para Mirentxu.

- Dispone de otras cuarenta y ocho horas. Ni un solo minuto más. Si el resumen no está en mi poder pasado mañana, a las nueve de la noche, no tendré otra alternativa que....
- Lo sé –susurró la muchacha- Le entregaré lo que pide en la fecha indicada.

Había jugado sus escasas posibilidades en la última entrevista con el líder, y se le terminaba el tiempo. Estaba constreñida a responder de la única manera que sus captores esperaban, por lo que debería poner celoso cuidado en esconder las mismas omisiones que contenía el resumen para evitar dejar en evidencia a personas inocentes.

Se recostó sobre la cama y puso los brazos sobre su cara en actitud laxa, mientras el atardecer se transformaba en negrura. Estuvo así durante un cuarto de hora. Finalmente, decidió realizar un bosquejo del trabajo que retomaría la mañana siguiente, para lo cual se acercó a la mesa y encendió la lamparilla para anotar algunas ideas sobre el papel.

Le pareció escuchar el típico quejido electrónico de un radio tras la puerta donde siempre se instalaba uno o más celadores. Aguzó el oído para detectar el sonido con precisión pero sólo percibió un silencio extraño. Sus sentidos alertas identificaron tenues ruidos de pies arrastrándose con premura en dirección al exterior. Dejó la silla y pegó su oreja contra el intersticio que dejaba la puerta junto al muro. Escuchó voces apagadas. Al parecer eran órdenes en alemán. Las luces de la vivienda se extinguieron cubriendo todo el ambiente con el manto de la negra nada. Repentinamente, las voces subieron sus decibeles y lo que antes había sido un susurro era ahora una secuencia de instrucciones gritadas con la garganta.

Hubo algunos disparos efectuados con armas cortas. Mirentxu se alejó de la puerta y con el temor sacudiéndole su mente se refugió bajo la cama. Desde allí pudo observar que un poderoso haz de luz bajaba del cielo para aclarar cosas, dudas y almas. El sonido característico del motor de un helicóptero inundó con sus ondas la quietud nocturna.

El aire fue quebrado con las ráfagas de metralletas provenientes del exterior. Nuevas voces se unieron a las anteriores, pero estas eran en castellano con injertos de chilenismos.

Durante interminables minutos los bandos en pugna se trenzaron en una balacera fenomenal que fue decidida en favor de los atacantes al intervenir el helicóptero con una ametralladora que estremeció cristales y paredes.

Los disparos fueron raleando en la misma medida que los ocupantes de la vivienda huían por el fondo del terreno que llevaba a montes y arbustos.

Luego, el silencio. Breve y profundo, oscuro como la noche que Mirentxu portaba en su ánimo.

Nuevas carreras, nuevas órdenes, idioma conocido, alegría en el corazón. La chica abandonó el refugio corriendo hasta la puerta que comenzó a golpear con pies y puños. El estruendo de culatas machacando puertas no fue óbice para escuchar el conocido timbre de una voz amigable a pesar de la premura.

- ¡¡Aquí!! ¡¡Aquí, en esta habitación!!

La embestida feroz hizo saltar los cerrojos y la luz del oscuro exterior posibilitó los reconocimientos tan ansiosamente esperados. Mirentxu se abalanzó sobre la regordeta figura de Remigio buscando refugio en sus brazos mientras los sollozos le estremecían los sentidos.

- Tranquila chiquilla...tranquila....ya pasó todo, ya pasó.

Recién entonces Mirentxu reconoció los uniformes verdes, los cascos y chalecos anti balas que portaban cuarenta o cincuenta efectivos de Carabineros diseminados por los pasillos de la casona, linternas en mano, apuntando sus armas a cada rincón y bajo la caja de escala. Un oficial de la fuerza policíaca dirigía las acciones con voz certera y clara, apurando a los suyos para cubrir definitivamente todo el sitio a la vez que informaba a los pilotos del helicóptero la dirección en la que habían huido los delincuentes. Pese a la tensión que la dominaba, Mirentxu alcanzó a escuchar parte del reporte. “Rescate positivo. Hay tres sujetos abatidos en las cercanías de la acequia norte....me informan que están muertos”.

Dos uniformados condujeron a la arqueóloga hacia el exterior, donde otro carabinero le entregó una manta y una cantimplora con agua al tiempo que inquiría por su estado de salud ofreciendo ayuda médica.

- Estoy bien, gracias –respondió la chica mecánicamente y volviéndose hacia Remigio que le seguía de cerca, preguntó a boca de jarro: -¿Cómo me encontraron?
- Una larga historia, chiquilla. Más adelante, con tranquilidad, podré contártela. Sólo puedo decirte que parece ser cierto el refrán que usa tu abuelo, ese que dice “a los buenos siempre les va bien”.

El ex –hampón no quiso dar a conocer la forma en que había conseguido la dirección donde los alemanes la tenían retenida, ya que adivinaba la expresión de espanto que podría instalarse en la simpática faz de la arqueóloga. Por otra parte, ¿cómo decirle que Nicolás se restó a la búsqueda para optar por continuar estudiando legajos y documentos?

Mirentxu tardaría algunas semanas en enterarse que Remigio, al abandonar el departamento de su abuelo luego de discutir con el joven abogado, enfiló sus pasos hacia una de las tantas “caletas” habituales en sus recorridos nocturnos. Allí se enteró que el “Picoroco”, socio del asesinado Lindorfo, andaba zigzagueando por la ciudad en un intento por no toparse con los peligrosos clientes extranjeros de su antiguo compañero de andanzas y malabares. Se le había visto bebiendo en uno de los locales de la Estación Central, gastando dinero junto a nuevos amigos y asegurando que “se echaría el broiler al sur del país” . Luego de mucho buscar y recorrer, Remigio lo encontró en un bar del barrio Franklin. Sin darle tiempo a reaccionar, lo sacó del establecimiento a punta de golpes y puntapiés sin que ningún cliente osara interponerse. En la calle, luego de propinarle otra golpiza, el asesor de seguridad colocó el filo de su navaja sobre el entrepiernas del reductor de neumáticos, cortándole las primeras telas del pantalón a la altura de las gónadas. A gritos destemplados, aterrorizado por la posible pérdida de las únicas presas de su cuerpo por las que sentía cierto cariño, el “Picoroco” soltó la lengua y delató el sitio al que había llevado neumáticos a un grupo de alemanes que andaban armados con revólveres y una metralleta de fabricación checoslovaca. Remigio trasladó al aterido delincuente a una comisaría de carabineros que dirigía un oficial al que conocía desde su época de mal vividor. El resto fue fácil. La policía movilizó un contingente de fuerzas especiales hacia el pueblito de Pirque, incluyendo el helicóptero que abrió camino desde las alturas, llevando al ex –hampón entre sus filas ya que conocía –o creía haber identificado- al jefe de la banda germana. Rodearon la pequeña parcela e ingresaron subrepticamente al terreno de frutales que antecedió a la vivienda, mientras el helicóptero efectuaba vuelo silencioso sobre el sector. Los alemanes fueron sorprendidos y resultó fácil abatirlos, aunque siete de ellos lograron escapar por vericuetos que conocían a la perfección, aprovechando la oscuridad reinante y el pandemonio del enfrentamiento. Uno de los fugados, era el jefe del grupo.

Sentada en un vehículo policial, Mirentxu contemplaba con ojos ausentes la escena del allanamiento al inmueble que había sido su cárcel durante cinco días. A su lado, Remigio y el oficial a cargo fumaban unos merecidos cigarrillos. La chica pareció volver a la realidad sólo al escuchar la conversación sostenida por un sargento con el jefe del grupo de rescate.

- Terreno limpio y dominado, mi capitán. No hay moradores.
- ¿Encontraron algo de interés?
- Solamente un par de armas cortas, señor, y muchos libros.

La arqueóloga dio un respingo que asustó a Remigio. Se desprendió de la manta y acercó sus labios a la oreja del hombre. Este indicó con su vista la figura del capitán.

- ¿Puedo revisar esos libros? –preguntó la chica.
- Debo entregarlos al tribunal, señorita –respondió el policía.
- Lo sé. Sólo pido su autorización para revisarlos antes que los embalen y se los lleven.

Liberada del miedo y la angustia de los días anteriores, Mirentxu hurgó junto a los carabineros los anaqueles de una especie de biblioteca en el interior de la casa buscando algo muy específico que no halló en ese sitio. Encontraron un escritorio cuyos cajones estaban cerrados con llave y a una indicación de la muchacha fueron descerrajados. Allí había cinco libros empastados y un legajo de papeles amarillentos cosidos con hilos delgados.

- No hay nada de interés aquí. Pueden llevarse esto también –la chica señaló los libros escondiendo con su cuerpo el cuaderno de tapas blancas.

Los policías echaron los textos en una caja y salieron de la habitación junto a Remigio que llevaba el legajo tras su pantalón cubierto por la chaqueta de cuero.

“Lo tengo” –pensó Mirentxu alborozada, sin detenerse en considerar que cometía el primer robo de su vida- “El texto escrito por la Roschäuffen me entregará las pistas que necesito”.

C A P I T U L O V I I

Volvían a encontrarse luego de meses angustiosos y violentos.

Por insinuación del propio Mariano Casella decidieron trasladarse a la parcela frutícola que el padre de Mirentxu tenía en Paine, convirtiéndola en un centro de operaciones. Allí esperaban terminar la ardorosa historia deducida de la herencia Roschäuffen para transformarla en un documento jurídico que debían entregar a la Corte Suprema. El tiempo corría en contra, ya que los tribunales alemanes decidirían el caso sin considerar las dificultades habidas en Chile, ateniéndose exclusivamente a los plazos y formas dictadas por su legislación.

Optaron por trabajar separadamente sus propias hipótesis, las que discutían como equipo los días viernes. Cada noche, luego de la cena, intercambiaban opiniones y realizaban consultas pertinentes a sus investigaciones; era frecuente que también se encomendaran trabajos puntuales que enriquecían la labor de todos.

Por orden de la Corte Suprema, siempre se encontraba una patrullera de Carabineros estacionada frente a la casa para resguardar la seguridad y el trabajo del grupo. Solamente Remigio estaba autorizado por Casella para ir y venir libremente desde la parcela. El asesor de seguridad viajaba continuamente a Santiago para reunirse con sus antiguos conocidos, a quienes solicitaba informaciones y encargaba asuntos que la propia policía estaba impedida de realizar.

Como era de esperarse, Mirentxu encandiló a los carabineros con su simpatía natural y consiguió que ellos sirvieran de mensajeros en los constantes envíos de materiales a organizaciones sitas en la capital. En una librería de Paine fotocopió el legajo escrito por Grettel y envió el original a la universidad para que su jefe, el profesor Jorge Peredo, consiguiera que alguno de los traductores que laboraban en el departamento de Arqueología tuviese a bien transcribirlo al castellano.

Una tarde, a la hora de la cena, recibió el documento traducido al español. A solas en su habitación, leyó el legajo con evidente sorpresa y entusiasmo. Se trataba, ni más ni menos, que de las reuniones sostenidas por Grettel von Roschäuffen con el mismísimo *führer* Adolf Hitler en el castillo de Rastenburg, en Polonia oriental, durante los años más encendidos de la Segunda Guerra Mundial, específicamente entre 1942 y 1945.

En tales sesiones, calificadas por la autora como “encuentros sociales”, muchos temas trascendentes para el devenir de Europa y el mundo fueron analizados hasta el detalle. Con grata sorpresa, Mirentxu descubrió la significativa capacidad de manejo de voluntades que tenía la millonaria solterona, a esa sazón, mujer de cincuenta y ocho años de edad. A juzgar por los escritos, Hitler le manifestaba un encomiable aprecio y respeto, toda vez que las opiniones de la aristócrata resultaban decisivas en materias económicas. Al amanecer, la arqueóloga separó varias hojas, pertenecientes a dos reuniones que consideró claves para el desarrollo de la investigación.

Durante el desayuno insistió en que necesitaba trabajar con el equipo, a pesar de ser día miércoles, pues tenía dos materiales interesantes que requería compartir con los demás. Instalados en la pequeña oficina que utilizaba Casella, la muchacha apuró el trámite y sin presentación alguna de los materiales que llevaba en sus manos, dio lectura al primero de ellos. Los rostros del profesor, de Nicolás y Remigio, ahorran comentarios.

* * *

RASTENBURG

MAYO 22 DE 1944

Otra vez me encontré con el insoportable doble hache (**quizás se refería a Heinrich Himmler, brazo derecho del führer en materias geopolíticas*) en la puerta de acceso al salón principal. Había sido informada por el propio asistente de ese troglodita, el coronel Krümm, que mi propuesta de expansión económica del Reich fuera de sus actuales fronteras (nuevas y viejas) no contaba con el beneplácito del susodicho, lo cual significaría una arremetida en mi contra después de la cena. Preparé mi artillería para ese momento y decidí disfrutar de la compañía de Eva (**¿Eva Braun?*), aprovechando el magnífico lazo de amistad logrado con ella los últimos meses. Si convencía a la muchachita, convencería a Adolf. De algo ha de servirnos a las mujeres aceptar a un hombre entre nuestras sábanas. Eva se manifestó encantada con el plan pues consideraba que no había mejor forma para desestibar el poderío británico en occidente. Le pedí que lo comentara inmediatamente con el führer, ya que después de la cena analizaríamos la estrategia que yo presenté a los generales en la reunión del mes anterior.

- ¿Temes que Adolf la rechace? –preguntó tímidamente.
- Creo que el doble hache está abiertamente en contra –respondí.

Eva se sonrojó bajando la vista y dejó escapar una risita infantil. Así actuaba cuando algo era de su agrado. Tomó mis manos y estampó un delicado beso en mi mejilla.

- Descuida, Grettel, hablaré con Adolf y todo marchará bien –dijo, y se retiró al dormitorio que las SS le habían asignado en el castillo.

Terminada la cena –en la que participamos cuarenta y dos personas- el coronel Krümm solicitó a los invitados especiales abandonar el castillo, luego de agradecer su presencia, porque el *führer* sostendría una reunión de trabajo con sus colaboradores. Sólo nueve comensales quedamos en los salones interiores, esperando la orden pertinente para ingresar a la amplia oficina en que Hitler solía trabajar hasta altas horas de la madrugada.

Me correspondió ocupar el asiento frente al doble hache, a la izquierda de Adolf, signo evidente que esa noche se trataría en extenso el plan Roschäuffen. El jefe de la Nueva Alemania abrió el debate con una pregunta que jamás olvidaré.

- ¿Quién de ustedes siente verdadero amor por los pingüinos, las ovejas y las ballenas?

Como de costumbre el silencio fue total ya que nadie intuía el camino que deseaba dibujar el *führer*. Creo que sonreí halagada. Conozco muy bien a mi líder y sabía que aquella pregunta escondía una opinión positiva. Mi querido Adolf continuó hablando.

- Debemos mirar más allá de nuestras fronteras, sobrepasar el Atlántico con nuestras esperanzas, marcar presencia en territorios libres de la guerra pero que están contaminados por el economicismo judío que gobierna Washington y Londres. El conflicto bélico actual habrá de terminar pronto con una victoria total de los hijos de Federico el Grande, y entonces tendremos que abocarnos a reconstruir un mundo equivocado. La baronesa Grettel von Roschäuffen nos privilegia una vez más con su presencia e ilumina los caminos del *reich* con su férrea voluntad, la cual descansa en la aquiescencia de los servidores del nacional socialismo cuando se trata de expandir nuestro dominio y ejercer influencia en el desarrollo de la humanidad bajo la férula del partido. Pregunté por vuestro amor hacia pingüinos y ballenas, hacia ovejas y vientos constantes, ya que mi querida amiga y consejera os expondrá el plan que tuvo a bien diseñar para posicionarnos en tierras lejanas.

Me acerqué al enorme mapa que engalanaba la muralla tras la testera y señalé con un puntero el cono sur de América. Di detallada cuenta de mis posesiones en aquella ignota zona, enfatizando las enormes posibilidades de explotación de recursos naturales que ella ofrecía. Era imprescindible actuar rápido, ya que en pocos años podría producirse una importante migración europea hacia la Patagonia, como corolario de los efectos de la guerra y de las hambrunas a que muchos pueblos estaban siendo sometidos por la tozuda e irresponsable actitud de judíos como Churchill y comunistas nefastos como Stalin. A partir de mis tierras y heredades, el *reich* deberá construir una especie de enclave económico, racial y militar, que abarque todo el triángulo continental ubicado al sur del Estrecho de Magallanes, yendo de un océano al otro y mirando hacia el continente antártico que podríamos conquistar sin mayores dificultades. La población de esas regiones –dije con absoluta certeza- está constituida básicamente por mestizajes provenientes del siglo XIX, con

predominio hispánico (y Francisco Franco resulta ser uno de nuestros principales aliados, lo que facilitará la ocupación). Al norte de esas tierras, la zona se encuentra prácticamente virgen y deshabitada. Más allá, en una región llamada Osorno y Valdivia, existe el predominio económico y laboral de los descendientes de colonos alemanes llevados hasta Chile por un visionario político, Vicente Pérez Rosales, a mediados del siglo recién pasado. Una vez afianzados en el cono sur americano, extenderíamos nuestra influencia hacia el norte, adueñándonos del quehacer industrial merced a nuestra innegable capacidad inventiva y laboral. Mientras, desde el Paraguay –donde ya tenemos importante presencia gracias a la adelantada precaución de herr Martin Bormann y de nuestro amigo, el doctor Mengele, quienes han estado construyendo enclaves nacional socialistas en haciendas y estancias que bordean la frontera con el Brasil- otra insigne fuerza laboral e industrial descenderá hasta encontrarse con aquella que sube desde la Patagonia para refundar la América Latina, convirtiéndola en un Nuevo Continente que aislará a los Estados Unidos, obligando a los gobiernos de Washington a recibir en su país millones de judíos que, en corto tiempo, se apoderarán de la economía norteamericana haciendo virar la actual opinión que el pueblo yanqui tiene respecto de los perros semitas. En ese momento, seremos los verdaderos adalides de la pureza racial y puntales en la lucha final que permitirá al mundo librarse para siempre de la caterva de ladrones y explotadores sionistas.

- Sus heredades se encuentran en tierras de Chile –opinó el doble hache- Ese país tiene ejército, supongo, y hace poco firmó un acuerdo de amistad y cooperación con Estados Unidos. ¿Pretende usted que dividamos nuestras tropas para efectuar una ocupación militar en zonas alejadas e inhóspitas, sin esperar una reacción de las tropas regulares chilenas ayudadas por efectivos norteamericanos?

El *führer* juntó las manos y colocó su mentón sobre ellas, esperando mi respuesta. Estoy segura que dejé a todos con la sorpresa bailoteando en sus espíritus, pues mi explicación fue contundente y argumentada. El Estado chileno jamás ha mostrado preocupación oficial por poblar y desarrollar la zona austral. Aquellos lugares son chilenos, simple y llanamente, porque los pobladores y estancieros se consideran como tales. En cuatro ocasiones, desde el año 1849 a la fecha, el gobierno de Santiago propugnó e impulsó una colonización de la zona austral. En cuatro oportunidades esa política fue un descalabro, ya que no hubo interés de los nacionales por instalarse allí. Ni siquiera surtieron efecto las agónicas palabras del héroe máximo chileno, hijo de

un irlandés, llamando a sus compatriotas a ocupar la Patagonia. Esa enorme extensión del austro americano pertenece oficialmente a Chile, pero el país andino carece de capacidad y entereza para asentar soberanía en las pampas heladas. Además, no posee tampoco fuerza bélica suficiente para vivir una aventura sin destino en esas soledades, amén que conozco la desidia gubernamental por coadyuvar al desarrollo real y efectivo de las tierras al sur de la ciudad de Punta Arenas. Por el contrario, me asiste la seguridad que seríamos recibidos entre aplausos y loas si optáramos por colonizar la tierra austral chilena, ya que nuestros compatriotas han efectuado un magnífico trabajo en Valdivia y Osorno, ganándose el respeto y admiración de los distintos gobiernos locales que han administrado malamente el futuro de la nación sureña.

- ¿Y usted, baronesa, cree que Estados Unidos mantendrá silencio? –preguntó súbitamente interesado, Joseph Göebbels.
- Los americanos se encuentran muy complicados con el frente japonés y deberán esforzarse para ayudar a Churchill. No llegaremos a la Patagonia con ejércitos ni marinería. Lo haremos como colonos ganaderos, ovejeros; como familias alemanas que huyen de la guerra. Mostraremos, en un principio, intenciones de establecernos para desarrollar el país con esfuerzo, creatividad y trabajo. ¿Quién podría dudar de alemanes corrientes buscando mejores horizontes para sus hijos? Obviamente, junto con tales aprestos comerciales llevaremos también cuadros directivos y militares que se encargarán de planificar los próximos acontecimientos históricos. Cuando los yanquis vuelvan sus ojos hacia el cono sur de América será muy tarde....pues ya estaremos instalados, fuertes y crecidos, apoyados por los propios chilenos. Además, para ese entonces, la guerra habrá terminado en nuestro favor. ¿O usted lo duda, herr Göebbels?
- Ni por un segundo, querida baronesa –me respondió el lisiado- El interés por el futuro de Alemania y la responsabilidad política, me obligan a decantar cualquier situación enojosa en beneficio del exitoso cumplimiento de su audaz plan. Para nuestros detractores internos –que son cada vez menos- podría parecer un aventurado programa de crecimiento personal. Eso es lo que me preocupa en este momento.
- Mein führer, herr Göebbels, camaradas del partido –usé mi emoción verdadera- En este instante, aquí y ahora, frente a la Historia y a los principales representantes de la Nueva Alemania, ofrezco donar legalmente mis propiedades

de Chile al nacional socialismo. Sólo pido mantener en mi poder una estancia ovejera situada al sur del Estrecho de Magallanes que fue la primera pertenencia adquirida en América por mi padre, Hans von Roschäuffen, el año 1884, donde con sus propias manos levantó la casa que me heredó como anticipo de la fortuna que supe construir posteriormente. ¿Tranquiliza esto vuestras aprensiones, herr Göebbels?

El doble hache bajó la vista, derrotado. Joseph Göebbels cruzó los brazos y asintió levemente con la cabeza. El resto de los asistentes murmuraron susurros aprobatorios. Sólo Adolf continuaba silencioso, con su mentón apoyado en los dorsos de las manos. Dejó pasar algunos segundos y se puso cansinamente de pie, invitándome a tomar asiento.

- Un plan interesante, no hay duda. Lo apruebo en principio, pero volveremos a discutirlo en algunos meses, toda vez que su concreción está ligada estrechamente al curso de las acciones bélicas en el frente ruso y el norte africano. Le rogaría, fraulein Grettel, me hiciera llegar un acabado estudio de lo que hoy expuso. Necesitaré cifras, datos, fechas, informaciones geográficas, climáticas, culturales y puntos de acceso. Puede usted dejar ese documento en el reichstag, en la oficina del segundo asistente del general Erwin Rommel. Bien señores, analicemos ahora la petición del almirante Döenitz, quien desea trasladar más naves a Rusia por el Mar Negro.

Esa noche no dormí. Junto a Eva y Elke (la madre del coronel Krümm), mis mejores amigas en Rastenburg, afiné algunos detalles de la propuesta y decidí visitar nuevamente Chile apenas la guerra lo permitiera. Eva ofreció acompañarme, ya que deseaba conocer el Estrecho. Elke, en cambio, mostró cierta preocupación por los plazos, señalando que era imprescindible entregar a la brevedad el documento solicitado por el führer, para evitar una nueva negativa del doble hache.

Fue, en definitiva, una magnífica noche.

Mirentxu levantó la vista del legajo para observar los rostros de sus acompañantes. Sólo Remigio parecía no tener preguntas, quizás debido a su total ignorancia y desconocimiento de los nombres que figuraban en el documento. Su abuelo esbozó una sonrisa triunfal, a la vez que golpeaba el hombro de Nicolás con alegría evidente.

- ¿Qué te parece el trabajito de mi “enana”? –preguntó ufano.

- Excelente....excelente. Espero que verdaderamente haya sido escrito por Grettel von Roschäuffen –contesto el abogado.
- De eso no hay duda –dijo la muchacha- Mis colegas de Arqueología realizaron la investigación pertinente, y determinaron que tanto el papel como la tinta corresponden a elementos utilizados en la Alemania de la Segunda Guerra. La letra también fue analizada y se comparó con la escritura que contiene la carta enviada por la baronesa a la cancillería alemana hace quince años. Es la misma letra, los mismos trazos. El documento es auténtico.

Poco a poco, la historia de la herencia comenzaba a cobrar vida mostrando facetas extraordinarias que hablaban de la creación de un país mediante el aporte migratorio de razas y costumbres pertenecientes a cien pueblos. Para Mirentxu, la saga de Hans Blumenstein resumía la historia de la humanidad occidental de los siglos postreros. Nicolás había tomado notas en su cuaderno de apuntes y contrastábalas con algunas fichas que resumían los documentos conseguidos en Mendoza. Casella, por su parte, pipa en mano, parecía luchar con una duda.

- Hablaste de dos materiales. ¿Tienes aquí el otro documento?
- Sí. ¿Puedo leerlo? Aunque corto y conciso, es tanto o más decidor que el anterior – contestó Mirentxu.
- Somos todo oídos –apuntó Nicolás.

* * *

CANCILLERIA

BERLIN

JULIO 25 DE 1944

Respiro, por fin, tranquila. Hoy vi al *führer* y goza de excelente salud. El bestial atentado sufrido en Rastenburg el pasado 20 de julio, no logró dañarle. Alemania está viva.

Nuestro magnífico y preclaro líder me convocó a una reunión urgente en la Cancillería. Deseaba hablar conmigo a solas y me solicitó absoluta confidencialidad, pues desconfía de muchos y cree en pocos....con justa razón. Me entero de boca del *führer* que el general Rommel no falleció producto de una hemorragia cerebral, sino que fue obligado a suicidarse para evitarle un consejo de guerra. “No sólo fracasó en la defensa de Normandía el pasado seis de junio –comentó con amargura- sino

también fue uno de los complotadores que intentaron asesinarme en Rastenburg el día veinte de este mes”.

Le expresé mi sincera admiración por lo que había estado realizando para nuestro país, y se encendió mi ira cuando me referí a la sarta de mojigatos y traidores que por años se nutrieron y ampararon a la sombra de la magnífica obra, engordando para dar el golpe que les llevara a hacerse del poder a objeto de insertar a Alemania en la banda de judíos internacionales que ya dominaban los países enemigos. Adolf se paró frente a un gobelino hindú y machacó la mesa con su puño, alterado y enfurecido. “No entienden, baronesa, no entienden. Alemania está destinada por el Creador para dirigir el mundo los próximos milenios. No se trata ya de ganar esta guerra. Está en juego el devenir de la humanidad. Por eso la he llamado. Ayer rescaté de la oficina del traidor Rommel el documento que usted me hiciera llegar hace más de un mes. Lo leí anoche y en verdad analicé cuidadosamente su contenido”.

- ¿Cuál es su opinión, *mein führer*?
- He dado el visto bueno a su plan, baronesa. Quince dirigentes de las Juventudes Hitlerianas, hombres y mujeres de probada lealtad confirmada por la *Gestapo*, están preparando una lista de familias que viven en el norte del país para trasladarse con ellas a la Patagonia, bajo su mando, querida amiga. Son, en total, ciento cuatro patriotas que clavarán nuestras banderas en el fin del mundo. En diez días estará listo el programa de trabajo y el itinerario. Viajarán a Francia y luego a España, donde embarcarán rumbo al Estrecho de Magallanes en una de nuestras naves que portará bandera sueca. Es imperioso que su gente allá en el austro sea informada oportunamente de lo que ocurrirá, pues alguien tiene que estar esperándolos al momento del arribo.

Comprometí mi personal atención a ese asunto, por lo que aseguré a Hitler administrar de inmediato el carguío de una nave de mi propiedad, la que llevaría implementos, maquinarias, insumos, medicinas, artículos domésticos, alimentos enlatados, vestuario variado y, por cierto, las armas necesarias para asentarse con éxito en los predios cercanos a mi estancia. Todo ello lo sacaría de mis empresas industriales y comerciales de Dinamarca, Marruecos y Grecia.

- Para su tranquilidad, *mein führer*, yo misma dirigiré la operación en Chile, por lo que solicito su venia para adelantarme a los “colonos” y viajar a Sudamérica de inmediato. Requiero su autorización para contar con el pasaporte necesario y

atravesar Francia y España antes que nuestras familias patriotas lleguen a Barcelona.

- ¿Tiene que arriesgarse tanto? –inquirió Hitler con admiración.
- Mi mayor anhelo, además de servir al partido y a Alemania, ha sido tener un hijo, *mein führer*. Sin embargo, la naturaleza lo ha impedido. Carezco de herederos. Sólo mi patria podrá recibir la herencia de mi fortuna. Alemania es mi única y verdadera hija, señor. Por ello debo encabezar esta misión.

El líder austríaco pareció emocionarse con mi confesión, ya que inclinó la cabeza, se atusó el bigote y carraspeó suavemente antes de contestarme:

- Muy bien. Al momento de retirarse de la Cancillería, converse con Alexander Friederich, mis ojos y oídos dentro de la *Gestapo*. Es un joven y sagaz miembro del partido, que está al tanto del plan y forma también parte del mismo, pues viajará con los colonos hasta Chile.

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo, sabedores que no volveríamos a vernos hasta dentro de un semestre, por lo menos. Al caminar hacia la puerta del enorme despacho del hombre más importante en la historia alemana, una estrofa bendita salió de su boca para insuflarme voluntad y decisión.

- Deutschland...über alles in der welt, mein liebe Grettel..... (* “Alemania, por sobre todo en el mundo, mi querida Grettel”).

Conquistaremos el mundo, estoy cierta de ello, y lo haremos a partir de las tierras que poseo en mi antiguo, y casi olvidado, país de origen. Si yo soy una baronesa alemana y una fiel partidaria del nacional socialismo, la tierra que me vio nacer también debe ser parte de la nación de Göethe y Hitler.

Mariano Casella dejó la pipa sobre el escritorio, se mesó los cabellos y exhaló una débil frase lanzada al vacío. “Dios santo, parece que todo comienza a encajar”.

- Pero, aún falta información relevante para armar la historia –apuró Nicolás- Nada sabemos de cómo Hans construyó su fortuna en el sur, si tuvo hijos, o dónde y en qué momento Grettel se encontró con él.

Tenían en sus manos el grueso de la trama, conocían los primeros y los últimos pasos del tránsito secular de la historia, pero no habían obtenido las informaciones que conformaban la médula jurídica del caso y ello les colocaba frente a una posible realidad de fracaso.

Únicamente Mirentxu podía mostrar algo de conformidad ya que su condición de investigadora habíase satisfecho medianamente con lo conseguido en esos meses, mas

tenía claro que el alimento verdadero del ego profesional era el triunfo total. Nadie la invitó a participar en la búsqueda de informaciones, salvo su propia auto estima herida por la soberbia del joven abogado. Era consciente que su audaz, y en parte irresponsable, actitud de caminar sin apoyo por sendas peligrosas, había puesto en riesgo no sólo la investigación misma sino también la salud física de quienes estaban sentados junto a ella. Alzó el legajo dejando que algunas hojas cayeran sobre la mesa. Suspiró prolongadamente e invitó a sus acompañantes a realizar un primer intento por reconstruir el asunto con los antecedentes que obraban en su poder.

Contrariamente a lo que esperaba, su abuelo y Nicolás estuvieron de acuerdo en comenzar inmediatamente el armado total del rompecabezas aprovechando los avances logrados por el viejo académico en Punta Arenas, donde la Policía de Investigaciones, luego de arduas pesquisas, le allanó los caminos para acceder, por fin, a material judicial del siglo diecinueve encontrando algunos registros que servían para moldear el andamiaje de la historia que les ocupaba.

- Como dijo el general Baquedano en el desierto nortino, “con lo que hay nos vamos” – afirmó Mariano Casella, resumiendo el pensamiento de sus ayudantes.
- Ahora sí que nos enclaustraremos abandonando el mundo –murmuró Nicolás mientras recogía sus apuntes.

La arqueóloga se dirigió a Remigio para solicitarle ayuda en la redacción del listado de mercaderías y otras vituallas que iban a necesitar, pues a partir de ese momento vivirían enclaustrados en la parcela hasta que hubiesen finiquitado la labor encomendada por la Corte Suprema. También le pidió que viajara a Santiago para adquirir los elementos anteriores. El gordo sonrió complacido, ya que hacía rato su alma luchaba por escapar de la parcela para dirigirse a los viejos pagos de su antigua vida. Se lo hizo saber a Mirentxu, prometiéndole enviar las mercaderías con los carabineros y le rogó que le despidiera del profesor y de Nicolás, entregándoles sus saludos y agradecimientos. Volvería a lo suyo, ya que un “interesante proyecto comercial” junto a los socios de siempre le estaba esperando en el camino al norte.

Hizo abandono de la vivienda escapando a la gran ciudad, aspirando bocanadas de lo que consideraba el verdadero aire de la libertad. Daba su labor por terminada, pues aquellos que le habían contratado para cuidarles las espaldas mientras efectuaban trabajo de terreno, se enfrascaban ahora en el insoportable y soporífero ajetreo de la redacción final del informe. Estaba demás. Sobraba. El pago por sus servicios no fue todo lo voluminoso que

hubiese deseado, pero estaba satisfecho. Por el espejo retrovisor de su coche observó el portón de ingreso a la parcela y con una sonrisa graficó su estado de ánimo.

Frente a él, la vida ofrecía sus manjares y venenos. Otra vez regresaba libre y sin ataduras a la aventura de la noche y al ambivalente “bueno-malo” de una existencia de saltimbanqui contumaz.

Una solitaria picazón dañaba su epidermis de “macho choro”. Aquella cara que viajaba dentro de un Volvo y que había observado por breves segundos desde el techo de un estacionamiento de automóviles, le molestaba tanto como una deuda de juego. Difícilmente volvería a ver aquel rostro, pues su dueño, con toda seguridad, aún estaría huyendo para perderse en el anonimato luego de la paliza recibida en Pirque.

“Joder, la mala memoria” –se quejó– “¿Dónde cresta he visto esa cara? ¿Dónde?” .

Con esa pregunta revoloteando incesantemente por su cabeza, transitó las avenidas santiaguinas y se detuvo en un supermercado de Maipú para realizar las compras solicitadas por Mirentxu. Arrastrando el carro metálico repleto de mercaderías, recorrió los pasillos mirando estanterías y productos. Al girar hacia el sector de las cajas se topó con la exposición de libros que habitualmente ese establecimiento ofrecía al público. Sus ojos se clavaron en el título de una novela y los gatillazos del pasado afloraron momentos añejos a su mente.

¡¡Ahora recordaba!! ¡¡Ya sabía dónde y cómo había conocido ese maldito rostro!!

C A P I T U L O V I I I

Lo titularon “Libro Dos”. Solamente para homenajear el trabajo anterior de Mirentxu, aunque la presentación a la Corte Suprema debería intitularse de manera distinta, más acorde con los procedimientos y tradiciones jurídicas.

Tres semanas demoraron en unir los hilos para conformar la madeja, y gastaron otros quince días en la redacción. La muchacha insistió en dar al texto un tono novelado, pues quería presentarlo a la editorial que dirigía un amigo suyo a objeto de publicar la verdadera historia de la fortuna familiar de los Roschäuffen, una vez que la justicia chilena hubiese dirimido el asunto.

Nicolás y el profesor trabajaron codo a codo redactando el informe final, mientras la arqueóloga daba los últimos pincelazos a su nueva obra. Compararon los textos para eliminar posibles gazapos y cabos sueltos, hasta que una mañana de jueves, a la hora del almuerzo, diéronse por satisfechos y se abrazaron alborozados.

La historia de la herencia estaba concluida.

Mirentxu revisó el trabajo jurídico efectuado por los hombres, dando su visto bueno al grueso expediente que se encontraba listo para ser llevado a una imprenta con el propósito de transformarlo en dos libros anillados, limpios y claros.

- Es coincidente con mi novela –aplaudió la chica.
- Me encantaría leerla. Tienes un estilo parecido al de Frederick Forsyte –apuntó divertido Nicolás.
- ¿Parecido? Nunca he leído nada de ese autor –dijo ella- Te aseguro que esta vez el estilo es absolutamente periodístico..
- Mi “enana” escribe como lo haría un antropólogo redactando una novela de amor en el Paleolítico –expresó Casella, instalando su boina sobre la cabeza.
- Bueno...es mejor que nos leas tu “best seller” para salir de dudas –Nicolás tomó asiento en el único sofá existente en la oficina y dejó a sus amigos frente a las sillas metálicas

L I B R O D O S

ANTOFAGASTA

ABRIL DE 1891

Mirando el continuo movimiento de barcos y hombres desde la ventana de su despacho, Alejandro del Fraile estrujó con rabia apenas contenida la carta que esa mañana le entregara el secretario de la Compañía Anglo-Chilena de Navegación. En ella le informaban dos noticias preocupantes que exigirían su personal participación.

La primera de ellas decía relación con los acontecimientos políticos que comenzaban a salir de su cauce, pues algunos congresales manifestaban abiertamente sus deseos de derribar el gobierno del presidente liberal José Manuel Balmaceda, lo que de algún

modo repercutiría negativamente en las últimas transacciones comerciales que su empresa estaba llevando adelante con negociadores ingleses. Se podía oler aroma de revolución en el centro del país. Algunas turbas desquiciadas habían asaltado noches atrás la vetusta sede del partido conservador en Santiago, principal oponente de la gestión presidencial, y las reuniones de los conspiradores se sucedían como el día sigue a la noche. En la carta que aún estrujaba su diestra, se le informaba que ciertos sectores de la marinería estaban coludidos con políticos conservadores y posiblemente buscarían un puerto nortino donde atracar sus navíos de guerra, a la espera del desarrollo de los acontecimientos y de las órdenes emitidas por los complotadores.

“Cuando la desobediencia al poder legalmente constituido llega a los cuarteles, la guerra civil es un hecho” -reflexionó el antiguo coronel de los “Cazadores del Desierto”.

Si la revolución estallaba, sus negocios se irían al trasto pues ninguna nave extranjera osaría siquiera acercarse al litoral, amedrentada por muy factibles ataques de barcos de guerra pertenecientes a cualquiera de los bandos en pugna. Pese a estar instalado en el puerto de Antofagasta, distante a mil kilómetros del teatro de operaciones, intuía que el conflicto llegaría igualmente hasta sus oficinas poniendo en jaque todo lo logrado en aquellos duros años de esfuerzos y sacrificios.

“En una guerra civil sobreviven solamente quienes han tomado parte en el bando ganador”, pensó con amargura. Era un empresario, un comerciante exitoso y visionario que cambió sus antiguas labores agrícolas por las transacciones salitreras, pero que jamás había participado en cuestiones políticas que consideraba ininteligibles y propias solamente de quienes carecían de industrias y negocios, por lo que nada arriesgaban, salvo sus propios pellejos.

El gobierno de Balmaceda le había sido más que fructífero y no tenía quejas contra la administración del presidente, pero muchos de sus amigos y competidores antofagastinos trinaban por conseguir la inamovilidad de la situación social en beneficio de sus intereses, cuestión que Balmaceda no aseguraba y, por el contrario, amenazaba seriamente. Si restaba su participación, estaba cierto de ello, una vez

terminado el conflicto sufriría las consecuencias de su neutralidad pudiendo experimentar el aislamiento y rechazo por parte de los empresarios que mayoritariamente manifestaban su disconformidad con el gobierno liberal.

En cambio, si eran precisamente las fuerzas gobiernistas quienes obtenían el triunfo, nuevos rostros y nombres se dejarían caer en las bellas playas del norte, sacándole a él de en medio y expulsando del país a sus actuales amigos conservadores.

Estaba en el centro de una lucha que no deseaba ni compartía. Las circunstancias le impelían a tomar partido, más allá de sus interesadas apreciaciones.

Tenía que ocuparse del bienestar de Purísima y José Antonio. Le resultaba insoportable pensar que ambos podrían verse envueltos en la marea de la lucha fratricida, justo ahora que la muchacha enderezaba su existencia gracias al compromiso matrimonial contraído con el joven ingeniero español Matías Briceño, gerente de la oficina salitrera perteneciente a su familia y heredero único de tres bodegas instaladas en Iquique y una casa comercial levantada en Cádiz.

José Antonio por su parte, se había convertido en un chicuelo perspicaz y ágil que conquistaba el corazón de medio mundo con sus diabluras tiernas. Nadie conocía el verdadero trasfondo de su nacimiento, identificándolo como hijo póstumo de Mercedes y hermano de la bella Purísima.

El muchacho era para todos los efectos, su hijo. Una vez que Purísima contrajera el vínculo matrimonial -así lo había asegurado Matías- seguiría a su joven esposo a España, donde la pareja establecería su radicación definitiva. Eso le alegraba en parte, pues alejaría a su regalona del conflicto ad portas, pero la separaría de José Antonio inexorablemente. Sabía que Purísima resentía tal hecho y escondía su dolor y vergüenza a solas en el dormitorio, mas no tenía otro camino y era sano seguirlo.

Apuraría el casamiento para sacar a la joven del país antes que estallara la guerra civil. Matías entendería y prestaría su consentimiento a tal decisión. Además, ¿qué podría temer el joven ingeniero, si tanto él mismo como su familia contaban con miembros ubicados en posiciones expectantes en cada uno de los bandos políticos que deseaban desangrar el país a tiros y asaltos?

¡Perfecto! Purísima se casaría antes de dos semanas y marcharía de inmediato a España. José Antonio ingresaría al internado que los curas salesianos administraban en Lima y así lo alejaría del peligro inminente. Terminados los sucesos revolucionarios, lo traería de regreso a Antofagasta.

El plan era perfecto, pues le dejaba las manos y el tiempo libre para encarar la otra noticia que se le informaba en la carta y que provocó su reacción airada.

Un oficial del mercante "Lautaro", hijo de su antiguo socio en las bodegas de frutos del país que una vez tuviera en Curicó, había topado de narices con Hans en el puerto de Punta Arenas, dos meses atrás. El otrora capataz de "La Moraleda" estaba embarcando pieles de oveja en un mercante alemán surto en la bahía austral. Se trataba de un cargamento cuantioso con destino a Liverpool, cuyas ganancias, a juzgar por la opinión del oficial, debían ser cuantiosas. Extrañado, el hijo de su ex -socio agrícola indagó entre otros oficiales y personal del puerto, agenciándose la información extraordinaria que señalaba a Hans como un enriquecido y exitoso estanciero. La noticia de la construcción de un verdadero palacete tipo castillo en las soledades de las pampas heladas, era el comidillo obligado de las damas puntarenenses que miraban con ojos lánguidos y ávidos el camino a esa fortuna mediante la conquista del corazón solitario del alemán.

La carta terminaba diciendo que Hans, aún soltero y apetecido por las jovencitas (y otras no tanto) de Punta Arenas, vivía en la mansión sureña junta a su única hija, una chiquilina de siete años de edad, dueña de un carácter firme y hermosos ojos azules que contrastaban con el pelo rubio rizado. Se llamaba Grettel y lucía con orgullo el apellido de su padre. Para el último cumpleaños de la mocosa, el padre trasladó en carretas y caballos a sus conocidos y clientes hasta la nueva mansión, donde ofreció una fiesta que se prolongó por tres días. Nadie que se preciara de ser amigo personal de Hans faltó a la cita, amén que todos querían conocer la magnífica vivienda que levantaba su construcción contra los vientos arrachados y perennes de la estepa austral. Los puntarenenses la bautizaron como "la casa Roschäuffen".

“La hija de Mercedes con ese bastardo alemán” -explotó para sí Alejandro. “Se la llevó a la Patagonia y ahora intenta adquirir prestigio social luego de haberme robado la mitad de mi vida”.

Encendió un fósforo y acercó la llama a la punta de la misiva que depositó sobre un ancho cenicero de cobre para que consumiera el secreto de sus pensamientos, como si el fuego, que eliminaba epidemias y males físicos, fuera también capaz de incinerar los tormentos del alma.

Dos meses después, cuando la guerra civil era un hecho cierto en el país, Alejandro del Fraile, libre de sus deberes con Purísima -que había marchado a España junto a su esposo- y con José Antonio, ya internado en el colegio salesiano limeño, embarcó rumbo a Punta Arenas en un barco de cabotaje. Le acompañaban tres sicarios contratados recientemente para llevar adelante una tarea impostergable. Asesinar a Hans.

Los temporales del mes de julio y las acciones bélicas de la revolución desatada en el centro y norte del país, obligaron a la nave a buscar refugio en el puerto de Talcahuano, retrasando su arribo a la ciudad más austral del mundo....

* * *

Montada sobre el alazán de poderoso pecho, Grettel gustaba siempre de otear el horizonte blanco de la propiedad de su padre. La muchacha solía vestir traje gaucho que coronaba con una boina escarlata apretando los rizos recogidos de su cabellera rubia; era una amazona magnífica que resultó ser aventajada alumna de los ovejeros que trabajaban en la estancia, los que contaban al patrón las gracias y habilidades de la pequeña cada noche cuando mateaban alrededor del fogón que elevaba sus llamas al interior de uno de los altos galpones donde guardaban la ovejería para protegerla del gélido frío nocturno.

La noche del ocho de agosto fue particularmente tempestuosa. El viento superaba los cien kilómetros por hora, arrastrando coirones y gujarros de hielo que golpeaban las

construcciones aledañas a la mansión como si una mano gigantesca las arrojara a propósito.

- Vamos a tener “noche blanca”, don -pronosticó el viejo Rubén, dando una chupada espectacular a la bombilla que conducía el cálido líquido del mate ardoroso y amargo hasta sus entrañas.

Recostados sobre las monturas tiradas en el piso, o sentados en los fardos de pasto, los hombres miraron al patrón rezando porque no tuviera la malhadada idea de salir a buscar el piño de bichos que tramontó la colina del “Guarachi”, quedando aislado del resto y abandonado por jinetes y perros ante el temporal que se avecinaba.

- Hum...noche blanca....mala cosa -dijo Hans acercando sus manos al fuego- Vamos a perder un piño completo si no salimos de inmediato a encontrarlo.
- ¿Con esta nohecita, don? -protestó Alvarado, el más joven de los arrieros...y también el menos paciente.
- ¿Si las ovejas fueran tuyas, saldrías o te quedarías? -insistió el patrón.

Lentamente, los hombres recogieron las monturas y ensillaron los caballos, silbando largamente en un llamado explícito a los perros que llegaron en gran número hasta las proximidades de la fogata. Hans también echó mano a una montura, pero el viejo Rubén le tomó del brazo para hacerle desistir.

- No, jefe...no es necesario que usted se entuma. Después de todo, se trata sólo de cincuenta ovejas. ¿Pa qué agarrar una pulmonía por medio centenar de bichos si acá tiene más de diez mil? Mejor váyase a la casa...mirevé que allá debe estar la niña Grettel medio asustadona con esta ventolera. Déjenos la pega a nosotros, que pa'eso nos paga.

Montó en pelo sobre el potro de mirada inquieta y cabalgó bajo la tormenta que empezaba a descolgar los primeros fogonazos eléctricos, iluminando momentáneamente las inacabables extensiones de praderas barridas por el ventarrón. La primera nieve de la semana caía a estertores desde el manto negruzco de la noche, y la atmósfera se impregnaba de corpúsculos gélidos que parecían cortar la piel de manos y mejillas. Un relámpago aclaró la mansión que se presentaba a doscientos metros de sus ojos. De nuevo la oscuridad y el viento. En el interior de la vivienda las

lámparas de petróleo y candelabros de cirios coloridos indicaban que la servidumbre aún esperaba su regreso. Un empleado de edad indefinida salió a recibirle frente a la hermosa puerta principal; tomó las bridas y trasladó al potro hasta la caballeriza. Luego de subir los cinco peldaños de la escalera, Hans se detuvo en el amplio corredor exterior y se quitó las botas embarradas de lama y agua. Con ellas en la mano ingresó a la casa, dejándolas junto a un alto macetero de greda negra que contenía una planta de interior traída desde la argentina ciudad de Río Turbio. El ambiente de la vivienda era cálido y luminoso. Dos chimeneas, una en el salón principal y la otra en el amplio comedor, mostraban troncos de árboles nativos ardiendo pacientemente.

- ¿Está durmiendo la niña? -preguntó a la sirvienta que le ayudó a despojarse de la manta que chorreaba agua por todos sus costados.
- Sí, patrón. Está en su dormitorio. ¿Usted va a tomar un plato de sopa caliente?
- No, Agustina, recién comí algo de carne con los peones y me despaché cuatro mates. Puedes irte a la cama si lo deseas. Encárgate que Feliciano cierre bien puertas y ventanas, mira que el temporal de esta noche va a ser bravo.
- El señor Henssen le estuvo esperando junto a otro caballero toda la tarde -apuró la criada- Se marchó después de tomar once. Dijo que mañana se embarcaban pa' Chiloé y de ahí se las endilgaban pa' Concepción. Le dejó esta carta y me pidió que le dijera a usted que se trata de algo muy importante.

Hans tomó el sobre lacrado y subió con paso rápido la ancha escala de mármol rumbo a la planta alta de la mansión. Un amplio pasillo con piso de caoba se extendía hasta la pared final, en la que refulgían los colores del vitral gigantesco, de vidrio triple, con la figura de una doncella acariciando un unicornio. A lo largo del pasillo se ubicaban las siete habitaciones, una de las cuales era la sala de baño de exclusivo uso patronal. En la primera puerta de la derecha, estaba el dormitorio de Grettel. La niña se hallaba sentada en la cama, con las rodillas recogidas y cubiertas por sus brazos. A pesar del grueso cortinaje que cubría las dos ventanas, la luminosidad eléctrica de relámpagos y rayos se filtraba a raudales. Hans encendió un candelabro y se aproximó a su hija, que le miró con ojos de espanto en los que fulguraba el brillo de las lágrimas.

- Otra vez tormenta, papito -musitó la pequeña, en perfecto alemán.

- Es sólo luz y ruido, mi niña. Te he dicho que la naturaleza constituye un todo armonioso y perfecto, donde nada está librado al azar. Estos relámpagos y truenos son necesarios para que las nubes descarguen el agua que se requiere en la pradera. Sin agua no hay pasto, sin pasto no hay ovejas....sin ovejas no hay Casa Roschäuffen ni trabajadores. Y tú no quieres que Alvarado, Rubén, Arnoldo y el “morochó” Javier tengan que irse a Punta Arenas a buscar trabajo, ¿verdad?

Ella movió su cabeza señalando que deseaba seguir contando con esos peones a su lado. La estancia tenía más de cincuenta trabajadores, y los nombres mencionados por Hans representaban los preferidos de Grettel, especialmente el “morochó” Javier, un joven de diecisiete años, hijo del viejo Rubén, a quien la chiquilla profesábale un cariño especial por ser su habitual acompañante en las cabalgatas diarias hacia el infinito pampino.

- ¿Te vas a quedar aquí hasta que me duerma? -preguntó con ansiedad.
- Hasta que te duermas, sí -respondió el padre, besándole la mejilla y cubriéndola con las tapas de la cama. Acomodó el tibio plumón rosado sentándose luego en un borde del lecho.

La muchacha se durmió prontamente y, cosa extraña, la tormenta declinó su furia para dar paso a la nevada. Hans depositó un nuevo beso en la mejilla de su hija y sonrió complacido. Olía a rosas. Le acarició los bucles dorados e hizo un gesto con la boca para apagar los cirios, pero se arrepintió al momento porque deseaba seguir un rato más junto a la niña para observar los rasgos firmes y hermosos que le recordaban a Mercedes.

Fue inevitable remontarse al pasado para reconstruir los hechos que le llevaron a tomar posesión de la estancia y alzar la mansión que despertaba envidia y asombro en quienes la visitaban.

Llegó a Punta Arenas en el verano de 1885. ¿Cómo olvidarlo? Durante la travesía marítima a bordo del mercante portugués, llevó siempre asida a su mano la maleta con el dinero que obtuvo en Chillán al vender las trescientas cabezas de ganado que arreó desde Curicó con la ayuda de los cuatreros, a quienes entregó el diez por ciento de la venta. En una valija menor, que también cautelaba con celo, transportaba las joyas de

Mercedes -que no eran pocas- y el dinero que la hermosa dama aristocrática le confiara en “La Moraleda” luego de haber arrendado sus tierras de Isla Marchant. Todo ello, sumado a sus propios ahorros de cuatro años, constituía una pequeña fortuna que debía invertir sabiamente.

Punta Arenas era un pueblucho entumido en el que paraban balleneros y traficantes, pero llegaría a ser una ciudad hermosa y moderna debido a que constituía el único paso marítimo americano entre los océanos. Se asombró con la actividad febril que vivían sus calles de barro y veredas de madera protegidas por alerones. Allí todo era comercio. Escaseaba la ley pero presentaba una posibilidad magnífica de enriquecimiento a quien decidiera sacrificarse mediante el trabajo duro y el ahorro. Sintió un aguijonazo en el estómago al enterarse que muchos estancieros pagaban buen dinero a quienes les llevasen orejas y manos de indígenas, en una forma nunca válida moralmente -pero concreta y aceptada- para adueñarse de tierras extensas que no contaban con registro a nombre de nadie, sólo consideradas como territorios habitados por onas, los nativos de la región austral. Definitivamente, no había ley en ese puerto.

Alquiló un cuarto en una casa de familia y pagó seis meses por adelantado. Solicitó autorización a la dueña de casa para poner un candado en la habitación, acordando con la propietaria que solamente él haría el aseo en su dormitorio. Escribió una larga carta a Edelmira solicitándole informar a Mercedes que él ya estaba en Punta Arenas y que abordara en Valparaíso el primer barco hacia el Estrecho, pues requería tenerla a su lado junto a la pequeña que engendraron. La región era favorable para levantar una propiedad ganadera. Allí construirían el resto de sus vidas.

Grande fue su sorpresa cuando cinco meses después, Edelmira se presentó en la casa donde alquilaba un cuarto. Venía con una hermosa bebita de siete meses de edad, llamada Grettel Rocshäuffen. La prima de Mercedes permaneció en la ciudad portuaria el tiempo mínimo necesario que requirió para contarle la tragedia desarrollada en Curicó. Traía los papeles bautismales entregados por la iglesia de San Bernardo, en los que se constataba que la pequeña era hija de Hans Roschäuffen.

- Nunca supe tu apellido -se quejó Edelmira- Decidí darle el de mi difunto esposo y espero que ello no te moleste. Además, me vine apenas recibí tu carta, pues he vivido todos estos meses con el credo en la boca. No te imaginas lo que significa escuchar pasos frente a la casa y encontrarse con Alejandro que llega para pedirme cuentas, pistola en mano. La niña debe estar contigo, eres su padre y acá está segura. ¿Quién va a buscar a una chiquilla de apellido Roschäuffen?

Una sombra dorada surcó el pensamiento del hombre. La acción de Edelmira le regalaba la bienaventurada oportunidad para trastocar su destino y alcanzar los peldaños de la aceptación social que siempre quiso lograr. Los sacerdotes de San Bernardo, sin saberlo ni proponérselo, le otorgaban la solución a sus devaneos y temores. Él era judío, se apellidaba Blumenstein, procedía de la región alemana de Leipzig, y su raza había sido la generadora de todos sus imponderables. Ahora entendía que un mensaje divino fue el que le hizo desistir meses atrás de acercarse al único Banco existente en la ciudad para depositar su dinero. ¡No quería que se supiera su verdadero origen! ¡No deseaba apellidarse Blumenstein!

Bendita Edelmira, bendita Grettel.....¡¡a partir de ese mágico minuto él sería un Roschäuffen!! ¡¡Un alemán siempre era bienvenido en cualquier parte del mundo!!

Con los papeles eclesiales en la mano y junto a la prima de Mercedes, llevó a Grettel hasta la parroquia católica ubicada en el centro del puerto. Una mañana de agosto bautizaron a la mocosa, ratificando el nombre consignado por los curas de San Bernardo en los papeles de la inscripción de su nacimiento en la Iglesia de los Dominicos. En la nueva documentación se dejaba constancia que el padre de la pequeña era don Hans Roschäuffen y su madre, ya fallecida, doña Mercedes Sánchez. Como testigo aprobatorio de la veracidad fidedigna de esos datos, juró Edelmira De la O.

Aquella misma mañana, Hans depositó en el banco su pequeña fortuna abriendo una cuenta que el directivo de la institución financiera privilegió con el ofrecimiento de apoyo técnico para cualquier negocio que deseara abrir.

Edelmira regresó a Valparaíso y Hans quedó encandilado con su hija, su fortuna y su nueva identidad.

Adquirió a muy bajo precio una pequeña casita cerca del puerto mismo, modesta pero limpia y sólida. Contrató los servicios de una vieja mujer con rasgos indígenas, la que llegó junto a su hija Agustina, una muchacha alegre de veinte años de edad, analfabeta y hacendosa. En manos de ambas depositó el cuidado y alimentación de Grettel, iniciando un largo periplo de inspección en la ribera sur del Estrecho, buscando tierras aptas para llevar a cabo su proyecto ganadero. Cuando regresó a la ciudad tenía claro cuál era el extenso territorio que deseaba adquirir, así como el modelo de vivienda que necesitaría levantar para estructurar su nueva imagen de hombre poderoso, europeo y honesto.

Concurrió a la oficina gubernamental existente en las cercanías de la plaza y señaló sobre un mapa la propiedad que deseaba comprar al Estado. Con enorme alegría y sorpresa recibió el valor comercial con que Chile tasaba esos terrenos. Sin dudar, cerró el trato y los compró. Gastaría sólo el treinta por ciento de su dinero en la nueva propiedad.

“Estos nativos están locos -pensó con divertida ironía- Dos mil hectáreas de praderas ricas en pasturas y aguas regaladas por el Estado a quien quiera pagar ocho mil pesos”. Enterado de la compra de terrenos, el director del Banco le recomendó contratar a los hermanos Hinojosa para levantar las primeras construcciones. Trabajó junto a ellos y a otros cinco hombres todo el resto del año, viviendo a sobresaltos dentro del primer galpón terminado. Al llegar el mes de diciembre adquirió cuatrocientas ovejas y siete caballos. A mediados del año siguiente las ovejas se habían multiplicado merced a haberse producido un extraño invierno en el que las temperaturas no descendieron tan drásticamente como en los años anteriores. En la esquila del año 1887, Hans frotaba sus manos pleno de satisfacción. Mercaderes ingleses que mantenían su barco en el puerto, compraron toda la lana de sus seiscientas ovejas. Incluso adquirieron los cueros de los setenta animales que faenó para abastecer el pedido de carne hecho por el matadero local.

La previsión y olfato comercial característicos de la raza judía -que él negaba como alemán converso- le avisaron respecto de la nueva necesidad que sería exigible satisfacer el próximo invierno. Había conversado con los estancieros vecinos sobre la

dureza climática de la región y su premonición le hizo actuar a tiempo. Los meses venideros serían duros, fríos y lluviosos.

Sin pensarlo mucho más, compró elementos y herramientas para armar el aserradero en otro de los galpones. Acumuló tanta madera durante los meses de febrero y marzo que uno de sus peones preguntó si pensaba construir un castillo.

- Exactamente eso es lo que deseo hacer -le contestó en tono de sorna, aunque quedó pensativo ante una idea que no le pareció descabellada.

A fines de abril, cuando el clima ya era inclemente, había apilado en el galpón cincuenta toneladas de maderas de diversos tipos y tamaños, que se encargó personalmente de promocionar entre sus colegas ovejeros y en las dos barracas sitas en la ciudad. Al despuntar el mes de junio, el galpón estaba nuevamente vacío, mientras su cuenta bancaria subía como la espuma. Era enemigo de mantener un espacio inútil, por lo que viajó por tierra hasta Río Turbio para comprar fardos de pasto que trasladó a Punta Arenas en treinta carretas arrendadas en la ciudad fronteriza. Soportó la risilla irónica del directivo del Banco, quien consideraba inútil esa transacción pues la ciudad era aprovisionada de fardos desde Concepción, y a pesar que en Argentina el alimento para el ganado era más barato, su precio se encarecía por el transporte terrestre. En verdad, no veía negocio alguno en la última adquisición.

Al morir junio, una seguidilla de frentes de mal tiempo asolaron a ambos países, haciendo imposible el viaje de embarcaciones y dejando a Punta Arenas y Río Turbio sumidas en el aislamiento. Decenas de miles de ovejas fallecieron por frío e inanición al acabarse las pasturas recogidas en el verano, y otras decenas de miles enflaquecieron peligrosamente. Sólo Hans tenía forraje suficiente para su ganado y, más importante quizás que lo anterior, fue el único estanciero que no sufrió pérdidas. Cuando llegó la primavera con sus vientos arrachados y sus días que mezclaban sol incipiente con lluvias ocasionales, era el exclusivo proveedor de carnes y cueros de calidad en la región, así como el máspreciado abastecedor de lana en el período de esquila.

La Navidad del año 1888 sorprendió a Hans Roschäuffen convertido en millonario. Su cuenta bancaria registraba la increíble suma de tres millones de pesos, y su propiedad había alzado el valor comercial a ciento noventa mil pesos, pese a que aún no contaba con una vivienda patrimonial.

Fue entonces que decidió construir el castillo.

Trajo maderas de las Guaitecas y de Aysén; acondicionó una parte rocosa cercana a los galpones para fabricar ladrillos; edificó con madera y zinc una hilandería, contratando a las esposas de sus peones para trabajar en ella por bajos e irrisorios salarios; adquirió dos maquinarias manuales en Punta Arenas y comenzó la labor industrial que reportaría años más tarde el más significativo grueso de la fortuna heredada por Grettel.

Contrató los servicios de la única Casa de Exportación e Importación de origen alemán habida en la ciudad, y trajo desde Europa el primer mobiliario para su futura mansión. Todo lo demás, sin excepción, fue hecho en la misma estancia. Desde el castillo -cuyo modelo copió de un periódico de Nantes- hasta el cortinaje y el piso de parquet.

En noviembre de 1889 ofreció un inolvidable asado a toda su peonada incluyendo a las mujeres de la hilandería y sus hijos. Con ello logró que pintasen la enorme mansión y diseñaran los jardines y el pequeño parque que daba la bienvenida a los visitantes y moradores del inusual inmueble.

Semanas más tarde, se trasladó definitivamente a la mansión junto a Grettel y Agustina. La educación de su hija estaría a cargo de una institutriz contratada en Punta Arenas. Una mujer de ascendencia alemana que había sido maestra docente de los hijos privilegiados de muchas familias germanas.

Dinero no le faltaba, pues ese año sus negocios crecieron geométricamente y la fortuna aumentó en forma espontánea. Aserradero, ladrillos, hilandería, lana, carne y cueros....todo redituaba ganancias. En el Banco era recibido con tratamiento especial y las autoridades locales le solicitaban con cordialidad que tuviese a bien participar en los eventos oficiales. La directiva del Club Alemán de Punta Arenas, por decisión unánime de sus socios, le extendió la gentil invitación a formar parte de esa especie de cofradía integrada sólo por germanos auténticos...y ricos exclusivamente.

Fue este último evento el que le decidió jugar una carta de albur que el destino quiso privilegiar con un rotundo éxito. Aceptó la invitación de los alemanes, enviándoles un documento que demoró dos días en redactar, firmando al pie del mismo como Hans von Roschäuffen y en una post data recordaba a los miembros de la directiva del club teutón que le parecía altamente conveniente que su hija, Grettel von Roschäuffen D'Loo, pudiese integrar el Club de Damas de la Colonia Alemana. La respuesta que recibió de los dirigentes fue un balde de lujuria étnica para alimentar su soberbia. Le agradecían su epístola y lo consideraban miembro honorable del club. Grettel fue también recibida por las señoras germanas en términos similares. El cónsul alemán en Punta Arenas, un comerciante en vinos y legumbres, pagó la inserción de la buena nueva en el diario local. La fama y la clase aristocrática habían llegado.

Pero la sábana de la prosperidad, así como la ventura de la paz, nunca son eternas.

En el año 1890 soplaron vientos de conflictos. Más rápido que lento, el gobierno del presidente José Manuel Balmaceda comenzó a ser resistido por los poderosos círculos de propietarios agrícolas y mineros del centro de la nación. Con mayor frecuencia que la deseada, cada barco proveniente del norte traía adherida a sus tripulaciones la gestación de un conflicto político que sería resuelto sólo a través de las armas. Siempre precavido, Hans estimó que era el momento de realizar inversiones fuera del país para atajar cualquier ulterioridad económica que pudiese afectar su patrimonio. A través de sus contactos con el Club Alemán y con el cónsul, pudo conseguir cartas de presentación para viajar a Alemania y estudiar allá la factibilidad de iniciar algún tipo de comercio que asegurase tranquilas perspectivas económicas si en Chile las cosas marchasen peligrosamente mal.

Como siempre, una idea traía aparejada cien más. ¿Tendría Grettel algunos parientes Roschäuffen en Europa? El difunto esposo de Edelmira había sido un inmigrante, lo cual garantizaba que debía tener parientes en la tierra de Göethe. El panorama podía ser halagüeño y fructífero para el futuro de su hija. Mal que mal, nada se perdía averiguándolo y mucha era la ganancia posible. Iría a Alemania con Grettel, allá probaría qué tan bien había aprendido la chiquilla el idioma elegante que su institutriz se esmeró en enseñarle y que él mismo tuvo a bien hablar dentro de la casa.

Embarcaron en el mes de abril hacia Buenos Aires y en el puerto rioplatense de La Boca transbordaron a una elegante nave de pasajeros de bandera inglesa. Fueron semanas de emocionado amor filial, compartidas con familias argentinas de ascendencia germana que regocijaron el espíritu de Hans al dispensarle a la hermosa rubiecita cariños y pleitesías dignas de una baronesa.

Llegaron a Hamburgo en período de primavera y tomaron el primer tren hacia Berlín. Hans se registró en el Hotel más cercano a la Puerta de Brandeburgo y concurrió inmediatamente a la Oficina de Migraciones que se encontraba en el segundo piso de un edificio monumental que le hizo recordar las construcciones del Imperio Romano. La ordenada disciplina alemana funcionó a las mil maravillas, ya que en esa oficina, luego de tramitar indagaciones por tres o cuatro días, el funcionario a cargo le informó que un tal Werner Roschäuffen, de 32 años, había registrado su salida del país en el año 1843, indicando en su declaración que se dirigía al puerto chileno de Valdivia donde se hallaban dos amigos de su infancia que se establecieron en aquella lejana nación cinco años antes.

- ¿Habrà información sobre la familia Roschäuffen en Alemania?
- Oh, claro que sí. Espere un momento, por favor.

Los parientes del difunto esposo de Edelmira eran comerciantes en telas y encajes, estaban instalados en Bremmen y poseían un Hotel en la misma ciudad.

El encuentro con la hasta entonces desconocida familia fue alegre y emotivo. Los Roschäuffen de Bremmen estaban reducidos a Frederick y Otto, hermanos de Werner. Frederick, casado con Marlene era propietario del Hotel, mientras Otto poseía dos locales comerciales en pleno centro de la ciudad. Salvo Hans, todos lloraron lágrimas felices por el descubrimiento de una prolongación familiar en América, lo cual asentaba sus razones en la indefectible desaparición del apellido y las raíces de un tronco que provenía de la época en que los romanos conquistaron Germania. La presencia de Grettel echaba por tierra esos malos augurios gracias al hasta entonces desconocido hijo de aquel hermano que nunca pudo regresar desde Sudamérica.

Tres meses permanecieron en casa de Frederick y Marlene, disfrutando de la querendona cortesía de los Roschäuffen y sus amigos. Se enteraron del antiguo brillo

de ese apellido, ostentosamente distinguido por los cortesanos feudales durante la Edad Media, época en la que los antecesores de la actual familia recibieron en algún momento un título nobiliario menor por servicios distinguidos prestados a los Caballeros de la Cruz de Malta.

- ¿No tienen una prueba de esa maravilla histórica? -preguntó Hans.
- Nuestro escudo de armas -contestó Otto- Son cosas que ya nadie utiliza. Además, en la Biblioteca Central hay registro de ello, pero, ¿a quién puede interesarle? No se obtiene fortuna ni buen pasar con simples títulos honoríficos. Lo que hoy vale es el dinero.

Pese a las opiniones de los familiares de Grettel, Hans solicitó en la Biblioteca Central de Bremmen un documento que certificase la notabilidad del apellido, cosa de fácil consecución puesto que la mayoría de los habitantes de la ciudad contaban con algo parecido. Ni corto ni perezoso, el padre de Grettel ordenó a un herrero forjar el marco adecuado para el título que poseía firmas y timbres oficiales de las autoridades de la Biblioteca. Henchido de orgullo, le regaló la obra a su hija.

Al transcurrir el tercer mes de estadía, decidió conversar con la familia sobre asuntos de negocios, verdadero motivo del viaje. Luego de mucho discutir, analizar y revisar, optó por lo más sano y conveniente. Era mejor invertir en negocios seguros que estuviesen funcionando, y no seguir en la indagación de posibles aventuras financieras o agrícolas, por ello ofreció a Frederick y Otto establecer una sociedad comercial en las actividades que ellos realizaban. Al mencionar la suma que tenía dispuesta para tales eventos, los hermanos Roschäuffen se interesaron de inmediato. Acordaron tramitar los papeleos burocráticos y decidieron abrir un nuevo Hotel en Múnich y una bella tienda para la venta de telas en el mismo Berlín. Hans proveería la lana traída directamente de la Patagonia, en abierta competencia con los importadores de procedencia inglesa que dominaban el mercado alemán.

Trabajaron arduamente en la concreción de la sociedad y Hans se manifestó satisfecho sólo cuando tuvo ante sus ojos la fachada terminada y pintada del Hotel Hanoover, presto a ser inaugurado. En el costado del establecimiento, en la calle lateral, aprovecharon el espacio inútil instalando un local para expender cerveza, té,

pasteles y licores, agregándole la elegante decoración que caracterizaba a todo el conjunto.

Viajaron luego a Berlín para cortar cintas en la nueva tienda de telas que enfrentaba los jardines céntricos de la principal avenida. Una pizarra anunciaba con letras góticas: “Lanas Patagónicas, únicas que resisten realmente el frío y la nieve del fin del mundo”. Durante el mes de noviembre, Hans supervisó personalmente el funcionamiento de los nuevos negocios y decidió regresar a Chile sólo cuando comprobó que la sociedad marcharía sin contratiempos. La nostalgia comenzó a hacer presa en Marlene pues prácticamente había adoptado a Grettel como la hija que nunca pudo parir, y la chiquilla recompensaba ese amor con un cariño a toda prueba. En más de una ocasión, Hans le escuchó llamar “mamá” a la esposa de Friederick y aceptó que su ánimo decaía cuando observaba los preparativos ansiosos que hacía la pequeña al salir de compras o de visita social junto a Marlene. Dudaba en regresarla a Chile, a los vientos y soledades de Punta Arenas, si allí en Bremmen podía alcanzar la felicidad y el modernismo con sólo alzar su mano.

Pero el hogar verdadero se encontraba en los coirones y las ovejas magallánicas. Qué diablos. Había que hacer de tripas corazón y regresar al sur último del planeta. Preparó el regreso con prolija paciencia, sabedor que en Chile su presencia era requerida pues se acercaba una fecha importante, la esquila y venta de lana, más ahora que debía embarcar parte de esa mercadería hacia Berlín, vía Hamburgo.

Una noticia publicada en el periódico le hizo respingar de temor. La información, recogida por navegantes de un mercante alemán que había arribado a Hamburgo semanas atrás, indicaba que en el lejano Chile la marinería de ese país había declarado abiertamente contraria a los planteamientos políticos y económicos del presidente Balmaceda. Según el periódico, la guerra civil era inminente ya que muchos ciudadanos alemanes habían cerrado sus tiendas y granjas para trasladarse a Buenos Aires y esperar allí el final de la revolución y sus consecuencias.

Comentó la noticia con Otto y Friederick, mientras Marlene escuchaba tras la puerta del comedor con los ojos humedecidos por lágrimas de desconsuelo. No pudo resistir la tentación de participar en la tertulia e ingresó a mata caballo en la sala para

explotar en llanto, gritando que era una locura llevar a la pequeña Grettel a un país de salvajes donde pronto estarían matándose y comiéndose unos a otros. Hans tomó la única decisión posible. Llamó a su hija y luego de contarle los acontecimientos que se vivían en Chile, inquirió su opinión franca respecto de irse con él o quedarse con sus tíos en Bremmen un par de años.

- Quiero quedarme con “mamá” Marlene -lloriqueó la muchacha- No me gusta Punta Arenas. Pero igual me iré contigo...con una condición, papá.
- Tú dirás -contestó él.
- El próximo año me vengo a Alemania. Quiero vivir aquí, con los tíos. Podría ir a verte cada verano chileno, pero estudiaría en Bremmen y.....
- Está bien. Así se hará. No quiero obligarte a una existencia que va contra tus legítimos deseos. Soy consciente que la Patagonia no es precisamente un lugar apto para jovencitas hermosas y hábiles como tú.

Marlene enjugó sus lágrimas y abrazó a la chica con ternura. Sí, ella podría esperar unos cuantos meses para tenerla de regreso en su regazo para siempre. “¡Por Dios!, dijo expresivamente, es una Roschäuffen y debe vivir como tal”.

Diez días más tarde, se embarcaban en Hamburgo rumbo a La Habana, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Moría la primera semana de enero de 1891 cuando padre e hija entraron, cansados y silentes, a la casa castillo. Desde ese instante, Grettel se negó para siempre a hablar la lengua española frente a los sirvientes y peones, excepción hecha de Agustina y el “morochó” Javier.

Hans sacudió con fuerza su cabeza para espantar los recuerdos que se agolpaban en las sienes. Un nuevo relámpago iluminó a medias la habitación de Grettel y el trueno consecuente no logró despertarla. Apagó los cirios con suave soplo y dejó la alcoba de la muchacha. Tenía que descansar ya que el día que se avecinaba era rico en premoniciones laborales a causa de la tormenta. Una corriente eléctrica de alegría sacudió su espina dorsal. Siempre que caía una nevada copiosa, los ñandúes abandonaban sus guaridas para ir en busca de hierbajos y raíces para alimentar sus crías, lo que facilitaba una cacería sobre el manto nívico y despejado. Bajó la escalera

de mármol y dedicó concienzuda atención a su escopeta. "Mañana será una jornada entretenida - reflexionó- Le diré al "morochó" y al Gabo que me acompañen. Los dos son excelentes jinetes y tiradores".

Concluida su labor de limpieza del arma, bostezó largamente y estiró sus brazos. Sintió un ruido dentro del pantalón. ¡La carta de Henssen! ¡Casi la había olvidado! Rasgó el sobre y extrajo el documento que leyó bajo la lámpara de petróleo del escritorio. El contenido era alarmante.

" Se ha producido un grave enfrentamiento entre soldados leales al presidente y marinos movilizados desde Coquimbo. Hubo bajas considerables en ambos bandos. La guerra civil se extenderá y no dudo que nos alcance, a pesar de la distancia. Ya en Punta Arenas se han estado produciendo hechos graves. Ayer hubo una feroz disputa a cuchilladas en un bar del puerto, el que dejó como saldo dos tipos muertos y once heridos. La directiva del Club Alemán ha considerado oportuno precaver a sus asociados y recomendarles tomar todas las precauciones posibles. TODAS. Ello incluye armar a sus empleados si ha menester. Tú podrías contar con un verdadero ejército si adiestras a tu gente en el uso de escopetas, rifles y revólveres. Me parece que tus gauchos deben ser fieros con el facón y el caballo. No pierdas tiempo, amigo mío, y apura el trabajo. No es fácil que la guerra llegue hasta nosotros, pero tampoco es un imposible."

Regresó al estante donde guardaba las armas y seleccionó cinco rifles Winchester, cuatro escopetas españolas y seis revólveres americanos. Pasó el resto de la noche aceitando y puliendo el armamento. "Definitivamente, mañana será un día excepcional", expresó el pensamiento a media voz, mientras amontonaba las cajas de balas de calibres distintos.

* * *

La mañana del nueve de agosto se presentó con un cielo poblado de nubes gordas que anunciaban lluvia torrencial y un ambiente gélido, cruzado por vientos de intensidad

moderada que formaban pequeños remolinos sobre las crestas de las olas en la cubierta líquida del Estrecho.

El remolcador de la Armada, un viejo y firme pontón de maderas y fierros, llevaba en su cubierta salpicada por el agua, a dieciocho personas junto a treinta caballos y una carreta de pesado armazón conteniendo mercaderías varias y bolsas con ropas.

En un costado de la embarcación, oteando la ribera sur que se acercaba con lentitud, Alejandro del Fraile fumaba nerviosamente su segundo cigarro del día. Metros a su izquierda, tres hombres de aspecto hosco y trazas de mineros nortinos conversaban en voz baja. Eran los sicarios que había contratado en las alturas desérticas de Antofagasta para ejecutar una misión imperiosa. Sus nombres le fueron recomendados por uno de los antiguos oficiales del “Cazadores del Desierto” que le acompañara durante la larga y sangrienta campaña de la Guerra del Pacífico, diez años antes. Eran tipos rudos, sin moral ni señas de arrepentimiento posible, duchos en el manejo del corvo y el revólver, dinamiteros expertos y amigos de las riñas en bares y prostíbulos. La mitad del salario convenido fue pagada en el puerto nortino y el resto sería entregado una vez concluida exitosamente la operación. Ejecutado el ajusticiamiento del ex -capataz, los asesinos a sueldo abandonarían la Patagonia por territorio argentino y se perderían en algún punto de la zona central, pues el acuerdo era que nunca más se dejarían ver por las alturas desérticas de la pampa.

Alejandro viajaba con el ceño adusto, preocupado no sólo por la tarea sangrienta que debía enfrentar, sino también por los acontecimientos que se estaban desarrollando en el país, ya que al momento de dejar Antofagasta sus socios ingleses le informaron que suspenderían las transacciones comerciales mientras durara el período de inestabilidad política. Durante la travesía tomó la decisión de incorporarse al bando conservador apenas regresase a su ciudad. Iba a jugarse el todo por el todo, apostando al bando en el que se encontraban sus mejores amigos y socios comerciales. Nada tenía contra Balmaceda y su gobierno, pero los negocios estaban primero que la política y detrás del cobro de deudas personales. Hans era una de ellas.

El remolcador atracó pesadamente al costado del muelle en la ribera sur del Estrecho. Los pasajeros descendieron cubiertos por la llovizna que presagiaba un diluvio,

ocupándose de sus asuntos e intentando apurar el paso para llegar a sus puntos de destino antes que el temporal les cortase el ánimo.

Alejandro y los mercenarios montaron sus cabalgaduras dirigiéndose hacia la pampa fría e interminable que se extendía frente a sus ojos. No requirieron indagar nuevos datos entre la gente que trabajaba en el desembarco del remolcador, pues sabían qué buscar. Se trataba de cabalgar un par de horas hasta dar de narices con una mansión parecida a un castillo medieval que alzaba su andamiaje en medio de las soledades. Estaban en conocimiento también que luego de treinta minutos de viaje, se hallarían dentro de la anchurosa propiedad de Hans.

Al mediodía, con un temporal magnífico empapando la zona y deshaciendo la nieve de la noche anterior, vieron en lontananza un grupo de jinetes arreando un piño de medio centenar de ovejas. Se les veía cansados, ateridos de frío, llevando sus cabezas gachas, hartos quizás de haber pasado una noche infernal en descampado. “Peones del bastardo”, masculló Del Fraile.

- Sigámoslos a distancia -sentenció- Ellos tendrá que llevarnos hasta la casa del maldito.

Vieron a los jinetes conducir las ovejas a uno de los siete enormes galpones semi escondidos en medio de colinas de suaves lomajes, pero no divisaron la famosa casa medieval. Otro centauro apareció desde el lado oriental, frenando su cabalgadura con indómito apuro. Conversó brevemente con los arrieros, quienes le siguieron a galope firme perdiéndose tras las lomas junto a los perros que les habían acompañado en la búsqueda del travesío de animales durante la noche.

Alejandro ordenó a los suyos apurar sus caballos para ir en persecución de los peones, guardando cuidado en mantener silencio para no ser descubiertos.

En pocos minutos la geografía cambió y una llanura de hermoso contexto abrió el asombro de los sicarios. Rodeada de un bello parque de árboles nativos, la Casa Roschäuffen desnudaba su belleza arquitectónica compitiendo con la salvaje feracidad del lugar.

- Que me parta un rayo -siseó uno de los asesinos- No tenía idea que podía construirse algo así.

- Es un verdadero castillo inexpugnable -fraseó otro de ellos.

Una ancha acequia circundaba la mansión, pudiendo ingresar a su parque únicamente a través de un hermoso puente de madera que contaba con un portón de altura considerable. Detrás de la vivienda, otro parque de extensión significativa impedía el libre acceso a cualquier merodeador. Dentro del perímetro del castillo estaban las caballerizas y el granero, junto a un galpón en el que se guardaba las herramientas e implementos de trabajo. Desde el bosque de ingreso a la casa, existía una distancia de quince metros con terreno limpio. Alejandro observó la presencia de perros vagabundeando por los alrededores, además de un número considerable de jinetes y trabajadores apostados frente a la puerta principal. Los contó, concluyendo que eran treinta y cuatro en total. Parado en el amplio corredor techado del inmueble, un hombre rubio, alto y fuerte, parecía conversar con ellos. Era Hans, quien distribuía armas a sus trabajadores.

- Atacar ahora es un suicidio -tartajeó uno de los sicarios- Hay un verdadero ejército allá abajo.
- A lo mejor alguien les avisó de nuestra llegada -apuntó otro.
- ¿A qué distancia estamos de nuestro blanco? -preguntó Alejandro.
- Cien metros, cuando menos. ¿Piensa dispararle al rubio desde aquí?
- No tenemos otra alternativa. Uno de nosotros debe dar en el blanco. Somos cuatro, por lo tanto cuatro son también los fusiles.

Se apeó del caballo para medir a ojo desnudo el trayecto que lo alejaba de su objetivo, echándose sobre el piso barroso para buscar un punto de apoyo en el cual afirmar el fusil. Los mercenarios le imitaron y pronto los cuatro hombres estuvieron listos para iniciar el tiroteo.

- Contamos con cuatro oportunidades, una para cada uno. Disparen una vez que yo lo haya hecho. Apunten al centro del pecho de ese hijo de puta.
- ¿Qué pasará con el resto de los trabajadores?
- Puff....huirán en estampida procurando refugio en la casa o en las caballerizas. Cuando se recompongan del susto nosotros estaremos a varios kilómetros de aquí.

Del Fraile enfocó la mirilla de su fusil con paciente dirección, fijándola en el centro del pecho de Hans que se mantenía quieto con un pie sobre la barandilla del corredor y el brazo derecho alrededor de una columna. Era el momento preciso.

Jaló del gatillo y un estruendo espantó a la avutardas que salieron de entre cañaverales y coirones batiendo sus alas. Tres nuevos disparos estremecieron la tarde.

El rubio alemán fue sacado de su inercia yendo a golpear violentamente contra la pared de la casa, para quedar luego inerte y sangrante convertido en un muñeco a medio armar, tumbado en el corredor. Los trabajadores respingaron ante los estampidos pero no huyeron, sino simplemente se enredaron en las dudas y en la sorpresa haciendo caracolear los caballos.

- ¡Carguen de nuevo! -gritó Alejandro- ¡Disparemos contra los jinetes y nos largamos de aquí!

Cuatro nuevos disparos dieron por tierra con un jinete, e hicieron que el resto de la peonada corriera en procura de un refugio entre gritos e interjecciones. Alejandro y sus mercenarios montaron los jamelgos y tiraron de las bridas para galopar hacia el norte.

El “morocho” Javier fue el único que no sintió pánico ante el ataque pues se mantuvo erguido en frente del corredor observando la redondez de la loma desde la que provinieron los tiros. Distinguió las figuras de los agresores e intuyó que escaparían hacia el muelle del Estrecho, ya que si permanecían en la estancia podrían ser cazados como patos en día de fiesta. Con agilidad y determinación, recogió el rifle que se encontraba apoyado en la baranda del corredor y se lanzó en desbocada carrera hasta uno de los caballos, al tiempo que gritaba órdenes a sus compañeros.

- ¡¡Son cuatro...son cuatro!! ¡¡Agarrémoslos en el “Paso del Piche”!!

Siete jinetes le siguieron en la galopada con armas en ristre y ánimos vengativos, mientras el resto de los hombres corría presuroso a atender al inanimado patrón. Desde una de las ventanas del segundo piso, Grettel había observado aterrada toda la escena. Agustina llegó hasta ella y la retiró del ventanal, llevándola abrazada hacia la

planta baja de la mansión en la que se había producido un concierto de gritos y carreras desordenadas.

"El Paso del Piche" era una ruta nunca usada habitualmente por los arrieros dado que contenía formaciones de rocas en las que resultaba fácil extraviar ovejas, pero en caso de emergencias constituía una vía estupenda para acortar camino hasta el lejano muelle marítimo.

"El morocho" guió a los jinetes por pasos estrechos cubiertos de nieve blanda, sorteando obstáculos naturales sin considerar el peligro que revestía para los nobles brutos que debían saltar y esquivar rocas y arbustos. Con extrema habilidad y rapidez llegaron en pocos minutos al mencionado paso, frenando las cabalgaduras en un rito de maña y sapiencia nunca acabado. Los ocho hombres se tumbaron tras piedras de mediano tamaño y apuntaron hacia el sur, esperando la aparición de los asesinos a quienes confundieron con "revolucionarios" políticos, adversarios del gobierno de Balmaceda, según el patrón Hans había estado conversándoles antes que se produjera el atentado.

Los cuatro forasteros surgieron en el horizonte de lluvia y viento como sombras vomitadas por las entrañas de la tierra; galopaban frenéticamente hacia el norte.

Javier apuntó con impaciencia y abrió el fuego. Los siete peones dispararon sus armas después que él. El primer sicario fue sacado de la silla como si un mazo golpeará su estómago. Se dobló sobre la montura y cayó pesadamente al suelo. Uno de los caballos fue aventado por dos tiros en medio del pecho y levantó los remos delanteros antes de derrumbarse, lanzando su carga humana a metros de distancia. Los dos asesinos que seguían en sus sillas hicieron uso de los revólveres, descerrajando varios tiros contra el grupo de arrieros que debieron hundir las cabezas en el barro para evitar se alcanzados por un trozo de plomo. Alejandro aprovechó ese instante para maximizar la experiencia obtenida en cuatro años de guerra como soldado de excepción. Frenó su galope y apuntó hacia las cabalgaduras detenidas tras las rocas, ordenando al sicario que le acompañaba hacer igual cosa. Siete balazos...siete impactos en cinco animales.....luego, se perdieron hacia el sur en carrera desenfrenada cubiertos por una lluvia que formaba cortinas blancas.

Los peones regresaron a pie a la casa patronal portando dos caballos cargando los cuerpos de unos sujetos desconocidos. Uno estaba muerto. El otro agonizaba lenta y dolorosamente.

Hans había sido impactado por un disparo de fusil en el lado derecho del abdomen. Los trabajadores le recostaron en el sofá al interior de la casa donde Agustina y el “viejo” Rubén trataban de prestarle auxilio médico. Sangraba profusamente pero mantenía el estado de conciencia necesario para preguntar por la identidad de sus agresores. “El morocho” bajó del caballo el cuerpo del muerto y lo arrojó a los pies del corredor. “Llévenselo al patrón”, dijo escuetamente.

La fiebre y el dolor no fueron obstáculos para que Hans observara el rostro del individuo que yacía en el piso con el pecho perforado y la sangre manchándole el pantalón, en un chorreo que se detenía a la altura de las rodillas.

- No lo conozco -se quejó- Quizás el otro.....

Dos peones arrastraron sin conmiseración al herido hasta el interior de la vivienda, empujándolo con violencia contra el suelo donde cayó doblado como guiñapo, quejándose agudamente a intervalos. Alguien le propinó un puntapié en la espalda y el sujeto exhaló un profundo grito de dolor.

- Tampoco lo he visto antes -dijo con esfuerzo el patrón- Sigue vivo todavía.....hay que hacerlo...hablar....

Hans perdió el conocimiento y su cabeza se inclinó en el brazo del sofá.

- Ya escucharon al míster. Ustedes encárguense de curarle la herida y yo le apretaré las bolas a este guapo de a chaucha -exclamó “el morocho”.

- Hay que sacar la bala y cerrar la herida -diagnosticó el viejo Rubén, mirando a Gabriel para ordenarle con premura: -anda a buscar al Arcadio...él sabe cómo tratar estas cosas.

- Chis...el Arcadio sana ovejas y caballos, pero el patrón es un humano -protestó el peón.

- ¡Que vayai te dicen, moledera! Una bala es una bala y un cuerpo animado es igual a otro no más. ¡Partiste, mierda! -explotó Rubén golpeando el piso con el chicote que colgaba de su muñeca.

Sentada en uno de los peldaños de la escalera de mármol, llorosa y enfurecida, Grettel no atinaba sino a observar los sucesos sin deseos de intervenir. Su padre agonizaba y ella no tenía idea quiénes ni por qué razón lo habían atacado cobardemente. En su desesperación, solamente una idea ocupaba su mente. Escribirle a la tía Edelmira y a su “mamá” Marlene, para informarles de lo acaecido e impulsarlas a extender una invitación para viajar a Santiago o a Bremen. Le daba lo mismo cuál fuera la ciudad o el país; sólo quería salir de la Patagonia. Subió a su habitación y redactó las epístolas, desentendiéndose de la situación que angustiaba al resto de los concurrentes.

Abajo, en el galpón de las herramientas, “el morocho” Javier se encerró con el herido y procedió a torturarlo con golpes de puños y pies, sin lograr sonsacar la información que exigía. El tipo presentaba tres fracturas en su cuerpo y uno de sus hombros había salido de la cavidad natural. Hastiado de propinar tanto castigo, el arriero ató al sujeto de pies y manos colgándolo de una viga con la soga que pasó bajo las axilas. Con el filoso cuchillo que usaba para capar corderos hizo un largo tajo sobre los muslos del herido. Repitió la operación, esta vez rasgando seriamente el estómago desnudo. Abrió el saco que contenía pelotones de sal gruesa y empapó las heridas con el nitrato. El hombre aulló de dolor desmayándose a los pocos segundos. Javier le lanzó una jarra de agua a la cara, reviviéndole a duras penas. “Si no me decís quiénes son tus patrones y por qué trataron de matar al mister, te voy a sacar los ojos y cortar las bolas”, chilló con voz de espanto. Pero el sujeto carecía de conciencia pues su mente deambulaba entre el desmayo y la agonía. Antes de entregar su alma, el sicario musitó unas palabras que el “morocho” logró escuchar con dificultad.

Colgando en medio del galpón, con sus muslos y estómago abiertos en profundas zanjaz, el mercenario nortino dejó escapar su vida.

Javier regresó a la mansión, donde se topó con un cuadro que no esperaba. Arcadio había llegado y trabajaba en el cuerpo del alemán con sapiencia y cariño. Logró extraer la bala luego de manipular la herida con unas pinzas enormes y vació alcohol sobre el agujero producido por el plomo. Para realizar esa labor había abierto la zona estragada con el corte de su cuchillo. Usó una de las agujas que ocupaba con los

animales en sus faenas diarias y suturó el trabajo. Embadurnó el pecho del patrón con una mezcla de barro, alcohol y hierbas molidas, cubriéndola luego con gasa y paños hervidos. Rasgó dos camisas de Hans con las que fabricó una atadura y envolvió todo el conjunto.

- Listo....se hizo lo que había que hacer -musitó, secándose la frente con el dorso de la mano- Súbanlo a su cama y déjenlo descansar. Si mañana la fiebre baja, se salvará. Si no....

Grettel durmió esa noche junto al lecho donde yacía su padre, acompañada por Agustina que de rato en rato secaba la copiosa transpiración que orlaba la frente del enfermo. "El morocho" subió a la habitación cuando los gallos comenzaban su canto madrugador. Traía una visitante que provocó recelo en la pequeña, pues en las mateadas de verano que efectuaban los arrieros había escuchado hablar de ella y sus menjunjes mágicos. Le llamaban "Wanka"; era una vieja india Ona que oficiaba de médico brujo entre los suyos, encargándose de la sanación esotérica de hombres y bestias en una zona donde la palabra medicina resultaba ser un concepto ignoto. Los peones le atribuían poderes extraños que nadie se atrevía a enfrentar. La anciana vestía un conjunto de pieles de foca y lobo marino, que hedía a mugre y sudor. Tenía su cabello largo, hirsuto y seboso, con gruesas crenchas tapándole el rostro moreno de pómulos pronunciados. Bajó la cabeza ante la vista de la rubia Grettel y usando su idioma natal solicitó a Agustina autorización para analizar el estado físico del paciente. "El morocho" sirvió de traductor. La mujer, sorprendentemente, hizo una última exigencia: ella podía sanar al alemán, pero necesitaba estar a solas con él....y con su hija "cabello de sol naciente". La chiquilla sintió un escalofrío recorriendo sus hombros, mas las miradas suplicantes del "morocho" y Agustina la convencieron. Estaría al lado de la bruja mientras esta efectuaba el rito de curación. Quedó finalmente a solas con la india en el mismo instante que los primeros rayos de un débil sol empalidecido por la bruma surgían desde el oriente. Antes de iniciar el proceso de sanación, la india hincó su rodilla ante la chica y habló un castellano masticado.

- Wanka no venía....Wanka no sana enemigos de Onas.....dioses del sur de nieve hablaron a Wanka ayer....pidieron ayudar a niña cabellos de sol naciente.....Wanka

obediente con padres espíritus...Wanka vivir ahora para servir a cabello de sol naciente....

- No entiendo.... -musitó Grettel, retrocediendo unos pasos.
- Olvida miedos....Wanka amiga tuya para toda la vida. Wanka, servidora de niña reina y poderosa, enseñará magias para dominar hombres y tierras....
- ¿Y Wanka podrá salvar a mi papá? -preguntó la muchacha con el temor a flor de piel.
- Salvará...salvará....no todo el cuerpo, sólo lo importante....

A media mañana un grupo de treinta hombres se había reunido frente al corredor de la mansión, expectantes por asistir a la evolución del estado de salud de quien constituía la única ruta concreta para contar con trabajo, vivienda y alimentos. Un mar de murmullos soterrados recorría el ambiente, sin que nadie se atreviese a entregar una opinión final respecto de la real situación que experimentaba la estancia. El comidillo cesó al aparecer Grettel en la puerta principal junto a Wanka y Agustina, antecediendo al "morochó" Javier que había permanecido solitario en la sala de estar. La sonrisa de la pequeña alivió el tensionado ambiente, originando la algarabía general cuando informó que su padre se encontraba consciente y sin fiebre. La mujer india posó su mano en la frente de la muchacha diciendo unas palabras en su lengua natal; inclinó la cabeza en señal de sumisión y se alejó hacia el parque perdiéndose entre los árboles sin que nadie interrumpiera su paso.

Desde esa oportunidad, todos los días, sin faltar uno, los onas se allegaron a la mansión en cada atardecer para tributar algún obsequio a la rubia heredera de la estancia, sacando sonrisas no sólo a los trabajadores sino al propio Hans, que se recuperaba lentamente de sus heridas sentado en una mecedora tras el ventanal del primer piso, desde el cual observaba la extensión de sus dominios.

Grettel retribuía las atenciones indígenas visitando junto a su inseparable amigo Javier, a las principales familias de la tribu, llevándoles ropas, alimentos y uno que otro "engaño" causando verdadera alegría en los niños y las mujeres. En pocos meses, la muchacha fue considerada una especie de "diosa" por los autóctonos. Años después, terminadas las acciones de la guerra civil que concluyó con el suicidio del

presidente Balmaceda y el acceso al poder de los grupos conservadores, la rubia muchacha fue nombrada por los indígenas “representante del pueblo ona en los territorios del norte”. Era el primero de muchos títulos que Grettel obtendría a lo largo de su existencia.

Pasaron así seis años.

La estancia continuó creciendo y aumentando sus extensiones merced a nuevas compras de terreno que dieron origen a tres empresas ovejeras fructíferas y modernas. En Alemania, los negocios en sociedad con Otto y Friederick mejoraban vertiginosamente. La propia Marlene propuso diversificar las inversiones y la “familia Roschäuffen” se aventuró, el año 1897, en la temeraria industria de maquinaria metalmecánica, logrando posicionarse en el mercado europeo con tornos y fresadoras de bajo costo. La fortuna siguió sonriéndoles, ya que en escasos meses el gobierno de Berlín firmó con los Roschäuffen un contrato espléndido para surtir de maquinarias a los establecimientos de educación industrial situados en el norte del país.

En el intertanto de este desarrollo, en la Patagonia, Javier “el morocho” fue adquiriendo más y más poder al interior de la estancia merced a la consideración y afecto que la joven le profesaba. Pendenciero y busca pleitos como era, el arriero debió ser asistido en más de una oportunidad por Hans, a solicitud de la chica, para evitarle procesos judiciales en Punta Arenas donde él aparecía cada seis meses para gastar de una sentada en prostíbulos y salas de juego lo que esforzada y honradamente había ganado en meses de duro trabajo. El lazo amical entre Grettel y Javier se estrechaba más y más cada día, lo que hacía fruncir el ceño del alemán pues adivinaba que muy pronto esa relación adquiriría una cara distinta.

Fue así que en el período de esquila en la primavera avanzada del año 1897, luego del asado fenomenal con que Hans festejaba la labor de los ciento cuarenta trabajadores de sus tres estancias, Javier y Grettel se perdieron en la noche austral cabalgando hacia las lejanas orillas costeras del oeste, dispuestos a acampar en las cercanías de una playa hermosa a la que muchos peones concurrían con sus familias durante los días de descanso para disfrutar de las bondades marítimas.

Se organizó una partida de jinetes ordenada por el mister a objeto de ir a buscarlos y conducirlos de regreso a la mansión principal. Los hombres ubicaron el campamento gracias a la fogata que Javier había encendido, pero nunca confesaron al patrón que su hija fue hallada desnuda en los brazos del “morocha”.

Zorro viejo como era, Hans intuyó que sus temores habían cobrado forma. No tomó medidas drásticas contra el arriero -Javier tenía solamente veintitrés años de edad- pero le prohibió acercarse a la casa y, además, lo consignó a trabajar en la estancia más lejana. Grettel se amurró y no bajó de su habitación en tres días.

Una carta llegada desde Bremmen puso en las manos del angustiado padre la solución que requería. Frederick había fallecido y Marlene trinaba por tener a Grettel a su lado.

La hermosa rubia, con catorce años auestas, marchó por fin rumbo a Europa embarcándose en un mercante italiano que zarpó de Punta Arenas rumbo a Marsella. En esa ciudad gala, Marlene estaría esperándola.

Dos años más tarde, Javier contrajo matrimonio con una mujer puntarenense que presentó a un feliz Hans, quien autorizó a la pareja para radicarse en la estancia principal. Para el alemán, el peligro había pasado.

Al cumplirse nueve meses de matrimonio, Ursula -así se llamaba la esposa del “morocha”- dio a luz un varón que fue bautizado con el nombre de Gustavo. El amo de la estancia aceptó gustoso ser el padrino en el bautizo.

Mientras, en Bremmen, Grettel asistía a la Escuela de Contadores destacándose por su innata capacidad para realizar balances e iniciar negocios. Los fines de semana y durante sus vacaciones, ayudaba a Marlen y Otto en los establecimientos comerciales de la familia. Regularmente también, su “mamá” alemana la llevaba a la ópera y al teatro

Al cumplir Grettel los dieciocho años, Marlene, ya vieja y cansada, le entregó las riendas de su propia parte en la sociedad, y en un santiamén la hermosa rubia determinó dedicarse de lleno al mundo de los negocios, con éxito y fama. Incrementó las exportaciones de lana patagónica, incluyendo cueros y maderas nobles del sur del mundo. Al adquirir un barco mercante de mediano tonelaje abarató considerablemente

los costos de fletes y traslados, haciendo punto menos que imposible la competencia británica en Bremmen y Berlín. Abrió una casa de modas en la histórica ciudad luz parisina y pronto sus sedas, lanas, tejidos y trajes conquistaron el corazón de las francesas.

Al cumplir los veintitrés años, la hija de Hans era un apreciable manjar físico y económico apetecido por industriales y donjuanes, tanto en Alemania como en Francia, pero la voracidad de la joven no tenía límites ya que explotó la infantil lascivia de viejos aristócratas millonarios para expandir sus negocios por toda la costa norte de Europa.

Viajó un par de veces a la Patagonia con el único propósito de reafirmar su derecho a las estancias, habida consideración que Hans, cada año, veía deteriorar su salud. En el segundo viaje, Grettel mandó llamar a Javier y ambos se perdieron durante dos semanas en Punta Arenas. Ese fue el incidente que terminó con la relación paterna. Furioso, el padre de la aristocrática dama la expulsó de la estancia y cortó definitivamente con Javier, Ursula y Gustavito, quienes debieron marchar hacia tierras del norte ya que por presiones de Hans ningún estanciero les ofreció trabajo (años más tarde, Grettel se enteraría que Javier había muerto en una riña a cuchilladas en el puerto de Talcahuano; de Ursula y el pequeño Gustavo nada supo).

En el invierno de 1913 fallecieron Marlene y Otto, derribados por la epidemia de tifus que asoló parte de Europa. Grettel quedaba entonces, debido a su calidad de legítima heredera, como socia única de Hans Roschäuffen. Las cosas cambiaron para el ovejero patagónico, pues su hija manejaba la parte sustanciosa de la empresa internacional y, lo que era aún más peligroso, conocía a la perfección las materias propias de la contabilidad y el comercio exterior.

No fue sino en 1914, cuando la Primera Guerra Mundial estalló, que Hans tomó la decisión de viajar a Alemania para acordar con su hábil hija una fórmula de asociación que le significara tranquilidad anímica y económica. Grettel le recibió con cariño y amor verdaderos, pero se transformó en una fiera llegada la hora de los negocios, adueñándose de la férula de las decisiones e impidiendo que el padre torciera las miras financieras que ella se había propuesto. Abatido y enfermo, Hans aceptó.

Regresó a Magallanes sólo para morir en su propiedad, sabedor que la fortuna había caído en manos de una mujer habilidosa y capaz.

Una helada tarde del 30 de julio -en el año de Nuestro Señor de 1917- el antiguo judío converso al catolicismo, entregó su alma a Dios dentro del dormitorio patrimonial de la Casa Roschäuffen. Fue sepultado en la parte posterior de la mansión, y al servicio fúnebre asistieron sus doscientos trabajadores, los miembros de la ensoberbecida colonia alemana puntarenense y las más destacadas autoridades chilenas de la zona austral.

Solamente faltó Grettel.

Durante el largo y sangriento episodio de la conflagración, la joven empresaria trasladó su casa de Bremmen a la zona llamada Selva Negra de Alemania, donde inició la construcción del Castillo Federico que le significaría nueve años de constante preocupación personal por el avance de los trabajos. Cuando la Gran Guerra finalizó, la mujer radicó el grueso de su fortuna en uno de los países vencedores, Francia, pero sin abandonar los establecimientos que tenía en tierras germanas.

Viajó nuevamente a Chile a comienzos de 1922, encontrando a su país natal sumido en la crisis política de la administración liberal y modernizadora del presidente Arturo Alessandri. En la Patagonia abrió sus propias fronteras adquiriendo una estancia en el lado argentino, pero no en la zona austral sino en el centro mismo del rico país gaucha. Permaneció en Sudamérica durante seis meses, los que aprovechó para indagar el paradero de Ursula y Gustavito así como levantar una subsidiaria del hotel muniqués en la bella ciudad de Bariloche. En el primer objetivo fracasó, pues nada se sabía de la familia de Javier. Pero, el segundo objetivo tuvo pleno éxito ya que fue su hotel quien comenzó la migración turística argentina a la región de nevados y lagos.

Retornó a su Alemania querida en el preciso momento que los sacrificados y laboriosos germanos padecían lo indecible con los resultados de la Gran Guerra, ya que el Estado teutón era obligado a cancelar ominosos y onerosos gastos de guerra a Francia e Inglaterra, lo que provocaba hambrunas y desazón incrementando la anarquía política interna. Su sagacidad le indicó cuán necesario sería acercarse a un movimiento político de futuro cierto y espléndido, pues entendía que tarde o temprano el país

volvería por sus fueros y no quería quedar al margen de las ganancias que tal evento significaría. Por otra parte, su inmensa fortuna, así como su siempre amenazada soltería, eran elementos magníficos para ascender en el mundo gubernamental, mas tenía claro que era imperioso contar con un título nobiliario pues Europa no era una tierra dúctil para los simples burgueses, por mucho dinero que se poseyera.

El 14 de enero de 1923 conoció al flamante Presidente del nuevo Partido Nacional Socialista de los Trabajadores, Adolf Hitler, en una cena ofrecida por el venido a menos conde Paul von Hertz en *Münich*. Conocerse y adorarse, fue un todo inmediato. Ingresó al partido nazi esa misma noche y comprometió aportes económicos para sufragar la costosa propaganda que Göering y Himmler administraban. Hizo aún algo más. Ofreció a Hitler, gratuitamente, el local de la cervecería que poseía en la calle lateral de su hotel *muniqués*, a objeto que lo considerara como futuro cuartel general del partido en la ciudad.

Días después, ya en *Berlín*, volvieron a encontrarse en otra cena, en la que Grettel experimentó por primera vez en su vida una emoción incontenible -e inexplicable- al escuchar el fogoso discurso del pequeño líder político quien, en un minuto de exaltada verborrea nacionalista, apuntando su índice a la hermosa cabellera rubia de la mujer, la privilegió con el título de “consejera económica del NSDAP” (*Partido Nacional Socialista de los Trabajadores).

Meses después, Hitler y los suyos intentarían un golpe de estado desde la misma cervecería de *Münich*, fracasando en su *putsch* siendo encarcelado por las autoridades. Durante su permanencia en prisión, escribió su obra máxima: “*Mein Kampf*” (“Mi lucha”), libro cuya publicación y distribución Grettel no tuvo empacho en financiar.

En aquellos difíciles momentos, la mujer visitó al encarcelado jefe del partido con quien sostuvo largas conversaciones planificando el futuro de Alemania una vez que accedieran al gobierno mediante el uso de todas las tácticas, lícitas e ilícitas, que fuese menester. “Gobierno no -dijo Grettel- Poder total sí”.

Fuera de la prisión, la hermosa mujer aprovechó la movilidad que le ofrecían sus negocios para ir convenciendo en la cama, uno por uno, a todos sus amantes millonarios

que junto a la apertura de nuevos negocios comprometían también su apoyo incondicional al emergente partido. Hitler se enteró de ello y calificó a Grettel como “diosa nibelunga”, obligando a partidarios y jefes del movimiento someterse disciplinadamente a las decisiones económicas de la millonaria. Sólo Heinrich Himmler desconfiaba de la rubia, pero igualmente obedecía los dictámenes de su jefe.

Los años transcurrieron en una falsa normalidad, pues si bien la mujer incrementaba la fortuna que administraba magistralmente desde su impresionante Castillo Federico, aún a medio terminar, creando nuevas y mejores empresas a lo largo y ancho de Europa gracias a un olfato financiero envidiable, el partido de Hitler rasguñaba el mapa y el alma del país trastocando la dirección ideológica al favorecer e impulsar la tesis racista que responsabilizaba a los judíos del descalabro económico y el desempleo en Alemania.

Poco a poco, las nieblas de la mesiánica organización comenzaron a poblar el territorio llevando el pavor a las casas de quienes no compartían las ideas nacionalistas, lo cual molestaba a Grettel que intentaba vanamente poner atajo a los desmanes de las nuevas “tropas de asalto” creadas por Himmler.

Hubo un momento que estuvo próxima a abandonar el partido y sumarse decididamente a los opositores, convencida casi del estado locura que algunos detractores del nazismo atribuían al líder y sus asociados.

Un hecho casi fortuito inclinó la balanza terminando con las dudas ideológicas el año 1932. El Castillo Federico había sido terminado y era necesario preocuparse del alhajamiento, por lo cual cerró la casa de Bremmen y trasladó sus ricos muebles a la Selva Negra donde habían llegado las alfombras, gobelinos, cuadros y antigüedades adquiridos por sus asesores en Italia, Francia y Egipto. Cerró también la casa de su fallecido tío Otto y remató el mobiliario, pero dejó para sí las dos cajas que contenían cartas y documentos familiares. Fue en esa revisión que se topó con una especie de testamento desconocido perteneciente a su padre, Hans. Llamó su atención el sobre doblemente lacrado y sellado, intacto en su conformación. Se trataba del legado póstumo que el estanciero dejara en manos de Otto para ser entregado a Grettel una vez que cumpliera los treinta años de edad; en él relataba su historia personal que

comenzaba con el nacimiento del ovejero en el seno de una familia judía en Leipzig, sus esforzados años de estudiante, el advenimiento de un nuevo tiempo al viajar hacia Argentina, sus labores nunca reconocidas en los viñedos de Gaitúa y Mendizábal, Curicó y "La Moraleda", Mercedes y Grettel, la fuga al austro, la jugada genial de Edelmira, la estancia patagónica, la conversión final a Germania, su amor inculdicable por la hija que adoraba y la bendición de un hombre que en los años postreros de su existencia azarosa quería reencontrarse con Jehová, el *sabbat*, la Torá y el perdón.

Odió y maldijo el nombre de su padre, quemando el documento y todas las cartas que contenían las cajas del tío Otto, pero agradeció en su fuero íntimo la digna solemnidad y amor de Marlene y Friederick. Decidida a revertir los hechos ciertos, comenzó un Diario de Vida que estrenó con el relato de su propio nacimiento tal como su padre le informó e insistió desde que tuvo conocimiento y uso de razón.

Rescató del baúl de trastos viejos el título nobiliario que Hans mandara enmarcar a un herrero de Bremen, enviándolo a un joyero de origen hebreo que hizo un trabajo de orfebrería espléndido por el cual pagó dispendiosamente.

Solicitó a Hitler una audiencia y encaró al nuevo führer en el Reichstag donde el partido contaba ya con 220 escaños gracias a los trece millones de votos obtenidos en la reciente elección ganada por Paul von Hindenburg . Explicó al jefe nazi -y lo convenció- que su apoyo económico y de consejería financiera podría ser mucho más productivo si ella contaba con la protocolización de sus orígenes nobles medievales.

- Usted es una baronesa -contestó el líder- Y lo es porque yo lo digo....para Alemania ello es suficiente.

La prensa nacionalsocialista se encargó de proclamar la calidad aristocrática de la empresaria, destacando la magnificencia del Castillo Federico que Hitler visitó un mes más tarde, maximizando las plumas de los periodistas del partido que no trepidaron en inventar una historia rica en detalles respecto de la participación de los Roschäuffen en las luchas por la creación del verdadero estado alemán.

Como pago de tal favor, Grettel se acercó a Himmler para trabajar codo a codo durante un año en la preparación de la sangrienta "noche de los cuchillos largos" del 30 de junio de 1934, cuando las "tropas de asalto" nazi eliminaron a cientos de

partidarios y colaboradores de Hitler que podían constituirse en sombra y obstáculo en la vertiginosa carrera del nuevo amo, quien pudo asumir finalmente el poder total con el mismo título dado por la millonaria diez años antes. El Führer.

No contenta con lo obtenido ni con el grado de participación política alcanzada a la sombra de la oficina financiera que asesoraba al máximo jefe de Alemania, sugirió prestar apoyo al naciente movimiento pro fascista español que encabezaba Francisco Franco, donando al Führer una significativa cantidad de dinero para financiar en parte el envío de tropas y máquinas a la Península Ibérica donde se desarrollaba la sangrienta guerra civil hispánica.

“Debemos probar en terreno, en una conflagración real, nuestra capacidad bélica y tecnológica”, le expresó al gobernante germano en una reunión. “Si Franco nos asegura que nuestros soldados y especialistas han sido un aporte real y valioso, entonces y sólo entonces podremos cobrar la deuda que el mundo mantiene con nuestro pueblo”.

El agradecimiento del caudillo español se concretó en la apertura de las fronteras catalanas para que Grettel instalara en Barcelona dos empresas de telas y un astillero bajo la protección del nuevo gobierno derechista. A la vez que Adolf Hitler mostraba al mundo el poderío de su administración, haciendo bajar la cerviz a franceses e ingleses que temieron lo peor y optaron por ceder gratuitamente el país checo a los hombres de la swástica para evitar una guerra atroz.

La imagen de Grettel von Roschäuffen alcanzó niveles de divinidad y no hubo mujer alemana que desistiera en sus afanes por imitarla, ni hombre bien nacido que no soñara con poseerla.

La Segunda Guerra Mundial comenzó con la invasión a Checoslovaquia el primer día de septiembre el año 1939. Para entonces, Grettel había construido un verdadero imperio económico que extendía sus tentáculos por países tan disímiles y lejanos como Marruecos, Grecia, Alemania, Italia, Francia, España, Argentina y Chile. Sus negocios habíanse diversificado alcanzando rubros variados que consolidaba un abanico de empresas metalmecánicas, hoteleras, navieras, agrícolas, pesqueras, constructoras y bancarias.

Utilizando al extremo su calidad de consejera económica del Tercer Reich, visitó constantemente los países invadidos por las tropas alemanas levantando nuevas áreas productivas en beneficio propio pero a sabiendas que, tarde o temprano, el mundo se pondría a trabajar en el andamiaje de una alianza irreversible que echaría por tierra los sueños de grandeza y superioridad racial que atormentaban al líder alemán. Hizo oídos sordos a las informaciones que recibía en el Castillo Federico respecto de los asesinatos y genocidios cometidos en lugares tétricos como Auschwitz y Treblinca, básicamente porque su fuero interno impetraba borrar de la faz terrestre a pueblos como el judío, tal que si con ello eliminara de su pasado la figura de un padre sionista. No obstante, merced a sus innegables cualidades premonitorias, fue audaz y asertiva en lo político al invertir grandes sumas de dinero y elementos tecnológicos en las naciones desquiciadas por la derrota, insuflando ánimo en sus habitantes a través del ofrecimiento de trabajo y creación de una base industrial sobre la que rearmaríase la potencialidad empresarial una vez terminado el conflicto bélico. Franceses, italianos, griegos y españoles, agradecieron su noble gesto transformándola en persona gratísima e inimitable.

Pero, en el fondo de su alma, Grettel deseaba que más allá del triunfo o fracaso del Tercer Reich en aquella aventura de mediados de siglo, la ideología nazi y la capacidad creativa germana pudiesen, realmente, dominar el planeta por vías distintas. Creía firmemente en la superioridad racial de los hijos de Göethe...ella misma se presentaba engañosamente como el ejemplo vivo de la indestructible tenacidad laboriosa y científica alemana....

Ideó el Plan Patagónico que entregó a Hitler en Rastenburg, a pesar de la abierta oposición de Himmler que privilegiaba el esfuerzo máximo por ganar la guerra más que luchar por derrotar a la Historia.

Finalmente, después del atentado contra el Führer el 30 de julio de 1944, Grettel consiguió el visto bueno para su proyecto y entregó alma y fortuna en su concreción.

Sin embargo, antes de proceder a su implementación ya autorizada, hizo un último pedido a su amigo Adolf.

- “Nuestra” planificación sudamericana llevará la raza aria a conquistar económica y científicamente el nuevo continente -confidenció a Hitler- Debemos poner el máximo de celo en eliminar detalles que pudiesen frenarlo.
- ¿Cómo cuáles? -preguntó el mesiánico austríaco.
- Hay gente en Chile y en España que darían su fortuna por impedir el éxito del plan. Sé quiénes son y dónde ubicarlos. Puedo asegurarle *mein führer* que esos individuos se encuentran cubiertos por el anonimato, el que les es válido para preparar los zarpazos en nuestra contra. Soy partidaria de eliminarlos...ahora.
- ¿España y Chile? -repitió Hitler paseando nerviosamente alrededor de su escritorio- Entrégume los nombres de aquellos salvadores de judíos que viven en España y ordenaré su inmediata solución. En cuanto a los que están en Chile, encárguese usted misma de eliminarlos. Puede contar con los servicios de Friederich y los jóvenes nacionalsocialistas que irán con usted y las familias patriotas al extremo sur del mundo.

El cuartel general alemán en París expidió la nota oficial que autorizaba el viaje de cinco agentes de la Gestapo para realizar una misión de inevitable final. Por instrucciones personales de Hitler, los cinco fanáticos llegaron a Madrid y tomaron contacto con elementos locales de los servicios de seguridad de Franco, quienes confirmaron el domicilio de Purísima del Fraile y su esposo Matías Briceño.

- ¡Hombre! ¡Tienen cuatro hijos! -expresó el agente español encargado de atender a los nazis- Para suerte vuestra, viven todos juntos en una casa sevillana y se dedican al negocio de las importaciones....al parecer, traen mercaderías desde Sudamérica.

Los hombres de la Gestapo no encontraron dificultades para allegarse a la vivienda de la familia Briceño-Del Fraile en la florida Sevilla, deteniéndolos en las sombras de la noche para conducirlos hasta el aeródromo militar a las afueras de la ciudad donde les embarcaron en un aeronave antigua, pilotada por uno de los sicarios. El avión levantó vuelo a las cuatro de la madrugada enfilando hacia el sur de Francia por el Mediterráneo. Una hora después, el piloto se lanzaba en paracaídas sobre el mar donde un submarino alemán le esperaba para recogerle. La aeronave, con escaso

combustible y sin conducción, siguió su errático viaje sobre el espacio aéreo francés dominado por los americanos e ingleses, quienes lanzaron sus máquinas en persecución de la aeronave que mostraba una cruz gamada en el fuselaje. La ametrallaron antes que ingresara a territorio aliado, derribándola prestamente cubierta por las llamas. Una pira de flamas consumiendo fierros y cuerpos se hundió en las aguas del Mediterráneo para siempre.

* * *

Las familias alemanas arribaron a las costas chilenas en el mes de noviembre de 1944, desembarcando con gran dificultad en el lado occidental de la estancia de la Roschäuffen que les esperaba junto a treinta de sus trabajadores con carretas, alimentos y ropas. Las últimas veinte horas de la travesía estuvieron marcadas por el horror, pues el océano mostró su furia natural levantando olas gruesas y altas que sacudieron la nave amenazándola con golpes violentos que estuvieron cerca de hacerla zozobrar.

Una larga caravana atravesó la pampa austral recorriendo ciento treinta kilómetros que obligaron a sus integrantes soportar varios días de duro viaje antes de echar sus cuerpos molidos en las camas y jergones que les aguardaban en la última estancia de Grettel.

La capacidad organizativa de la empresaria fue puesta a prueba en esa ocasión, y a los recién llegados les quedó fehacientemente claro el interés de la dama en el plan acordado con Hitler, pues todo se encontraba dispuesto para ellos hasta el último detalle.

Las mujeres comenzaron de inmediato su instrucción en la lengua española y la cocina nativa. Los niños, sin excepción, inauguraron el galpón donde las institutrices alemanas contratadas por Grettel abrieron un año escolar que dio su primer paso con el estudio de la geografía e historia del país andino.

Los hombres fueron separados por oficio. Aquí los agricultores, allá los ganaderos; acullá los técnicos en forja, los torneros, los constructores, los electricistas. En una

casa especialmente destinada para esos efectos, fueron reunidos los “soldados” dirigidos por Friederich para hacer un inventario de las armas, previamente al análisis del movimiento que realizarían por el triángulo patagónico y su responsabilidad en la estructuración del nuevo Estado.

Todos, sin excepción, debieron someterse a una capacitación novedosa: aprender a cabalgar bajo el viento austral y arrear ovejas respetando la habilidad de los perros, así como instruirse en las vestimentas propias de la zona conociendo el por qué de la utilidad de cada prenda.

Transcurrió de esa laya el verano austral sin novedades, excepción hecha de la fiesta con que Grettel celebró la llegada del nuevo año en la Casa Roschäuffen, cuya mole sacó lágrimas de nostalgia a muchos de los europeos pero sin lograr disminuir el apetito para consumir las carnes que se asaban en treinta parrillas gigantescas.

Cada noche de sábado los dirigentes nazis se reunían en la mansión de la empresaria para escuchar las noticias que ella traía desde Punta Arenas dando cuenta del progreso experimentado por el eje Berlín-Tokio en los diferentes escenarios bélicos. Las informaciones eran desconsoladoras. Los ejércitos alemanes se retiraban desordenadamente de Rusia y eran empujados por los americanos a través de Francia. Berlín parecía ser la ciudad donde se libraría la última batalla.

- El próximo mes los cuadros ya nominados se harán cargo de la administración total de las dos estancias que pertenecen al Tercer Reich -apuntó Grettel una noche de marzo- Usted, Friederich, junto a dos integrantes de las Juventudes Hitlerianas que escogeré personalmente, marchará hacia el norte de este país en busca de las personas que es imprescindible eliminar.
- ¿Antofagasta? -preguntó el aludido.
- El norte grande....quizás Iquique, Antofagasta, Arica....sólo sabemos que Alejandro del Fraile falleció el año 1928 en Mejillones, pero le sobrevive su hijo José Antonio que heredó las propiedades y empresas. Suponemos que debe haber contraído matrimonio con una mujer cuyo nombre desconocemos.
- Ni tampoco sabemos si tiene hijos.

- ¡Todos, Friederich, todos deben dejar este mundo! -masculló la mujer apretando los dientes- El plan de nuestro amado Führer no puede ser obstaculizado por nada ni nadie.

Una madrugada de radiante sol y atmósfera gélida, los tres hombres se despidieron de Grettel marchando hacia el norte para cumplir la misión. La empresaria les esperaba solamente hasta el décimo día de junio. Pasado ese plazo, embarcaría hacia Alemania donde pondría nuevamente sus excelentes oficios a disposición de la causa aria.

- La baronesa es un ejemplo de vida para todos nosotros. Agradezcan al Creador la maravillosa posibilidad que El les ha proporcionado permitiéndoles conocerla, trabajar a su lado y aprender de su excepcional entrega y fe en nuestra divina obligación -expresó Friederich a sus jóvenes acompañantes- Imítenla...así construirán la nueva Alemania en esta parte lejana y hermosa del mundo.

Pero las noticias del mes de abril señalaron que Adolf Hitler y sus principales colaboradores se habían enclaustrado en el *bunker* bajo la cancillería berlinesa, desde donde trataban infructuosamente poder administrar los últimos estertores del moribundo régimen nazi rodeado por las fuerzas soviéticas que avanzaban triunfales desde el este, y las americanas e inglesas arrasando las defensas alemanas desde el occidente.

A mediados de ese mes, Grettel asistió a una cena de camaradería ofrecida por el Club Alemán de Punta Arenas a las autoridades chilenas, en un acto de ostensible acercamiento al gobierno local que manifestaba su simpatía por las fuerzas aliadas, e insistían los anfitriones en su calidad de enemigos oficiales del régimen nazi, todo ello ante la probable derrota de Hitler en el frente europeo y como forma diplomática para demostrar a los nacionales del país andino que ellos -los germanos avecindados en el territorio- nada tenían que ver con los dictámenes y acciones de Adolf Hitler. Esa noche Grettel comprendió que la causa nazi estaba no sólo condenada al fracaso, sino definitiva e insoslayablemente muerta.

Por ello no expresó sorpresa cuando se enteró que el 30 de abril, Hitler y Eva Braun se habían suicidado en el *bunker* robándole a los soviéticos sus ansias de venganza por

las tropelías cometidas en Stalingrado y Moscú. Agradeció a Dios que el *führer* hubiese decidido casarse con la querida Eva antes de quitarse la vida. El llanto quedo y solitario derramado en la habitación tuvo al menos un momento de extraña alegría cuando recordó la figura odiada del doble hache. “Ojalá ese mierda de Himmler haya caído en manos rusas”, pensó, satisfaciéndose ante la posibilidad que el jefe de las tropas de asalto se encontrase sometido a torturas por la gente de Stalin. “Me encantaría que lo llevaran a Moscú y allá lo juzgaran”.

Obviamente, Grettel no regresó a Alemania. Su espíritu logró tranquilidad luego de recibir las atenciones y celebraciones por su cumpleaños número sesenta y uno enviadas por las autoridades marítimas y administrativas chilenas, quienes la invitaron a una gala bailable que se celebró en el edificio de la Gobernación en Punta Arenas para festejar el fin de la guerra y, por cierto, el triunfo de los aliados. En el finis terrae del mundo, las noticias planetarias carecían de significación real; únicamente interesaba lo que ocurría localmente.

Con la convicción de la objetividad emanada del aserto anterior, la empresaria determinó que el “plan austral” tenía visos de éxito si se trabajaba con un elemento que para Hitler había sido renuente: el tiempo. Dejaría que los meses y años transcurrieran lánguidamente, mas ello no era óbice para continuar incrementando la fortuna personal al grado de convertirla en un nuevo imperio económico y no militar. Disponía de todo lo necesario para lograrlo; requería, eso sí, poner en juego un manejo personal inteligente que le evitara ser llamada a Alemania por las nuevas autoridades para someterla a tediosos e inauditos interrogatorios judiciales.

Amparada en su calidad de ciudadana chilena por nacimiento, viajó a Valparaíso para reunirse con alguno de los ministros del presidente Juan Antonio Ríos, asunto que consiguió luego de semanas de tramitaciones en Santiago, siendo recibida en el Palacio de La Moneda por un subsecretario que se comprometió a conseguir una audiencia con el primer mandatario. Debió pasar primero por las oficinas de otros burócratas, incluyendo las de dos ministros que recibieron la buena nueva de una importante donación de la empresaria en materia educacional. Grettel von Roschäuffen financiaría la construcción de tres escuelas de educación primaria en la zona austral.

Sólo rogaba a los señores ministros no dar a conocer a la prensa el nombre de la donante, pero sí informar a Su Excelencia respecto del aporte. Los políticos chilenos, poco avezados en materias de esa índole, creyeron ver un escenario favorable para la política educacional del presidente, ya que la prensa informaría que las nuevas escuelas formaban parte del programa gubernamental. Grettel, en cambio, ganaba de inmediato y con poco esfuerzo el resguardo del Estado de Chile ante una posible solicitud de extradición.

Al regresar a su estancia ganadera, Friederich y los dos jóvenes nazi salieron a recibirla.

Habían vuelto desde el norte con su misión cumplida. En Iquique obtuvieron la información oficial que indicaba que José Antonio del Fraile Sánchez había fallecido el año 1938, víctima de la tuberculosis. Nunca se casó ni hubo hijos reconocidos por él. Sus propiedades habían pasado a manos de la Iglesia Católica por propia decisión testamentaria.

Para la vieja aristócrata, la venganza personal estaba concluida. Faltaba sólo ejecutar la revancha patriótica.

- Tres años...ese es el tiempo que necesito para rearmar el plan y retornar sin peligro a mi querida Alemania -confesó a sus íntimos amigos en la mansión austral.
- Habrá que preocuparse de muchos de los nuestros que deben estar huyendo por el mundo -afirmó con pena evidente Friederich.
- Hum...así será. Deberás viajar a Buenos Aires para rescatar a familias del partido que andan deambulando asustadas y perseguidas por los agentes del sionismo internacional. Esta zona helada e ignota atrae a pocos europeos, lo que hace más fácil esconder a los mejores hombres de nuestra causa.

La pesquisa llevada a cabo por Friederich en Argentina, dio como resultado una reunión secreta efectuada en la frontera paraguaya-brasileña con la concurrencia de tres coroneles nazis recién escapados de la degollina de Nüremberg. Los hombres de la antigua SS recomendaron al enviado de Grettel hacerse cargo del futuro, hasta ese momento incierto, de una familia española que destacó en Hamburgo por su apoyo al führer, y que era profusamente buscada por los agentes de una nueva organización

judía que comandaba un tal Simón Wiesenthal. Dado que los componentes de ese grupo familiar hablaban correctamente la lengua castellana, no sería difícil mimetizarlos en la Patagonia con la colonia española residente haciéndoles pasar como refugiados que huían de la dura mano franquista.

Fue así que Friederich regresó a la Casa Roschäuffen con cuatro nuevos rescatados. Mariel y Antonio formaban el matrimonio; sus dos hijos se llamaban Pablo y Francisca. Era la familia Torralba-Ponce de León.

El jefe de hogar español demostró ser un excelente administrador y capataz, por lo que la vieja aristócrata le encargó el celoso cuidado de sus propias cuentas abriéndole los caudales de las estancias y confiándole su futuro. En escasos meses, Antonio Torralba se convirtió en el verdadero jefe del lugar, incrementando voluminosamente los haberes de su patrona merced a los contactos obtenidos con españoles de Punta Arenas que le recibieron como si fuese un hijo pródigo de la vapuleada madre patria.

El año 1949, en pleno invierno austral, Grettel abordó un aeroplano en el escuálido aeropuerto de Punta Arenas para volar hasta Bahía Blanca, donde luego de un cómodo viaje por tren a Buenos Aires, tomó pasaje en un avión de PANAM con destino a Río de Janeiro.

Su huella se perdió en ese punto, desconociéndose el itinerario posterior.

Reapareció en Alemania, en su Castillo Federico, venteando el título de Baronesa von Roschäuffen con el cual recibió a los invitados norteamericanos y franceses en la fastuosa comida que ofreció una noche de junio, el año 1952. Los periódicos ingleses e italianos publicaron su fotografía en las portadas de las ediciones dominicales bajo el título: “La principal enemiga de Stalin”. Algunos importantes jefes de la CIA norteamericana sugirieron al presidente Eisenhower entregar su personal visto bueno al trabajo que la mujer realizaba desde el interior de Alemania para detener la influencia comunista. Ello provocó el artículo de una revista italiana, de evidente tendencia marxista, que tildó a Grettel gratuitamente con el epíteto de “agente yanqui” en Europa. La respuesta de la mujer fue lapidaria. Publicó en Italia una nueva y hermosa revista que distribuyó gratuitamente entre miles de lectores durante un semestre. La empresa periodística de izquierda no tuvo recursos económicos

suficientes para competir con tamaña presión y pronto cayó en cesación de pagos. Grettel ofreció contrato ventajoso a los obreros y técnicos de la falleciente publicación, haciéndola quebrar. Mantuvo su propia revista por largo tiempo, cobrando una banalidad por cada ejemplar. Sin habérselo propuesto, entró al negocio de las comunicaciones descubriendo un mundo de posibilidades al ser invitada por el gobierno norteamericano para visitar las instalaciones de la novedosa empresa de televisión, que nacía recién en el país de los cow-boys. Al volver a Alemania, Grettel llevaba en su cerebro la idea fija de replicar el invento yanqui en su país. Y así lo hizo el año 1957. Dos canales de televisión, uno en Bremen y otro en Colonia, fueron el mejor instrumento de propaganda para promocionar sus negocios, tanto como una imagen pública de aristócrata emprendedora y moderna.

Había llegado a la cúspide.

Mientras, en la Patagonia, Antonio Torralba administraba sabiamente la fortuna sudamericana de la mujer. En la Casa Roschäuffen tenían cupo todos los ex -nazis que huían de Simón Wiesenthal y del nuevo Estado de Israel, encontrando feliz refugio en las comodidades de la estancia austral donde acostumbraban armar fiestas similares a aquellas realizadas en Berlín durante el esplendor de la swástica. Marchas militares germanas eran coreadas a viva voz, terminándolas con disparos al aire y cabalgatas nocturnas a través de las extensiones infinitas de la pampa fría.

Por instrucciones recibidas desde el castillo Federico, Friederich y todos los miembros de las fenecidas Juventudes Hitlerianas hicieron sus maletas para marchar a una zona llamada Parral, donde debían ubicar terrenos agrícolas verdes y fértiles para preparar una nueva migración.

Antonio Torralba quedaba entonces como jefe único y absoluto de las estancias Roschäuffen.

Poco a poco, los germanos fueron abandonando la Patagonia para integrarse a la sociedad chilena en tierras de más al norte, permaneciendo en las estancias únicamente aquellos que por su edad avanzada les era difícil dejar la zona.

A fines de la década -en 1959- la familia Torralba-Ponce de León experimentó su primer y gran quiebre. La hija menor, Francisca, se enamoró de un chileno proveniente

de una familia de izquierda, y a pesar de la tenaz oposición de Mariel y Antonio decidió contraer matrimonio con Luis Hernán Ramos, un joven y emprendedor ovejero que había arrendado una pequeña estancia fronteriza a la Casa Roschäuffen. Una violenta discusión familiar dio paso a los gritos, llantos e insultos, que Francisca cortó de un solo golpe huyendo en la madrugada hasta la propiedad de su joven amado. Antonio se presentó en la casa de Luis Hernán acompañado de dos peones para exigir a su hija regresar al seno paterno, mas el novel esposo resultó ser un tipo duro y decidido pues encaró a los visitantes con gesto agrio, haciéndoles abandonar la propiedad bajo la amenaza de su escopeta. El padre de Francisca cometió el único error imperdonable en un hombre de sus antecedentes y edad. Bajó del caballo para abofetear al insolente chileno. Recibió una andanada de golpes que lo sumieron en la inconsciencia y en el vergonzoso espectáculo de ser ridiculizado por uno de los “estúpidos nativos”, mote que usaba frecuentemente para referirse a los habitantes del país. No bastando lo anterior, Francisca ayudó a los peones a subir el maltrecho cuerpo de su padre en las ancas de la cabalgadura, avisándoles que por ningún motivo dejaría jamás el hogar de su esposo y su suegra.

La guerra fue declarada de inmediato. Antonio se encargó de hacer regresar a algunos miembros de la cofradía alemana que ya habitaba un fundo en la zona central, pues quería expulsar por la fuerza a la familia Ramos de la Patagonia. Mariel, por su parte, visitó algunas veces a su hija y le acompañó en el embarazo que culminó con el nacimiento de Alberto. Ello permitió aplacar las iras de Antonio y los alemanes que, sin embargo, continuaron punzando la paciencia del esposo con cabalgatas nocturnas en las que disparaban contra las ovejas y los escasos arrieros que trabajaban para él. En esas condiciones negativas, Luis Hernán y los suyos sobrevivieron a saltos durante diez o más años, pero la salud de Francisca se deterioró seriamente con tales ataques y no pudo resistir el dolor provocado por la incompreensión de un padre orgulloso y tozudo. Un fulminante ataque al corazón la sorprendió en la cocina, robándole el hálito de una existencia aún joven.

Entristecido por la muerte de su esposa, el año 1978, Luis Hernán abandonó la zona trasladándose a un predio que adquirió en la región cercana al lago Vichuquén, lugar al

que llevó a su madre, Griselda, y a su hijo Alberto. Muchos lugareños pensaron que la familia Ramos huía del austro escapando de la posible guerra con Argentina, pero el motivo distaba mucho de aquel que causaba la tensión y angustia en todos los hogares chilenos a fines de 1978.

Antonio y Mariel, junto a su hijo Pablo, temerosos de haber llamado la atención de las autoridades con los incidentes ocurridos durante esos meses, amén que la zona comenzaba a recibir la llegada de miles de soldados en una planificación diseñada por el gobierno ante un posible estallido bélico con Argentina, emigraron a España luego de retirar los dineros que dormían en distintas cuentas bancarias y que pertenecían a la empresaria.

Las estancias quedaron en las manos de tres ancianos alemanes quienes las administrarían hasta el momento de recibir instrucciones de su propietaria, pero esta no daba luces de su existencia pues soportaba en doloroso aislamiento los traumatismos del final de su existencia, dejando todas y cada una de sus empresas en las direcciones hábiles de los ejecutivos que las administraban como sociedades anónimas.

Dos años después, en Alemania, falleció la vetusta y millonaria Grettel von Roschäuffen en el castillo Federico, símbolo egregio del poder que había sustentado durante medio siglo.

Una herencia intestada era ahora la causante de nuevos líos y veleidades....tal como había sido la existencia misma de la hábil baronesa...judía.

C A P I T U L O I X

El tránsito por la Ruta Cinco era francamente horrible, congestionado y lento. Como sucedía todos los fines de semana, ese era uno más en cuestiones de transporte. Miles de coches y autobuses se dirigían desde Santiago a los diversos centros de descanso que llenaban sus vacantes hoteleras cuando moría un trabajador viernes.

En medio de la vorágine, Remigio intentaba vanamente adelantar los vehículos que ocupaban ambas pistas hacia el sur. Detrás suyo, una serpiente de luces trataba de hacer lo mismo. Con desesperación, metió la punta del automóvil en el pequeño espacio que le dejaban las dos máquinas y levantó las luces para obtener paso franco. El conductor que viajaba a su derecha desaceleró el motor de su coche dándole vía libre.

Apuró la velocidad dejando a sus espaldas la comuna de Buin y cientos de vacacionistas que luchaban por llegar a tiempo a sus reservaciones para escapar del bullicio y contaminación de la gran ciudad.

Había tratado de comunicarse telefónicamente con ellos, pero las líneas estaban interrumpidas...así lo creyó al comienzo. Se percató luego que el problema ocurría sólo en la parcela, ya que los otros números que digitó contestaron normalmente. Tomó contacto con Carabineros y su sorpresa alcanzó niveles de enfurecimiento al enterarse que a causa de un grave accidente carretero ocurrido en las proximidades de Hospital, los jefes policiales habían ordenado la presencia de todas las patrullas que se encontraban en las cercanías. “Hubo un tiroteo entre los automovilistas involucrados en la colisión –contestó el capitán,

disculpándose por la medida- Se hizo necesario copar el sector por razones obvias. En un par de horas, el tránsito y la situación se habrán normalizado y la patrulla volverá a su turno en la parcela”.

- Obra de los alemanes –refunfuñó- Esos bastardos inventaron el accidente y el tiroteo”. Su olfato de antiguo hampón le señalaba claramente el aroma del peligro. La policía había caído en el garlito y nada haría hasta terminar una labor rutinaria en la Ruta Cinco. Con frases cortas y rápidas, intentó razonar con el oficial contándole la suposición que embargaba su pecho. Consiguió al menos que el capitán informara por radio a otras comisarías lo que eventualmente podía ocurrirles a los moradores de la parcela, pero el tráfico carretero era espeso y congestionado, lo que hacía improbable destinar personal y vehículo para dirigirse a Paine con premura. “Uno de nuestros helicópteros sobrevolará el lugar dentro de media hora”, fue la respuesta con la que el carabinero intentó tranquilizarle.

Salió de la comisaría de carreteras y detuvo el automóvil en la berma. Con su teléfono celular estableció comunicación con Rancagua y luego de presentarse solicitó un nombre y un número. Volvió a digitar el aparato con nerviosa premura, repitiendo la presentación y cobrando un antiguo favor a quien le contestó al otro lado de la línea. Exhaló aire como toro herido y echó a andar el motor del coche, metiéndose bruscamente en el tráfico sin medir consecuencias. Segundos después, corría como loco por la Ruta Cinco hacia el sur esquivando camiones y autobuses

Paine, por fin. Paine y la parcela del padre de Mirentxu. Paine y sus amigos. Ojalá hubiese llegado a tiempo.

Enfiló a velocidad imprudente por el camino lateral que conducía a la propiedad, con sus manos aferradas al volante y un gesto agrio surcándole la faz impregnada de rencor. En la última curva bordeada por álamos y matorrales espinosos, acercó el codo a su costado izquierdo del abdomen para comprobar que la pistola Beretta seguía en su lugar. Dos kilómetros de terreno irregular y pedregoso terminaron por sacarle de quicio y agotar su paciencia siempre escasa. Las luces altas del vehículo desnudaron un portón de ingreso con sus hojas abiertas de par en par; entró al predio sin reducir la velocidad al tiempo que extrajo su arma y apagó los focos del coche apenas las sombras de la vivienda fueron visibles a cierta distancia.

Aparcó el automóvil bajo un nogal gigantesco y caminó agazapado con su hombro rozando las ligustrinas del cerco lateral, dando un rodeo hasta llegar a la parte posterior de la casa donde se refugió tras una vasija de greda. Miró la esfera de su reloj aguzando la vista para determinar la hora exacta, sentándose con la espalda apoyada en la vasija y manteniendo la Beretta en su diestra. Era momento de esperar.

No había movimiento en el inmueble y el silencio hería los sentidos. Pero estaba seguro que en el interior de la vivienda sus amigos se encontraban en problemas...en serios problemas.

Dejó su escondite y se trasladó silenciosamente hacia la parte delantera. Al alcanzar el ángulo de la pared que formaba la esquina de la casa, se tumbó de bruces y adelantó la cabeza para observar con precaución. Sus cejas se levantaron espontáneamente al distinguir una patrullera de Carabineros apostada frente a la puerta principal. Avanzó cauteloso hasta el vehículo sin ocupantes e indagó los detalles que le interesaban. Fijó la vista en la puerta del conductor y chasqueó la lengua en el gesto que caracterizaba su enfado. “Malditos –pensó- Usaron un número que corresponde a la Tenencia de Puente Alto”. Desanduvo el camino hasta la vasija de greda y se aprestó a intervenir,

escudriñando el mejor punto por el cual ingresar a la vivienda. Cuando lo hubo determinado, regresó al estudio de la esfera del reloj y puso bala en boca en su arma.

Trotó pesadamente hasta la puerta de la cocina y pegó su cuerpo en la pared, estirando el cuello para que su oído captase algún sonido. Nada. Sólo silencio. Los tipos y sus amigos debían hallarse en las habitaciones del costado derecho donde se ubicaban las tres habitaciones que usaban como oficinas.

Giró la manilla pero esta no cedió por encontrarse con seguro desde el interior. Recurrió a su cortaplumas y con el filo de la hoja manipuló la cerradura hasta destrabarla. Lentamente, abrió la puerta e ingresó al interior.

Escuchó voces airadas que se expresaban en alemán más allá del comedor de diario junto a la cocina. Siempre con la espalda pegada a la pared y el arma apuntando hacia delante, fue avanzando los metros que le separaban de la sala de baño. Las voces subieron de tono y el sonido característico de una puerta abriéndose le hizo tomar rápidas decisiones. Se escabulló al baño refugiándose tras la cortina que adornaba la tina.

Distinguió la voz de Mariano Casella proviniendo de la oficina más cercana.

- Llévense lo que quieran, tomen todo lo que se les antoje, pero no cometan la estupidez de herir a alguien.....
- Solamente nos interesan los documentos oficiales –respondió un tipo con marcado acento extranjero que Remigio no fue capaz de identificar- Tendrán que venir con nosotros, pues son nuestro seguro de garantía.

Instintivamente, asoció la voz con el rostro del Volvo. La había escuchado antes, muchos años ha, pero pese al paso del tiempo reconoció el sonsonete y el tono ronco y gangoso. Era quien suponía. Después de veinticinco años volvía a encontrarlo en condiciones tan desmedradas e inseguras como había ocurrido en el pasado. Instintivamente, pasó su mano por la parte posterior del muslo derecho. Allí estaba....allí había estado siempre la vieja herida de bala que cercenó un negocio grande cuando aún era un muchacho desaprensivo y arrogante pretendiendo hacer cosas de hombres duchos y guapos.

Un nuevo ruido se impuso a los restantes sonidos. Venía de las alturas. Era el helicóptero enviado por el capitán de Carabineros haciendo la ronda comprometida. “No sospecharán nada. Verán la patrulla frente a la puerta e informarán que un vehículo policial se encuentra resguardando la casa y regresarán a la carretera” –reflexionó para sí.

El aparato aéreo circunvoló la parcela durante un par de minutos, retirándose luego en dirección al oriente. El ruido del motor se perdió en la noche. Las voces volvieron a escucharse, ahora con nitidez.

- Tomen la documentación y retirémonos rápidamente. Aten a los prisioneros. Vista vendada, ¿ja? Vista vendada.....Muévanse, ché....rauss...rauss....

Los pasos de uno de los secuestradores se acercaron a la sala de baño haciendo que Remigio agazapara el cuerpo tras la cortina. El individuo encendió la luz y levantó la tapa del excusado junto con cerrar la puerta. El ex hampón corrió la cortina de un manotazo sorprendiéndolo en plena faena de desagüe humano. El rubio extranjero se sobresaltó, pero no tuvo tiempo de emitir palabra alguna ya que recibió un culatazo en la frente, trastabillando al tiempo que orinaba sobre su propio pantalón. Un segundo culatazo, esta vez en la nuca, terminó el trabajo.

Con agilidad sorprendente, Remigio metió al tipo dentro de la bañera, apagó la luz y le acompañó en la tina luego de correr la cortina nuevamente. Utilizó su encendedor para mirar el reloj. “Ya, poh, ‘Cucarro’...llega luego”, masculló con ansiedad.

Sabía que el tiempo era escaso y apremiante, por lo que activó su celular para comunicarse nuevamente con quien estaba esperando. Casi en un susurro preguntó. “¿Dónde estai?”. Apagó el teléfono móvil y abandonó la bañera, no sin antes registrar al individuo que yacía inconsciente en su interior. El rubio manifestó un leve movimiento. Mecánicamente, Remigio dejó caer un tercer culatazo sobre la cabeza del inanimado extranjero. “Este huevón se nos va” –dijo escuetamente.

Se acercó a la puerta del baño y esperó.....por fin, un ruido de motores le hizo salir al pasillo e indagar auditivamente las proximidades, descubriendo que los plagiaros también se habían percatado del arribo de vehículos.

- ¡Apaguen las luces y preparen las armas! –rugió el tipo cuya identidad ya conocía.
- ¡Wilhelm! ¡Pronto! ¡Sal por atrás y cúbrenos! –gritó otro de los extranjeros llamando al sujeto que dormía el sueño de la incertidumbre en la bañera.

De un salto, Remigio apareció en la oficina donde el profesor, Nicolás, Mirentxu y su padre se hallaban amarrados, vendados y tirados en un rincón. Tres hombres altos y corpulentos observaban el punto de ingreso exterior a través de los cortinajes. En milésimas de segundo, el asesor de seguridad escogió su blanco.

- ¡¡Arriba las manos, alemanes de mierda!! .gritó enronquecido- ¡¡Al que mueva un pelo le meto dos balas en la cabeza!!

Los sujetos voltearon sorprendidos para encontrarse encañonados por una Beretta a corta distancia. Uno de ellos levantó su arma. El balazo sonó estruendoso en el interior de la habitación, repitiendo el eco del disparo una y otra vez. El trozo de plomo se incrustó en la

pantorrilla del sujeto lanzándolo de bruces al piso mientras su revólver se deslizaba de la mano cayendo sobre la alfombra.

- ¡¡De rodillas...ustedes dos...de rodillas y las manos en la nuca!! –la orden fue acompañada de otro disparo que rozó el zapato del individuo más viejo.

Los sujetos obedecieron de inmediato, lo que fue aprovechado por Remigio para encender la luz de la habitación y avisar a gritos que la situación estaba dominada.

- ¡¡”Cucarrooooo”.....soy yoooo.....!! ¡¡Todo okey aquí....pueden entrar!!

Cuatro hombres de fachas dudosas ingresaron a la vivienda empuñando armas cortas. Un gesto del gordo fue suficiente para comprender que había una tarea por concluir. Amarraron a los tres alemanes y desataron a los rehenes. Remigio abrazó a su amigo que sin esbozar sonrisa ni inquietud le enrostró un compromiso.

- Mano a mano, compadre...nada me debe...nada le debo..
- Así no más es, poh, cumpita. Como en el tango, “mano a mano hemos quedado”.
- Listón de madera, amigazo. Nosotros nos hacemos humo al tirante.
- Chao, negro....que te vaya del uno...pero no te aparezcai en el norte, mira que por esos andurriales andará tu taita haciendo comercio...
- Por esos rumbos no hago competencia, guatón...

Remigio esperó que sus peligrosos amigos se perdieran por el camino de regreso y se dirigió a la sala de baño para sacar de allí el cuerpo del sujeto que tumbara a culatazos. Antes, revisó el arma del tipo herido en la pantorrilla, colocándola en manos de Nicolás.

- ¿Sabes cómo se usa esto? –preguntó con sorna- Apuntas y aprietas este pedacito de metal que se llama gatillo. Vigila a los alemanes....vuelvo de inmediato.

Hincó su rodilla en la alfombra y jaló el pelo del sujeto más viejo que le observaba con azules ojos de ira contenida,

- ¿Te acuerdas de mí, infame? Juré que tarde o temprano cobraría la deuda....Mira dónde nos puso la vida....Morirás en la cárcel, desgraciado. Por allá tengo buenos socios que estarán esperándote para acurrucarte en sus brazos....
- ¿Lo conocías? –preguntó el profesor.
- Somos viejos amigos....

SETENTA Y DOS DIAS DESPUÉS.

**SALA DE ESPERA,
CÁRCEL DE COLINA.**

Los pasillos que salían del salón sin ventanas conducían a otros habitáculos escondidos tras puertas de metal que mostraban una pequeña mirilla en la parte superior. Hacía calor ese día y la tibieza ambiental no lograba ser aplacada por la ventilación que huracaneaba por doquier.

Sentado frente a una rejilla de doble acero, Nicolás aguardaba pacientemente el arribo del reo que había decidido visitar.

El primero en aparecer por el vano de la puerta tras el enrejado fue el guardia de gendarmería, que adosó su espalda contra el metal del ingreso dejando paso franco a quien le precedía. Un tipo de edad avanzada, cabello cano y ojos azules clavó la mirada en el abogado, dejando que un rictus de amargura y fracaso se dibujara en sus labios. Tomó asiento en la banqueta fijada al piso y esperó....

- ¿Alexander Friederich, verdad? -preguntó Nicolás.
- Sí, ese es mi nombre –contestó el sujeto con un gesto duro agriándole el rostro- ¿Qué desea de mí? ¿No puede dejarme tranquilo?
- ¿Tranquilo? Tendrá veinte años aquí adentro para lograr la paz y reconciliarse con su propia historia personal. No es mi propósito molestarle.
- ¿A qué ha venido entonces? –protestó.
- Mirentxu...usted la conoce....es la arqueóloga que mantuvo secuestrada en la casa de Pirque....
- ¿Podría ir al grano y terminar luego?
- He venido impulsado por dos motivos, señor Friederich. El primero es para preguntarle si se le ofrece algo que yo pueda hacer en beneficio de su comodidad. El segundo dice relación con un obsequio que Mirentxu le envía a través mío. ¿Por cuál de ellos comenzamos?

El alemán miró al guardia que se encontraba expectante a su lado, echó su cabeza aleonada hacia atrás y dejó que su vista recorriera el techo. Levantó las manos esposadas mostrándolas a Nicolás.

- Esto fue lo que me hizo su compañero...el gordinflón ese...¿cómo se llama?
- Remigio.
- Remigio, sí. ¿Podría iluminar mi ignorancia y explicarme en qué punto fracasó mi plan? Se trata de una cuestión de aprecio personal.
- Ehh...claro...cómo no. Mi amigo...el gordinflón, como usted le llama, le conoció hace veinticinco años. Seguramente usted recordará...fue en Calama...estaban en un.. esteeee...”negocio”...eso es...un negocio de intercambio de especies ilícitas. Remigio era el comprador, usted el proveedor.
- Lo recuerdo claramente –musitó el viejo- Trató de engañarme con dinero falso....yo sé mucho de eso. Los billetes eran incluso ordinarios; hasta un niño se habría percatado. Mi mercadería, en cambio, era pura, legítima, de excelente calidad.
- Mi amigo dice lo contrario...
- Su amigo miente...siempre ha mentido. Por eso le metí un tiro en la pierna. En fin, ¿cómo y dónde se produjo mi falla?

Nicolás relató la persecución por Recoleta y Mapocho a bordo de un Volvo. Esa había sido la causa inicial del fracaso del plan alemán. Por otra parte, Chile era un país diferente a Paraguay. Aquí, los delincuentes criollos, por enemigos que sean en asuntos comerciales, se unen cuando un peligro externo acecha a uno de ellos. El asesinato de Lindorfo, o “Locomático”, prendió las luces de alerta de toda el hampa santiaguina, permitiendo a Remigio obtener informaciones que le habían sido vedadas hasta ese momento. Meses más tarde, en un supermercado de Maipú, la novela de un escritor inglés referida al tráfico de drogas en América Latina fue el detonante que gatilló un reconocimiento eficaz. ¿Por qué regresó Remigio a Paine, cuatro semanas después de haber identificado el rostro del Volvo con la cara del recuerdo? El hampa se protege de factores externos, ya se dijo. Hombres de los bajos fondos, aquellos mismos que fueron contratados para llevar repuestos o refacciones automotrices a Pirque, confidenciaron a Remigio que los alemanes no habían huido del país, sino que estaban de regreso en Santiago para terminar un trabajo mal realizado. El resto fue coser y cantar.

- Entiendo....jamás debí participar en el seguimiento de ese bandido amigo suyo –afirmó Friederich abatido- ¿Puedo saber dónde está ese hombre ahora?

- Lejos de aquí...quizás en el sur...quizás en el norte. Es un tipo de negocios y comercio.

Mejor olvídelo, porque no volveremos a verlo hasta dentro de mucho, mucho tiempo.

El viejo teutón exhaló un suspiro prolongado manteniendo su cabeza gacha. Todo se había ido a la mismísima mierda. No contaba con posibilidades de redención pues a su edad, fracasado y encarcelado, sólo cabía esperar que la mujer calva de traje negro y guadaña brillante viniese por su alma para transportarla a terrenos diáfanos en los cuales se encontraría con sus viejos camaradas, sus cánticos, desfiles, banderas y uniformes de la época en que su gente tuvo al mundo dentro de un puño.

Sin embargo, para el antiguo agente de la *Gestapo* aún quedaba una esperanza. Había trabajado tanto en ella, que no echaría por la borda medio siglo de esfuerzos y tenacidad. Durante veinte años, con el apoyo de financistas y abogados pro nazi, junto a los ya fallecidos coroneles de las *SS* que llegaron a Paraguay huyendo de Nüremberg, entregó cada minuto de su existencia para ir tallando, moldeando, instruyendo y preparando al hijo de un matrimonio conformado por ex –jóvenes hitlerianos. Ese muchacho sería un Roschäuffen. Recibiría la fortuna de la baronesa y el partido podría renacer. ¿Perderlo todo ahora? No...la lucha debería recomenzar. La verdadera guerra aún no había terminado.

Pidió al abogado un cigarrillo. El propio guardia le ayudó a encenderlo, aunque este bien sabía que vulneraba una norma estricta del servicio al dejarle fumar en el habitáculo, pero se trataba de un hombre casi anciano que pasaría un cuarto de siglo entre las rejas...si es que lograba sobrevivir a la sentencia judicial.

Friederich aspiró el humo y encaró a Nicolás, ahora con mayor mesura y resignación.

- Habló usted de un obsequio. ¿De qué se trata? Cualquier regalo es bienvenido por estos lados.
- Mirentxu escribió una novela que tituló. “La Casa Roschäuffen”. Una hermosa y trágica saga de un sujeto apellidado Blummenstein –apuntó con cautelosa ironía Nicolás.
- ¿Blummenstein? ¿Qué tiene que ver un maldito judío con el castillo de la baronesa Grettel von Roschäuffen? –protestó molesto el antiguo nazi- Tal como le dije a la arqueóloga en Pirque, ella tiende a confundir venenosamente las cosas. Siempre intentó engañarnos con mentiras sofisticadas, pero la dama desconocía que yo viví esa época...tenía solamente veinticinco años cuando llegué a Chile con la baronesa.....no puede engañarme.

Nicolás miró al guardia y mostró un libro de tapas rojas y blancas. El gendarme abrió la ventanilla lateral, tomó la novela y la examinó prolijamente.

- Pierda cuidado –dijo el joven- Está autorizada por sus jefaturas que ya la revisaron.
- ¿Ese es el libro? –preguntó Friederich.
- Disfrútelo, Alexander, emocióñese con sus páginas y relatos...recuerde su pasado glorioso para, finalmente, llorar con desconsuelo y frustración por una lucha vana.
- ¿Lucha vana? –explotó el alemán, clavando su mirada en los ojos del abogado- No sabe lo que dice, señor. Su país ha equivocado rotundamente el camino. Vuestra investigación está errada, carece de los verdaderos antecedentes. Me dijo que la herencia había pasado a manos del estado chileno, pero han dejado de lado un argumento jurídico vital. ¡Sí existe un heredero de Grettel von Roschäuffen! Ha vivido conmigo en Paraguay desde hace treinta y cinco años. Desgraciadamente, no ha podido viajar debido a que se encuentra muy delicado de salud; pero pierda cuidado señor, aunque yo esté en la cárcel acusado de secuestro, alguien reabrirá el proceso judicial en Chile El ejemplo sembrado por la baronesa perdurará para siempre en las almas de los alemanes bien nacidos, gracias al hijo que hemos protegido en Paraguay. ¿O usted pensó que hicimos todo esto por un asunto de idealismo solamente? Hay un heredero legítimo, abogado, y pronto conocerá del juicio que él iniciará en este país para recobrar lo que ustedes le han robado.
- La herencia de Grettel pasó, como ya sabe, a manos del estado chileno –contestó Nicolás, refiriéndose a la última argumentación del viejo -Nuestra legislación permite en algunos casos reabrir procesos, como usted afirma, pero en este caso particular lamento contradecirle, pues no existe heredero alguno de Grettel von Roschäuffen. El propio Diario de Vida que llevaba la baronesa lo confirma. Mirentxu fue quizás la principal gestora de ello, por eso le regala su libro, el cual basó también en el Diario de Grettel. No olvide que a confesión de parte, relevo de pruebas, Alexander. Queremos que usted conozca la verdadera historia de la mujer por la cual Hitler, Göebbels, y millones más, comprometieron el futuro de un régimen basado en mentiras, asesinatos y traiciones.

Sin dar tiempo a una explosión del soberbio carácter del añoso nazi, abrió la puerta y sacó medio cuerpo fuera de la habitación. Al salir, regaló al alemán una última consideración.

- Lea la novela de Mirentxu. Léala y deléitese con la sorprendente tragedia de una Alemania que confió su pureza racial y económica a los atributos de una mujer millonaria y mitómana....la baronesa Grettel Blumenstein Roschäuffen. Una judía, Friederich. Una judía de sangre semita y cerebro perverso.

Los pasos del abogado perdiéndose en los pasillos laterales fue el último sonido que Alexander Friederich, ojos y oídos del *führer* en la Gestapo, escuchó antes de recibir la obra de Mirentxu Casella.

Manejando su automóvil, Nicolás habló telefónicamente con el padre de Mirentxu. Preguntó por la chica, pues hacía dos semanas que nada sabía de ella. ¿Estaba metida en otra extraña investigación encargada por el Departamento de Arqueología?

- Fue a un lugar llamado Puerto Roberto –contestó el agricultor desde Paine- Quiere traer a la casa a un viejo llamado Gustavito.....y a un tal Alberto Ramos con su abuela, Griselda creo que se llama. Tú la conoces bien. ¿Cuándo la vas a domar de una vez por todas?

Nicolás Guerrero explotó en una carcajada espontánea. Gustavito iría a la parcela de Paine. Esa sí que era una buena noticia para comentarla con el profesor Mariano Casella. Lamentablemente, el viejo y sabio académico debería enterarse vía Internet o por correo, ya que luego de la brillante investigación que encabezara, el gobierno lo había privilegiado con el cargo de asesor jurídico del representante chileno en las Naciones Unidas.

Esa misma noche le enviaría un correo electrónico a Nueva York, contándole la última novedad del quehacer de Mirentxu.

Obviamente, declinaría decirle que él también iría a Paine al día siguiente, pues deseaba reencontrarse con la arqueóloga para terminar una discusión comenzada años atrás, antes que la herencia de una tal Grettel reviviera pasiones y luchas añejas que la Historia había empolvado.....

Pero que cualquier brisa podría desenterrar.

F I N